

ENRIQUE MENDEZ CALZADA

JESÚS EN BUENOS AIRES

Mis infanticidios. Una estampa de la Virgen. Un infeliz y su señora. Cinco dólares sobre Fidadelfia. Un ladrón de hoteles. Coloquio de las estatuas; y otras narraciones.

1922

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

JESÚS EN BUENOS AIRES

Libros publicados por la Cooperativa Editorial "Buenos Aires"

Crítica

LUIS RODRÍGUEZ ACASUSO. — *Del teatro al libro.*
M. A. BARRENECHEA. — *Historia estética de la música.*
M. A. BARRENECHEA. — *Un idealismo estético.*
ALEJANDRO CASTIÑEIRAS. — *Máximo Gorki* (su vida y sus obras).
ATILIO CHIAPPORI. — *La belleza invisible.*
ARMANDO DONOSO. — *La senda clara.*
CARLOS IBARGUREN. — *De nuestra tierra.*
CARLOS IBARGUREN. — *La literatura y la gran Guerra.*
ALVARO MELIÁN LAFINUR. — *Literatura contemporánea.*
JOSÉ LEÓN PAGANO. — *El santo, el filósofo y el artista.*

Cuestiones sociales y políticas

JUAN ALVAREZ. — *Buenos Aires.*
MARCO M. AVELLANEDA. — *Del camino andado.*
JUAN A. GARCÍA. — *Sobre nuestra incultura.*
AUGUSTO BUNGE. — *Polémicas.*
M. DE VEDIA Y MITRE. — *El gobierno del Uruguay.*

Historia

JOSÉ INGENIEROS. — *La locura en la Argentina.*

Novelas y cuentos

ERNESTO MARIO BARREDA. — *Desnudos y máscaras.*
HÉCTOR PEDRO BLOMBERG. — *Las puertas de Babel.*
CÁRLOS CORREA LUNA. — *Don Baltasar de Arandia* (2ª edición).
JUAN CARLOS DÁVALOS. — *El viento blanco.*
MANUEL GÁLVEZ. — *La sombra del convento.*
VÍCTOR JUAN GUILLOT. — *Historias sin importancia.*
BENITO LYNCH. — *Raquela.*
LUISA ISRAEL DE PORTELA. — *Vidas tristes* (2ª edición).
ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA.—*Jesús en Buenos Aires.*
EDMUNDO MONTAGNE. — *El cerco de pitas.*
HÉCTOR OLIVERA LAVIÉ. — *El Caminante.*
HORACIO QUIROGA. — *Cuentos de amor, de locura y de muerte.*
HORACIO QUIROGA. — *Cuentos de la selva* (para los niños).
HORACIO QUIROGA. — *El Salvaje.*
VICENTE A. SALAVERRI. — *El corazón de María.*
VICENTE A. SALAVERRI. — *El Hijo del León.*

Viajes

ERNESTO MARIO BARREDA. — *Las rosas del mantón.* (España).

Poesía

MARIO BRAVO. — *Canciones y poemas.*
ALFREDO R. BUFANO. — *Poemas de provincia.*
DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ. — *La nouvelle moisson.*
ARTURO CAPDEVILA. — *Melpómene.*
ARTURO CAPDEVILA. — *El libro de la noche.*
EUGENIO DÍAZ ROMERO. — *El templo umbrío.*
FERNÁNDEZ MORENO. — *Ciudad.*
JUANA DE IBARBOUROU. — *Las lenguas de diamante.*
RICARDO JAIMES FREYRE. — *Los sueños son vida.*
LUIS MARÍA JORDÁN. — *Primavera interior.*
PEDRO MIGUEL OBLIGADO. — *Gris* (2a edición).
PEDRO MIGUEL OBLIGADO. — *El ala de sombra* (2a edición).
ALFONSINA STORNI. — *El dulce daño.* (2ª edición).
ALFONSINA STORNI. — *Irremediablemente.*
ALFONSINA STORNI. — *Languidez.*
PABLO SUERO. — *Los cilicios.*

Psicología

ALBERTO PALCOS. — *El Genio.*

Teatro

ARTURO CAPDEVILA. — *La Sulamita* (4ª edición).
ARTURO CAPDEVILA. — *El amor de Schahrazada.*
HORACIO QUIROGA. — *Las Sacrificadas.*

Temas varios

ALBERTO NIN FRÍAS. — *Un huerto de manzanas.*
MARTÍN GIL. — *Modos de ver*

Traducciones

CARLOS MUZIO SÁENZ - PEÑA. — *La cosecha de la fruta,* de Rabindranath Tagore (2ª edición).
M. DE VEDIA Y MITRE. — *El héroe y sus hazañas,* de Bernard Shaw.

Vida de nuestras ciudades

JUAN CÁRLOS DÁVALOS. — *Salta.*
ROBERTO GACHE. — *Glosario de la farsa urbana* (2ª edición).

ENRIQUE MENDEZ CALZADA

JESÚS EN BUENOS AIRES

Mis infanticidios. Una estampa de la Virgen. Un infeliz y su señora. Cinco dólares sobre Fidadelfia. Un ladrón de hoteles. Coloquio de las estatuas; y otras narraciones.

1922

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

DE MENDEZ CALZADA:

Devociones de Nuestra Señora la Poesía; Buenos Aires, 1921.

JESÚS EN BUENOS AIRES

La llegada de Jesús de Galilea a Buenos Aires, pasó inadvertida para la mayor parte de los habitantes de la ciudad. Cierto es que el Buen Rabí, por razones de índole particular, viajaba de incógnito, y que los grandes diarios, en la sección que dedican a la *Vida social,* no publicaron la noticia. Esta omisión no causará la menor extrañeza si se tiene en cuenta que no se trataba de ningún acaudalado comerciante de esta plaza, de ningún subastador enriquecido, de ningún expedicionario al desierto o descendiente de expedicionario. Y conste que no ignoro que Jesús estuvo en el desierto cuarenta días. Pero ¿qué son cuarenta días, qué significan cuarenta días al lado de los meses, de los años que han pasado en él casi todos nuestros numerosos generales?... En resumidas cuentas: se trataba de un viajero insignificante, de un pobre hombre soñador y mal vestido; de un señor, en fin, con mucho talento, pero con muy poco equipaje. Y no son estas, no, las condicio-

nes que se requieren para figurar dignamente en la *Vida social;* muy por el contrario.

Según parece, una vez que Jesús llegó a la ciudad, se presentó en un hotel aristocrático, — es decir, en un hotel caro, — con el propósito de alojarse en él; pero no bien posó su planta en la mullida alfombra del vestíbulo, un lacayo le salió al paso. Era el tal un jayán, era un hombrón alto y robusto, que se distinguía, como es de rigor en su oficio, por lo bueno de su ropa y lo malo de su educación. Cubría su cabeza una imponente gorra de plato en la que resaltaban unas cabalísticas letras bordadas en oro, y vestía un traje obscuro ornado con gran profusión de botones y de pasamanería, todo ello no menos áureo. La sola vista del hombre aquél intimidó a Jesús, que lo supuso militar. Acobardado, no se atrevió a dirigirle la palabra. El hombre de la gorra de plato, en cambio, así que vió la pobre indumentaria de Jesús, se sintió elocuente. Irritado, increpó al viajero, empleando expresiones que a Jesús le eran desconocidas:

—¡Largo de aquí! — decía — ¡Largo de aquí, haragán, atorrante! ¿No sabe que está prohibido pedir limosna?... ¡Vaya y trabaje! ¡Afuera, afuera inmediatamente, si no quiere que lo haga sacar *con* el vigilante!...

Jesús no se alteró, no contestó con palabras de violencia; porque su natural fué siempre de mansedumbre. Se limitó a decir que no iba a pedir limosna, sino que deseaba hospedarse allí por unos días; que

no le faltaría con qué pagar, pues conservaba algunos denarios. En efecto: contra su costumbre, traía entonces consigo unas cuantas monedas de plata, con objeto de darlas a los pobres que encontrase en el camino.

Cuando Jesús terminó de hablar, ocurrió algo bochornoso. Dos, cuatro, seis nuevos fámulos, que se habían ido uniendo al primero en tanto hablaba Jesús, estallaron en una brutal, interminable, indescriptible carcajada. Hipaban y reían como descosidos. Dejaban oír a veces palabras ahogadas, frases incompletas, como *es un loco, atorrante, ¡qué rico tipo!,* y otras expresiones de la misma clase. El buen Jesús fué sacado de allí a empellones, y cuando estaba ya lejos, aun oía el coro de burlas y denuestos que dejaba a su espalda. Sobre todo, escuchaba tras sí, repetida obstinadamente, aquella palabra para él incomprensible y extraña:

—¡Atorrante! ¡Atorrante!...

Cuando se vió a bastante distancia de los criados, sacudió sus alpargatas; pues fué el quien dijo: *Y cualesquiera que no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, salid de aquella casa y sacudid el polvo de vuestros pies.*

No sabiendo Jesús a dónde dirigirse, echó a andar como a la ventura hacia los barrios del Sud. Se diría que ejerciesen atracción sobre él los lugares en que viven las gentes pobres. Andando, andando, llegó al Riachuelo, y se detuvo a mirar las faenas de los marineros y de los estibadores. Luego, dirigióse

a un restaurant sobre cuya puerta se leía este rótulo: *"The Friendship" — Open day and nigth.* En el cristal de la vidriera había unas inscripciones extrañas, tan caprichosas y complicadas como el rastro de un caracol sobre un sendero. El dueño, un judío, accedió a dar pensión a Jesús una vez que éste le hubo entregado algunas monedas de plata, que el buen hombre supuso turcas. Se lamentó de que aquello le obligase a ir a la casa de cambio, expresando de paso su opinión de que los cambistas son todos unos ladrones. También se quejó de *lo malos que están los tiempos,* cosa que tenía costumbre de decir a todos los nuevos huéspedes. Jesús le dirigió algunas frases bondadosas, aconsejándole conformidad y paciencia, y luego salió a recorrer de nuevo la ciudad.

Llegó el Nazareno en su caminata a la Plaza de Mayo, y se sentó a descansar en un banco, al lado de un hombre astroso y con cara de hambre que leía con gran atención la página de avisos de un periódico. Después de unos instantes de lectura, el hombre, con muestras de mal humor, plegó el diario y lo dejó junto a sí, en tanto que decía irritado:

—¡Nada! No hay trabajo... Un día más a pan y agua, si hay quien los dé... ¡Maldita sea...!—y profirió una fea blasfemia.

Entonces Jesús lo reprendió dulcemente, diciéndole suaves palabras de bien. El hombre se sonreía con aire burlón, y exclamó:

—Sí, sí. Todo eso que usted dice, lo dijo Jesús

hace veinte siglos, y ya ve cómo estoy yo; ya ve cómo está el mundo.

Sin darse a conocer, y como se hubiesen acercado varios desocupados que se encontraban en los bancos próximos, el Galileo siguió hablando. Y decía:

Bienaventurados los que ahora tenéis hambre; porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis; porque reiréis.

¡Ay de vosotros, ricos! ¡Ay de vosotros, los que estáis hartos! Porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! Porque lamentaréis y lloraréis.

De cierto, de cierto os digo que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos. Mas os digo que más liviano trabajo es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.

También os digo que el obrero es merecedor de su alimento.

No penséis que he venido a la tierra para meter paz. No he venido para meter paz, sino espada.

A todo esto, se había reunido en torno de Jesús un corro de gente. Desocupados, empleados que salían de sus oficinas, rodeábanlo y escuchaban con gusto sus palabras. Había también un sacerdote y un banquero. Y Jesús siguió hablando:

Guardaos de los que gustan andar con ropas largas, aman las salutaciones en las plazas, y las primeras sillas en los templos, y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas, po-

niendo por pretexto la larga oración. Estos recibirán mayor castigo.

Al oír estas palabras, se estremeció el sacerdote, y se alejó de allí, santiguándose. Y Jesús, echando una mirada en su torno, prosiguió:

¿Veis todo esto? De cierto os digo que no será dejada aquí piedra sobre piedra que no sea destruída.

El banquero se horrorizó; se puso pálido de estupor y de ira. Porque le pareció que Jesús señalaba los grandes edificios donde se guarda el dinero. Inmediatamente corrió a llamar a un gendarme.

—Vea, agente,—le dijo—detenga en seguida, bajo mi responsabilidad, a ese atorrante charlatán. Está propalando ideas subversivas.

El gendarme se dispuso a hacer lo que se le indicaba, pero tropezó con la resistencia de algunos del corro. Entonces un grupo de jóvenes bien vestidos que paseaban por una calle cercana, vino en ayuda del agente del orden. Se produjo un tumulto. Algunos preguntaban:

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—¡Un maximalista, un subversivo!—contestaba alguien. — Y muchos corrieron a ocultarse en los portales, por miedo a las bombas.

Se oían voces de *¡Muera el ruso, muera el judío!*

Los jóvenes se adueñaron de Jesús, lo arrastraron, desgarraron sus ropas, quemaron sus barbas. Al primer agente se habían unido ya otros varios, y entre todos lo rodearon, a fin de llevarlo a la Jefatura de Policía. En este momento, pasaba cerca del lugar de

los hechos la señora presidente de la Congregación de Adoradoras del Corazón de Jesús. A vista del tumulto, — por consecuencia del cual se paralizó el tráfico, — preguntó al *chauffeur* de qué se trataba, y cuando estuvo informada, y vió que los agentes llevaban preso al *anarquista,* dijo la respetable señora:

—¡Bien hecho!... Hay que exterminar de una vez a esos infames que pretenden destruir la obra de nuestra santa religión. Y se persignó.

En la Jefatura, obligaron a Jesús a declarar.

—De manera que ¿eres maximalista? — le preguntó el comisario.

Y como Jesús callase, agregó:

—Ya veo que te has quedado mudo, pero aquí tenemos un gran remedio para eso. Te daremos *corteza de buey,* y en seguida hablarás...

Entonces dijo Jesús:

Bien claramente hablé a la faz del mundo. He enseñado en los lugares en que se reune el pueblo; y nada dije en oculto.

¿Qué me preguntas a mí?... Pregunta a los que me han oído qué es lo que les hablé. Esos saben lo que yo he dicho.

En esto, un agente cogió a Jesús por un brazo, y sacudiéndolo, le dijo:

—*¿Así le hablas al señor comisario?* — y le dió una bofetada.

Respondió entonces Jesús:

Si he hablado mal, da testimonio del mal. Y si he hablado bien, ¿por qué me hieres?

—Oficial de guardia, — dijo el comisario en este momento — transcriba las palabras de este sujeto. Es preciso que formen parte del sumario que se enviará al juez. Se trata de un perturbador del orden social.

*

* *

Pocos días más tarde, Jesús fué metido en un buque lleno de aparatos de muerte que lo horrorizaron. Después de unas cuantas horas de viaje, lo desembarcaron en una isla y lo encerraron en un edificio sórdido donde se hacinaban otros hombres. Antes de partir, un comisario que tenía una lista ante sí, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Y el Buen Rabí, contestó:

—Jesús.

—¡Jesús! ¿Jesús qué? ¿No tienes apellido?... ¿No tienes padres?... Vamos, comprendo, comprendo... — Y sonrió picarescamente, con sonrisa de hombre que está al cabo de las miserias humanas. — Escriba, oficial, — agregó, — escriba: Jesús N., *árabe,* sin ocupación conocida. Agitador profesional.

EL EMBARGO

DECLARO que hasta el cuarto día de mi llegada había estado bastante distraído. La novedad de cuanto uno ve hace que esos primeros días pasados en un pueblo transcurran sin sentir. El cuarto día se presentaron los primeros síntomas de aburrimiento. No creo ser yo solo: a cuaquiera le sucede lo mismo. Todo individuo medianamente educado tiene que hastiarse en un pueblo desde que cincuenta o cien personas le han asegurado:

—Usted se va a aburrir en esta población.

Vosotros les objetaréis que no habéis ido allí a divertiros, sino a tomar aire. Pero ya, claro, casi por cortesía, tenéis que aburriros, para no dejar en mal lugar a tantos vecinos respetables como os han hecho el terrible augurio.

*
* *

Menos mal. El quinto día llegó al Banco mi nombramiento. Buen hombre, el gerente de aquella su-

cursal. Me recibió afablemente. Según él, aquello me iba a sentar muy bien. Se interesó vivamente por mi salud. Me contó que él mismo había llegado al pueblo bastante delicado, unos veinte años atrás, y que desde entonces nunca supo lo que era un mal dolor de cabeza. Me destinó a *Tramitaciones judiciales y administración de propiedades,* diciéndome que eso me daría ocasión para hacer excursiones al campo. El trabajo no era gran cosa: había que llevar la contabilidad de las propiedades del Banco, y visitarlas una que otra vez; ir al juzgado de paz a entregar los oficios que llegaban de la casa matriz — alguna toma de posesión, algún desalojamiento, algún embargo de bienes —; por último, había que contestar la correspondencia respectiva. Verdaderamente: era un trabajo cómodo y hasta agradable. De la vida cerebral que yo había llevado hasta entonces en Buenos Aires, me encontraba transportado a una existencia más reposada y — ¿puede decirse así? — «más fisiológica».

A cosa de una semana de ocupar el empleo se recibió un exhorto mandando embargar los bienes de una señora Dupont. Lo llevé al Juzgado, como de costumbre, y allí me informaron que la viuda de Dupont vivía en un pequeño viñedo, situado a tres o cuatro leguas del pueblo. Había que ir a caballo, porque el camino dejaba bantante que desear; además, era preciso vadear el río, que entonces iba alto, y el paso en coche resultaba peligroso. La correntada había arrastrado un sulky tres días antes.

No era yo un gran jinete, pero, en fin, me dispuse a hacer *pecho al agua*. (Creo que pocas veces se habrá usado la frase con más propiedad). Convine con el escribiente la hora y el sitio en que nos reuniríamos para ir a practicar la diligencia. Se ofreció a facilitarme un caballo *muy mansito,* con montura de recado, que, a juicio suyo, resultaba más cómoda para un principiante que la silla inglesa.

El viaje fué muy agradable. Durante un buen trecho, el camino corría al borde de un canal de riego. A lo largo del canal había una tupida fila de álamos que nos resguardaba del sol. Menudeaban también los sauces, los algarrobos, los chañares.

Yo iba un poco preocupado por aquellas frases esotéricas del exhorto: *Procederá a trabar embargo sobre bienes de la ejecutada que basten a cubrir el capital adeudado, ítem más los intereses, costos y costas... Estará facultado para hacer uso de la fuerza pública y allanar el domicilio en caso necesario...* ¡Que diablo sabía yo de todo aquello!

El oficial de justicia se esforzaba en tranquilizarme, asegurándome que todo era muy sencillo. Me decía que no me preocupase de nada; que lo único que tendría que hacer sería firmar el acta. Por lo que a él respecta, noté que tampoco iba muy tranquilo; lo que más le preocupaba, era el llevar poco papel de oficio; temía que no le alcanzase para extender el acta de la diligencia.

Era mi acompañante un jovenzuelo flacucho y esmirriado, que usaba anteojos de gruesos cristales y

llevaba el pelo más largo de lo que es de razón. Según me dijo, había empezado en Buenos Aires la carrera de Derecho; pero, habiéndose enfermado, lo mandaron los médicos a aquella región alta y de clima seco. Allí se había hecho medio campesino, se había casado con una viuda que le aventajaba algo en edad, pero también en dinero; y nunca había vuelto, después de diez años, a visitar a sus parientes de Buenos Aires.

Por el camino me habló de aquella señora Dupont. Parece que era una buena mujer, muy trabajadora. El marido, — francés como ella, — había sido un perdulario, muerto de *delirium tremens* unos cuantos años antes. Le había dejado por herencia unas cuatro hectáreas de viña y una pequeña bodega, gravadas con varias hipotecas. Ella se las había arreglado para levantar las hipotecas y, mal que mal, iba viviendo. Tenía un carácter varonil, tiraba al blanco y montaba a caballo como cualquier hombre. Se decía que nunca salía de casa sin revólver, y que cuando estaba sola fumaba en pipa. En cuanto a esto último yo me incliné a creer que sería una calumnia.

Llegamos bastante cansados a la finca de la señora Dupont, no tanto por el ejercicio como por ser aquella una tarde bochornosa y pesada. Dejamos los caballos en el camino, atravesamos el viñedo y golpeamos la puerta anterior de la casa. Estaba cerrada. Empezamos a creer que no habría gente dentro, porque, a pesar de nuestros golpes, nadie venía

a abrir. Al fin, dando vuelta a la casa, salió a nuestro encuentro una mujer de edad mediana, cubierta la cabeza con un pañuelo blanco. Traía los brazos desnudos y enjabonados, porque, según nos dijo, *estaba blanqueando una ropita.* Se restregó las manos con el delantal para saludarnos.

Nos recibió muy amablemente la buena señora. Nos hizo pasar a la casa, a la que entramos por la parte posterior. Por esta parte había un corredor sombrío y fresco, lleno de malvones y geranios en latas que habían contenido en otro tiempo aceite o pimentón. Del techo del corredor pendían racimos de uvas de la cosecha anterior y alguna que otra ristra de ajíes. Las columnas estaban cubiertas por el follaje de las madreselvas y las glicinas que se enroscaban a ellas.

Lindando con el corredor, había un patio. Estaba allí el lavadero con el montón de ropa jabonada. Había también un pequeño horno para cocer pan. Unas cuantas cluecas escarbaban allí la tierra, rodeadas de sus polluelos, que se nos metían entre los pies, piando desoladoramente. Entramos al comedor. La viuda nos hizo sentar y se empeñó en que probásemos el vino de la última cosecha: un vinito blanco, muy dulce y, realmente, muy agradable. *Era su especialidad.* Nos informó detalladamente, en su pintoresco castellano chapurrado, de los procedimientos que adoptaba para obtener y conservar aquel tipo de vino, del que estaba muy orgullosa.

¡Diablo! A mí me resultaba violento decirle a

la buena señora el objeto de nuestra ida a su casa. Nos había recibido tan cordialmente que me parecía aquello una crueldad. Tanto, que seguí hablando con ella de cosas para mí indiferentes: de las cosechas, de las distintas variedades de uva, de la filoxera, del pulgón... ¡qué se yo! Pero el endemoniado escribiente, más fogueado, no se anduvo con miramientos. Paladeó con delectación el vaso de vino, se hizo repetir la dosis, declaró que *no estaba del todo malo*, y dijo, por último, brutalmente:

—Pues nosotros veníamos a embargar.

En seguida puso de manifiesto los papelotes que llevaba consigo.

La señora Dupont no comprendió en un principio lo que se le quería indicar. Tuve que intervenir para explicarle de qué se trataba.

—¡ Pero si yo no debo nada a nadie! ¡ Si nunca he tenido negocios con el Banco!..

—Pues, señora, el oficio habla de una obligación *de mancomum et in solidum* con el señor Gastón Bertrand de Manonville. El señor Manonville, primer firmante, no ha hecho frente a la obligación que tenía con el Banco. Por eso la ejecutan a usted... — le informé.

Entonces la señora Dupont empezó a decir pestes de monsieur Bertrand de Manonville. El tal Manonville — un viejo legitimista normando, siempre tronado— le había pedido su firma para un papel del Banco, asegurándole que no había para ella ningún compromiso. Por tratarse de un compatriota,

había accedido sin averiguar siquiera lo que era aquello. Al poco tiempo, le dijeron que Manonville había desaparecido del pueblo de la noche a la mañana defraudando a sus acreedores.

Insistió en que ella no debía nada, y nos dijo que *podíamos hacer lo que quisiéramos, que ella nada firmaría.* Entonces el oficial de justicia exhibió un complicado tintero de bolsillo, un notabilísimo tintero con dos tapas atornilladas; sacó también una pluma con su correspondiente cabo; cubrió la mesa con sus papeles, y se dispuso a extender el acta. Le advirtió a la señora de Dupont que, firmase o no firmase, la diligencia se llevaría a cabo. Buscaría dos testigos. Las disposiciones del Código de Procedimientos eran terminantes al respecto.

Yo no sé qué hubiera dado por encontrarme lejos de allí. Al fin y al cabo, a la pobre señora, según todas las apariencias, le sobraba razón. ¿Por qué había de pagar ella las trampas de monsieur Gastón Bertrand de Manonville? El patriotismo no obliga a tanto.

¿Para qué voy a negarlo? Yo estaba un poco impresionado. Decididamente: los individuos sentimentales no servimos para los negocios. El oficial de justicia, en cambio, parecía completamente sereno, y escribía *las frases de estilo* con la misma tranquilidad que si esperase todo aquello; como si fuese la cosa más natural del mundo.

En esto, la señora Dupont nos dejó solos. Mientras ella estaba ausente, el oficial recorrió la casa

y sus dependencias; entró en la bodega, en la que permaneció un buen rato: fué al establo... Lo revisó todo, y todo lo fué incluyendo en el ya voluminoso legajo.

Volvió la señora Dupont al cabo de algún tiempo. Venía acompañada por un hombre viejo y corpulento, de blanca perilla y respetable presencia. Era un vecino y compatriota de la señora Dupont, a quien ella traía en calidad de asesor. El viejo apretaba entre los dientes una gran pipa de brezo, quemada y brillante ya por el uso.

—*¿Savez-vous?...* — decíale ella. — *Ils veulent saisir mes biens... C'est par ordre du juge. Et moi, je ne dois rien a personne. Je ne dois pas un sou, vous le savez bien...*

El viejo asesoró, enérgico:

—*¡Ne signez rien!... Laissez-les faire. ¡Ne signez rien!...*

El escribiente había salido un momento antes a buscar los testigos y algún vecino que se prestase a ser depositario. El acta estaba ya terminada, y era un documento perfecto en su género: le había salido sin errores, sin siquiera un simple entrelíneas. Había dejado tres espacios en blanco para los nombres del depositario y los testigos, y se había ido, visiblemente satisfecho de su labor.

Realmente, no había nada que pedir. Yo mismo, que entendía muy poco de aquellas cosas, admiré la prolijidad con que estaba detallado todo: tantas hectáreas de viña criolla, tantas de viña francesa alam-

brada, con los correspondientes linderos por el Norte, por el Sur, por el Este o Naciente, y por el Oeste o Poniente; tantas cubas de vino, de tantos hectólitros cada una; tantas bordelesas vacías; tantos canastos para transportar uva... Todo: *un sulky en regular estado de uso; un caballo zaino malacara, como de cuatro años, con la siguiente marca,* y en seguida, el complicado dibujo correspondiente; *un arado norteamericano de doble vertedera, muy usado y con la reja rota; una incubadora en mal estado...* Todo estaba allí.

No, no. Yo no servía para presenciar aquello. Me parecía un crimen despojar a la pobre señora de los humildes enseres que le ayudaban a ganarse la vida. Tímidamente, me atreví a insinuar al representante de Temis si no estaría prohibido por la ley aquello de embargar los útiles de trabajo. Yo tenía acerca de esa prohibición una vaga idea.

El probo funcionario me contestó con toda despreocupación:

—Eso nada nos importa. Tenemos que embargar *hasta cubrir capital, intereses, costos y costas,* y *más vale que sobre que no que falte.* Nosotros, por lo pronto, lo embargamos todo. Lo que no sea embargable ya se encargará la vieja de desembargarlo.

Así que el dignísimo funcionario incluyó en el acta hasta los muebles del comedor; hasta las sillas, desvencijadas y desiguales; hasta el aparador, de tosca industria, donde una nutrida hilera de tarros de mermelada atestiguaba las dotes culinarias

de la señora Dupont. En fin, ¡qué iba yo a hacer sino transigir con todo! Lo único que deseaba era salir de allí cuanto antes.

A poco de volver a la casa, la viuda se encaró conmigo y me conminó a que saliese de allí.

—Señora, — le dije, — yo no estoy aquí por mi gusto... Yo mismo siento mucho tener que intervenir en esto... No hago más que cumplir órdenes: soy un simple dependiente, un empleado del Banco. Mi compañero es también un subordinado que hace lo que le manda el juez... Nosotros tenemos que obedecer a los superiores.

La viuda comentó con su compatriota:

—Ils se disent employés... ¡Bandits, voleurs!... Voilá ce qu'ils sont: des voleurs!...

Y el viejo, sin decir palabra, chupando siempre su mugrienta pipa, asintió reiteradamente con la cabeza. Me miraba con aire hostil.

¿Para qué negarlo? No las tenía todas conmigo. La compañía de aquellos dos seres agresivos e irritados; la fama de mujer dispuesta a todo de que gozaba la Dupont... Convengamos en que mi situación no era muy tranquilizadora. Lo confieso redondamente: ¡tenía miedo!

Llegó entonces el oficial de justicia con tres vecinos.

En aquel momento ocurrió lo terrible. La mujer se abalanzó sobre el escribiente, intentando arrancarle los papeles. Se defendió él furiosamente, y hubo una escena de pugilato a la que no sin trabajo

pudimos poner fin los demás. La señora Dupont, — aquella señora Dupont que nos recibiera tan amablemente,—se había convertido en un arpía espantable. No logró despojar de sus papeles al oficial, pero sí dejarlos en un estado lastimoso. La obra de arte que era el acta quedó hecha una miseria. Luego la mujer asió una silla y la emprendió a silletazos a diestra y siniestra.

Gritaba:

—*Aidez-moi, monsieur Dubois!... Aidez-moi a chasser ces coquín!...*

Huímos más que a paso. El acta, hubo que firmarla de cualquier manera, sobre la montura de uno de los caballos. La Dupont nos perseguía a pedrada limpia. Vociferaba, como una loca:

—*Voleurs!... Voleurs!...*

Pusimos los caballos al galope. El escribiente, volviendo la cabeza, notó que la mujer corría hacia la casa, y me aconsejó que picase espuelas. Aunque ignoraba el por qué de la indicación, clavé las nazarenas en los ijares del caballo.

De allí a poco, oímos una detonación. La mujer había echado mano a una escopeta, y nos hacía fuego.

Pero ya no estábamos a tiro.

Le pedí al gerente que me cambiase de puesto. No quise tener que intervenir de nuevo en asuntos como el de la señora Dupont.

Dejé, más tarde, el pueblo. Y aunque desde aquello han corrido los años, no he podido olvidarlo nunca por completo. Recuerdo siempre la escena;

los gritos de la mujer, las pedradas, la detonación inesperada... Sobre todo, parece que resonara todavía en mis oídos aquella palabra que la soledad del campo hacía trágica; aquella palabra que el eco se ensañaba en repetirnos una y otra vez:

—*Voleurs! Voleurs! Voleurs!...*

GUACHITA

El dueño del boliche, al abrir una mañana el negocio, oyó un llanto infantil. Buscando de dónde podría proceder, encontró arrimado a la pared un canasto, dentro del cual, entre algunas ropitas pobres, había una nena de pocos días. Cargado de hijos como estaba, el bolichero no quiso aceptar el regalo: se echó el canasto bajo el brazo y lo llevó a la comisaría.

No sabía el comisario qué diablos hacer con la niña abandonada. La ofreció a varios vecinos de los más pudientes para que la criasen; pero ninguno de ellos quiso hacerse cargo de la criatura.

Aquella misma mañana tuvo necesidad de ir a la comisaría don Rosario Ponce, el guardabarrera, a prestar declaración acerca de unos animales que la noche anterior, habiendo roto el alambrado y pasado a la vía, fueron arrollados por un tren. Cuando estaba declarando el guardabarrera, le dijo el comisario, por broma, si no quería prohijar a la

niña que había encontrado el bolichero. Sin meditarlo mucho, Rosario Ponce contestó que sí.

El comisario se sorprendió en un principio. Luego, elogió casi conmovido al guardabarrera, porque, siendo como era un pobre, hacía lo que no habían querido hacer los más ricos.

Bueno: hay que decir, en honor a la verdad, que la decisión de Rosario Ponce no obedecía precisamente a un arranque de altruismo. El guardabarrera, que había enviudado hacía mucho tiempo; que ya se encontraba viejo y achacoso; que vivía solo como un hongo, pensó que aquella criatura, a la vuelta de algunos años, sería para él un buen auxiliar.

Así fué como don Rosario Ponce, el guardabarrera, que llegó a viejo sin que Dios le diese descendencia, entró una vez en su casa con una hija que no se la dió precisamente Dios; sino que se la entregó un comisario bajo recibo y metida en un canasto.

Como no se le conocían los padres, la gente le llamaba *Guachita*. Don Ponce no se preocupó de bautizarla: él le llamaba siempre *Negra*, y la trataba de *m'hija*.

En cuanto a ella, por padre suyo tuvo al guardabarrera, y por su casa el viejo vagón postal que era la vivienda del viejo. No sólo padre: madre había sido también para ella don Rosario. El la crió, con biberón y a leche de vaca. Y fuese mi-

lagro o lo que fuese, bien robusta creció aquella chicuela que nunca supo de ternuras maternales.

Por cierto que no se había equivocado el viejo cuando la prohijó. Ya desde chiquilina tuvo una compañera servicial en la *Guachita;* ella le hacía el locro, ella le cebaba el mate, y, más: ella subía y bajaba las barreras y mostraba la banderita verde al paso de los trenes cuando al viejo le atacaba fuerte aquel condenado reumatismo que desde algunos años atrás le traía a mal traer.

Desde temprano se mostró hacendosa. Muy amiga de las flores, rodeó de madreselvas el arrumbado vagón ascendido a casa.

Llegó un momento en que las plantas cubrieron los marcos ovalados que en otro tiempo habían encerrado el escudo de la República; y quedó aquello tan lindo, con las manecitas blancas que las flores de la madreselva parecen, que el guardabarrera no cambiaría su vivienda por la de ningún rey.

Eso sí: muy poco sujeta la chiquilina. Le gustaba irse a corretear por los campos durante tardes enteras, besada por el aire y el sol. Volvía de aquellas caminatas muy sofocada, trayendo ramos de flores silvestres, lindas mariposas y bichitos raros. El viejo la reprendía en vano: la *Guachita* se volvía a escapar, con indocilidad de bestezuela; volvía a trepar a los cerros; volvía a mojarse los pies en los charcos; volvía a encaramarse a los árboles en busca de nidos, igual que un muchacho; volvía a correr, hecha una loca, a través de los campos

solitarios, aullando de alegría y de salud como una salvaje.

Una mañana el viejo se sintió enfermo; tan enfermo, que no se pudo levantar. La *Guachita* tuvo que encargarse de subir las barreras y de mostrar al paso de los trenes la banderita verde. Tuvo, además, que hacer de enfermera del viejo, preparando los cocimientos de hierbas que le prescribía la curandera.

Ya llevaba el guardabarrera dos semanas sin moverse del camastro. Se quejaba a grandes gritos de los dolores que le producía el mal. Todas las tardes, sin embargo, se había acordado de gritarle a la *Guachita*:

—*¡Andá, Negra, m'hija! ¡Andá bajá las barreras, que ya no más va a pasar el número seis!..*

—*¡Negra! ¡Negra!.. M'hija, ¿dónde estás?*..

Aquella tarde el viejo gritaba en vano: había desaparecido la *Guachita*. ¿Dónde diablos se habría ido?.. ¡A vagabundear, de seguro!.. Y de un momento a otro iba a sonar la hora del tren rápido, de aquel tren número seis que pasaba todas las tardes como una exhalación frente a la casilla del guardabarrera, conmoviéndola, como un terremoto; haciendo bailar los desportillados platos en el aparador.

El viejo, luchando con la fiebre, que lo aplastaba contra el jergón, se incorporó para ver la hora en

el despertador que tenía colgado a la cabecera. Vió la hora, y se horrorizó. Tres minutos... dos minutos..., un un minuto faltaba tan sólo para el tren. Pasó rapidamente por su cerebro calenturiento la idea de alguna desgracia, de que el tren arrollase algún vehículo. Significacía perder el empleo, ahora que ya era viejo; después de los treinta años que llevaba en la empresa. Cuando sólo faltaban unos segundo para la hora del tren, saltó del catre; enloquecido por el terror, empuñó la banderita verde y corrió a bajar las barreras.

Algunos pasajeros del rápido pudieron ver la figura extraordinaria de aquel viejo pálido, demacrado, de barba hirsuta, que, mal envuelto en un cobertor, aferraba en la diestra un palo, a cuyo extremo flameaba un trapo verde.

Aquella tarde la chica se había divertido como nunca. Había reunido más flores, más bichitos raros, más piedrecitas de colores, más huevos de pájaros y más mariposas que nunca. Cuando se dió cuenta estaba muy lejos de la barrera; tan lejos, tan lejos, que por mucho que corriese no llegaría a ella a la hora del rápido.

Quiso, sin embargo, intentarlo. También a ella la asaltó el temor repentino de alguna gran desgracia.

Y se lanzó a correr como una loca. Corrió, corrió, corrió desenfrenadamente, y todavía pudo di-

visar desde lejos el penacho de humo del tren que se alejaba.

Le llamó la atención encontrar bajas las barreras. Acercándose, vió al viejo tendido boca abajo sobre la vía. Quiso incorporarlo:

—¡Tata! ¡Tatita!...

Estaba rígido y frío. Aún tenía en la diestra el banderín verde, a cuyo cabo se aferraban los cinco dedos como cinco garfios.

Entonces, la *Guachita* tornó a correr desoladamente, sin sentir la fatiga de la reciente carrera. Corrió hasta la chacra más próxima, y, en llegando, cayó, rendida, al suelo. Gritó a unos peones:

—*¡Vengan! ¡A la barrera! ¡Se murió mi tata!..*

Dijo uno de los hombres, por respuesta:

—*¡Bien haiga!.. Aura sí que sos guacha endeveras...*

Y como lo comprendió así, la hija de los campos, que no recordaba haber llorado nunca, lloró entonces desconsoladamente.

EL RARO CASO DEL SEÑOR SMITH

QUE la salud del señor Smith atravesaba un período precario, era un hecho perteneciente a la categoría de los notorios, públicos y comprobados. Tanta popularidad tenía entonces en Londres el señor Smith, —uno de los más acaudalados habitantes de la gran ciudad,— que las cosas más insignificantes con él relacionadas, pasaban rápidamente a ser del dominio vulgar. Conviene saber que entre las *cosas insignificantes* no incluyo la enfermedad que le aquejaba: según reiteradas manifestaciones del poseedor, era esta *una cosa importantísima,* y forzoso nos será dar fe entera a su palabra de hombre serio y formal.

La junta de médicos que hace ya bastantes años se reunió en la residencia veraniega del señor Smith, no consiguió curarle, ni parece demostrado que los ilustres facultativos que la componían hayan intentado semejante cosa: pero dicha junta tuvo un resultado de verdadera trascendencia científica: el

de que todos los sabios congregados quedasen contestes en cuanto al carácter de la dolencia. Hubo, como es de rigor en tales casos, algunas leves discrepancias al principio; cuando el doctor Clyster, esa verdadera eminencia del arte de curar, enunció la opinión de que, a su juicio, se trataba de un principio muy marcado de diabetes sacarina (*diabetis mellitus*), unido a una gran debilidad estomacal congénita, algunos de sus compañeros se rieron por lo bajo, y hubo uno entre ellos, el doctor Flea, famoso en Inglaterra por sus distracciones, que expresó con todo aplomo la idea de que, para él, aquello era un vulgar caso de embarazo simple; como es de suponer, nadie aprobó semejante diagnóstico. La idea, realmente, carecía de todo fundamento.

Después de una acalorada discusión, la mayoría estaba conforme en que, según la creencia del doctor Clyster, el mal radicaba en el estómago, y no en el bazo ni en el colodrillo, como había insinuado alguno de los congregados; el mismo doctor Flea, cuando se le hizo notar su error, se apresuró a reconocer que, efectivamente, había padecido una lamentable equivocación, por otra parte muy disculpable, y declaró que aceptaba en un todo las conclusiones de su eminente colega. Los doctores acordaron participar el resultado de su conferencia a la familia, —reducida a la vieja señora Stangerson, ama de llaves, y a una cacatúa y una gata que la acompañaban, haciendo con ella digno *pendant*—

y pasaron al día siguiente una minuta de honorarios con un importe nada despreciable.

Por lo que se refiere al señor Smith, —a quien, con las reservas del caso, se informó de lo diagnosticado,— no dudó ni por un momento de la exactitud del fallo emitido; porque, si bien es cierto que él, hasta el momento de la consulta, no había observado trastorno alguno en las vísceras que, según los facultativos, se hallaban seriamente afectadas, opinaba, exudando lógica por todos los poros, que un diagnóstico tan caro tenía por fuerza que ser uno de los mejores diagnósticos conocidos, y, consiguientemente, de una veracidad inconcusa.

El señor Smith, dando pruebas de poseer una conformidad por completo evangélica y un valor sin límites, se resignó a estar enfermo, única cosa que podía hacer por el momento. Acabó por acostumbrarse a la vida de enfermo, que, para él, hombre desocupado, me atrevo a decir que resultaba amena y casi divertida. Pasábase los días visitando médicos, comprando drogas, consultando algún mugriento *Tratado de Medicina doméstica,* adquirido Dios sabe en qué buhonería de los suburbios, o bien preparando menjurjes que cualquier conocido le recomendaba como excelentes para combatir su dolencia. En suma, ni pensaba en otra cosa ni tenía en este mundo más preocupaciones que las que le acarreaba su enfermedad. El señor Smith sólo sabía hacer las cosas bien, y así, cuando no

le cupo la menor duda de que estaba enfermo, se propuso estarlo a conciencia.

Un buen día, los más importantes rotativos de Londres insertaron un aviso concebido, poco más o menos, en los términos siguientes: ACABA DE LLEGAR DE CHICAGO EL FAMOSO DOCTOR JAMES WIND STRONG, LLAMADO EL INFALIBLE, ESPECIALISTA NORTEAMERICANO EN AFECCIONES ESTOMACALES, INTESTINALES, RENALES, VESICALES, ETC., ETC. CURA LAS DIABETES MÁS REBELDES INSTANTÁNEAMENTE. OPERACIONES GARANTIZADAS POR CINCO AÑOS. ¡TRES MIL KILOS DE CERTIFICADOS DE ENFERMOS AGRADECIDOS! PIDAN TARIFA. CALLE TAL, NÚMERO TANTOS".

El señor Smith, cuando tropezó con el anuncio, hizo una elocuente mueca de satisfacción, que, con alguna buena voluntad, podemos equiparar al *Eureka* del clásico. Y, sin pedir tarifa ni perder momento, se personó en el domicilio del sabio.

Impónese aquí una digresión. Es frecuente que ciertos titulados *especialistas* que se hacen anunciar en la prensa periódica como lumbreras científicas, sean sólo unos charlatanes, ignorantes de los más rudimentarios principios terapéuticos; de manera que cuando curan a un enfermo, es por casualidad o por equivocación. Pues bien; en el caso que nos ocupa no sucedía nada de esto: el doctor Wind Strong, contra lo acostumbrado, curaba a sus enfermos. Esta afirmación, hecha así a secas, pudiera tomarse como una *réclame* interesada; por lo cual me apresuro a declarar que jamás he mante-

nido con dicho señor Wind Strong relación de ninguna especie; y si afirmo rotundamente que curaba a sus enfermos, lo hago (ya se verá con cuánta justicia), basándome en el caso concreto del señor Smith, y en el testimonio de otras muchas personas serias, que habiendo padecido enfermedades no menos serias, recuperaron por completo la salud sometiéndose a los tratamientos de Wind. Bueno será que conste así para que mi imparcialidad de historiador no sea menoscabada por nadie.

Volvamos al caso concreto. El señor Smith, a partir de la consulta que celebró con el ilustre sabio (en la cual éste puso en práctica un novísimo y original método curativo de la diabetes, de los varios que figuraban en su vasto repertorio, y le administró una pócima que tenía una gran potencia para fortalecer los estómagos debilitados), el señor Smith, repito, se transformó por completo. Era, por decirlo así, otro hombre. Su aparato digestivo, y demás aparatos de importancia, enervados durante tanto tiempo, volvieron a funcionar con regularidad y precisión cronométricas. El hombre que se había pasado la mitad de su vida visitando médicos o haciéndose visitar por ellos; frecuentando consultorios, hospitales, balnearios, sanatorios y farmacias; preparando toda suerte de bebedizos y pontigues; el hombre que había hecho de su enfermedad su preocupación, su afán único y constante, estaba curado completamente.

Fueron para él de una gran alegría los primeros

días del restablecimiento. Sentíase fuerte y ágil, y podía, después de tantas privaciones, disfrutar de las más refinadas delicias gastronómicas. (Es de advertir que la señora Stangerson, en cuestiones de arte culinario, no admitía rival en toda Inglaterra; conocía y dominaba maravillosamente multitud de *escuelas:* la alemana es la única en que no descollaba, más por antipatía que por ignorancia; no concebía la sopa con dulce de membrillo ni las salchichas con miel, cosa que, por lo demás, les sucede a muchas personas).

Eurípides ha escrito, y otros muchos pensadores lo han confirmado, que la felicidad es una flor efímera. El señor Smith no podía razonablemente pretender que la Divina Providencia le hiciese objeto de una excepción, que, a los ojos de los demás mortales, aparecería como un irritante privilegio. Así, pasados unos días, y semejante al oscuro nubarrón que turba la límpida pureza de un cielo despejado, una idea obsesionante y terrible vino a destruir la felicidad naciente (o dígase *resucitante*) de que empezaba a gozar el infortunado. He aquí el escalofriante raciocinio: sin su enfermedad, que había sido siempre la atención única de su espíritu; sin las preocupaciones, sin los cuidados que ella traía consigo y que hasta entonces habían llenado el vacío de sus ocios, ¿qué iba a hacer él en el mundo?... El aburrimiento más espantoso, el *tedium vitae* clásico, el *spleen,* la neurastenia quizás, cons-

tituían para él una tan lúgubre como ineluctable perspectiva.

Los tristes presentimientos del señor Smith se realizaron, y recientemente han tenido un fúnebre desenlace: el señor Smith ha sucumbido a su pesadumbre. En los últimos tiempos, a pesar de que el estado general de su organismo nada dejaba que desear, habíase vuelto melancólico, malhumorado y taciturno; negábase a tomar alimento, no obstante que la buena señora Stangerson se esforzaba, apelando a su profundo conocimiento de la culinaria, en dar a las viandas el aspecto más incitante; no dormía, a pesar de la reiterada ingestión de substancias hipnóticas reconocidamente eficaces, dado que las vías digestivas del desgraciado fueron visitadas, bajo las formas líquida y sólida, por los más distinguidos miembros de cuantos integran la honorable familia de las papaveráceas. Todo esto redujo su economía a tal estado de debilidad, que sucedió lo que debía suceder, lo que era lógico y natural que sucediese: Smith dejó de existir. Y lo peor del caso no es eso; lo peor, según me ha manifestado con emoción viva y profunda la señora Stangerson, es que su señor, —compañero, más bien,— se ha ido al otro mundo sin haber hecho testamento. Debido a esto, todos los bienes que pertenecieron al extinto, así valores en metálico, como muebles e inmuebles, han pasado a ser propiedad del Estado,

a pesar de las vehementes protestas de la dama; cuanto a los semovientes, el honorable *judge* a quien correspondió hacer la distribución del caudal hereditario, procediendo con toda equidad, los dejó en poder de la atribulada mistress; a ella pertenecen, pues, por la decisión judicial, la gata y la cacatúa.

Cree la señora Stangerson —y yo comparto su hipótesis por convicción y por galantería— que la causa del prematuro fallecimiento del señor Smith fué el haber sido curado. Está firmemente persuadida de que si no le hubieran privado de su enfermedad habría vivido aún veinte o treinta años más; o, en el caso de morir tan pronto, no hubiera llegado a ese trance fatal como un misántropo intolerable, y, lo que es peor, como un grosero misógino; sino que, antes de exhalar el hálito postrero y despedirse con el natural cariño de la angelical criatura que había sido para él una segunda madre, la habría nombrado su heredera universal.

UN HARAGÁN

Yo había conocido en mi vida muchos vagos, pero jamás un vago como aquél. Aquél era un vago sin parangón posible. Era el vago total, el vago pleno, el vago absoluto. No hacía nada. *Nada,* fijaos en lo que significa esta palabra: nada. Ni siquiera esas pequeñas cosas que constituyen la ocupación de las gentes desocupadas; ni siquiera leer los diarios, o jugar al truco, o al billar; ni conversar siquiera, porque era un vago con inclinaciones a la misantropía, un vago que esquivaba el trato humano. Yo lo conceptué desde el primer momento como un hombre superior, no obstante que en el pueblo pasaba por un idiota. No; aquel hombre no era un mentecato vulgar. Tenía, por lo menos, el talento que se necesita para ser un buen vago; porque, como holgazán, era perfecto, asombrosamente perfecto. No se concibe un holgazán mejor, más concienzudo, más constante. Era el genio de la holgazanería.

Me propuse estudiar aquel hombre, o, mejor di-

cho, aquel hallazgo. Un vago en nuestro país, es una cosa absurda. ¿Qué *porvenir* tiene aquí un vago? Algo así como el de un sastre en Zululandia, donde nadie se viste. Está fuera de ambiente, y la muerte por hambre constituye su perspectiva. Mientras todo el mundo trabaja, se afana, se agita, se apresura, ¿cómo puede vivir un hombre *que no hace nada,* que *nunca ha hecho nada?* Este era el caso de aquel sujeto, y yo tenía que descifrar el enigma.

Conocí a mi hombre en un hotel de pueblo, en el hotel de un pueblo fundado diez o doce años atrás. Uno de esos pueblos de rápido desarrollo, formados casi totalmente por extranjeros. Había allí gentes de los países más diversos: italianos españoles, franceses, alemanes, rusos, árabes. Gente de trabajo y de lucha. Alguno que otro criollo *trabajaba* también allí, llamando trabajo—mientras no se inventa una palabra apropiada—al conjunto de cosas más o menos útiles que se hacen en las oficinas públicas. Y en medio al turbión de actividades diversas, de intereses encontrados, de pequeñas pasiones, que constituye la vida cotidiana de los nuevos pueblos comerciales, el vago, como un guijarro inmóvil en el cauce de un torrente... *no hacía nada.* Es decir, hacía algo; hacía mucho; hacía la cosa más difícil de hacer en aquel medio: *vagaba, haraganeaba, holgazaneaba.* ¿Os parece poco trabajo?

¿Cómo vivía el vago? ¿De qué vivía? Esto me interesaba más que nada, y me preocupé de averiguarlo. Y cuando lo hube averiguado, mi admiración ha-

cia el vago subió de punto. ¡ Sabed que el vago *vivía de un pleito!*

Pero —diréis— ¿ es que acaso se puede *vivir de un pleito* sin ser abogado, o procurador, o algo semejante? Y esas profesiones exigen trabajo, un cierto grado de trabajo.

No, no. Este hombre no era, felizmente, nada de eso, lo que constituía un gran bien, porque tal circunstancia dificultaba la posibilidad nada inverosímil, de que cualquier día lo hiciesen diputado o ministro. Ved cómo, sin embargo, *vivía de un pleito.*

Un pariente del vago, propietario rural, tuvo un buen día lástima de él, y lo llevó a vivir consigo en uno de sus campos, esperando que allí se regenerase y contrajese hábitos de laboriosidad, porque ya entonces era tan holgazán como cuando yo lo conocí. Pero ¡ que si quieres! Seguía siendo el mismo de siempre: vago impenitente, incorregible, crónico, incurable. El pariente lo echó del campo, en el que el haragán genial pasó uno o dos años. Viéndose así, en la calle, y como hasta para poder ser vago hace falta algún talento, nuestro hombre se ingenió y tuvo una idea, una de las pocas ideas de su vida; se le ocurrió demandar al pariente por cobro de sueldos; y lo hizo así. Entabló un juicio contra el que lo había protegido, contra el que lo había cobijado, contra el que se había apiadado de él. El amor a la vagancia impone a veces estas crueldades. Le cobraba, según rezaba la demanda, *"dos años de sueldos atrasados*

como administrador general de un campo de su propiedad". Total, cuatro o cinco mil pesos.

Se creerá que, instaurado el juicio, el demandante haría todo lo posible por apresurar su tramitación y su fallo; y, efectivamente, esto es lo natural. Pero nada de eso rezaba con los propósitos del vago. Sabía él perfectamente que con cinco mil pesos no puede un hombre vivir toda su vida sin trabajar, y eso en el caso inverosímil de que el fallo judicial le fuese favorable. Lo que a él le convenía era que el juicio durase lo más posible; que no se terminase nunca.

Por de pronto, él atendía cumplidamente a su manutención, gracias al pleito. Tomó pensión en el hotel del pueblo sin tener un centavo. El patrón se negaba a suministrársela si no le pagaba anticipadamente, pero el vago logró vencer la resistencia, y cuando llegó el fin del primer mes le dijo al hotelero:

—"Vea, amigo no tengo un cuarto, pero el mes que viene ganaré un pleito que importa cinco mil pesos. Así que no se apure. El asunto será fallado de un momento a otro."

Desde ese instante, transcurrieron más de cuatro años, y todavía el buen hotelero no había visto un centavo, ni lo verá jamás. El vago repetía y aún debe seguir repitiendo lo mismo: *El mes que viene fallarán el pleito.* Y el hotelero no lo echaba a la calle porque se hacía este raciocinio: *Si lo echo de casa, pierdo todo lo que ya me debe; si lo dejo estar un mes más, puede ser que lo cobre todo junto. Es-*

peraré otro mes. Y esperando, esperando, se pasaban los años, y el vago comía y dormía a cuerpo de rey.

Para facilitar la vida, el haragán redujo sus gastos al mínimo. No se le conocían vicios de ninguna clase, no bebía, no jugaba. ¿Con qué dinero iba a jugar? Había descubierto que es una tontería leer los periódicos, en primer lugar, porque la vista se echa a perder, y en segundo, porque cuando ocurre algo verdaderamente importante, en seguida se lo cuentan a uno; así que ni siquiera gastaba dinero en comprar diarios.

Su régimen de vida era simple y matemático; exactamente matemático o matemáticamente exacto. Exacto como una suma o una multiplicación bien efectuada. Se levantaba a las ocho de la mañana en cualquier época, y tomaba en seguida el desayuno. Luego, a esperar la hora del almuerzo. Si era invierno —aprovechando la circunstancia de que aquél era una de esos pueblos andinos en los que nunca llueve — la esperaba paseándose por la acera del hotel con toda la calma de un filósofo; si era en tiempo caluroso, también la esperaba en la vereda, pero la esperaba sentado. Ocupaba un velador, que era la desesperación de los mozos del café, porque nunca se daba el caso de que allí hubiese consumación.

Después de haber almorzado—y lo hacía sin apresuramiento, con reposo epicúreo, sentándose a la mesa el primero y levantándose el último— ya nada le quedaba que hacer sino esperar la hora del té; la espe-

raba durmiendo una confortante siestecita de dos o tres horas. Tomado el té, sólo le faltaba esperar el momento de la cena, y lo esperaba como el del almuerzo: sentado en verano y paseándose en invierno. Así que cenaba, se iba a la sala de juego, pero sólo *a mirar*. Jugar, hubiera sido hacer algo; hubiera sido profanar sus ritos. Se limitaba a sentarse junto a alguna de las mesas de *truco,* de *tute* o de *golfo* y seguir las incidencias del juego. Los jugadores le tenían *estrilo,* y entre ellos gozaba fama de *jetattore,* lo que daban a entender con frases de doble sentido, con reticencias, con groserías a veces. *"¿A cómo está el papel secante?",* preguntaba a lo mejor aquél a quien el vago se aproximaba. Pero, ¡sí, sí! Bueno era él para darse por aludido.

Una horita después de la comida, cuando se cansaba de ver jugar, nuestro hombre se iba a dormir. Ya había vivido su día en paz y en gracia de Dios y sin hacer mal a nadie.

Así lo he visto día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Así lo he visto un año, dos años, tres años. Así era cuando yo llegué al pueblo; así era cuando me marché de él; así estoy completamente seguro de que sigue siendo. No era hombre de cambiar así no más: tenía un carácter de hierro.

¡Oh, aquel vago!... No todos los días se encuentran gentes como él. Hoy todo el mundo hace algo, tanto los pobres como los ricos. Pero ¡qué digo! Estamos en una edad en que trabajan hasta los empleados públicos. Apenas se encuentran ya ejempla-

res de buenos holgazanes. Se trata de un artículo agotado.

En la primera edad del mundo, según el relato bíblico, el Creador condenó al hombre a ganarse el pan con el sudor de su rostro; condenó al hombre a trabajar. Y esa sentencia, que en otros tiempos encontraba todavía resistencias individuales y aisladas, la acatan hoy todos los humanos. Sólo el vago de mi relato, sólo el vago que me encontré en un hotel de pueblo, sólo *mi vago,* se negó, se niega y se seguirá negando a prestarle acatamiento... Le admiro, no puedo ocultarlo; le admiro desde lo más profundo de mi alma.

LA NEURALGIA

A media tarde, no pudiendo más, Fernández le dijo al jefe de la sección:

—Señor López, me encuentro mal. Tengo desde esta mañana una neuralgia atroz.

El jefe le concedió permiso para marcharse. Cuando salía, Fernández le oyó refunfuñar:

—Siempre se les ocurre enfermarse cuando hay más trabajo. Los días de carreras, todos tienen neuralgia.

Un poco molesto por las frases del jefe, se detuvo en la puerta principal del banco. Los empleados de las ventanillas le miraban curiosamente, con cierta expresión envidiosa, como si pensasen:

—¡Quién pudiera irse como él a tomar el sol!

Y si supiesen que tenía neuralgia, le habrían envidiado la neuralgia.

Estuvo dudando si volvería a su oficina de *Plazo fijo* a anotar depósitos hasta la noche, como todos los días. Le diría al jefe que ya se le había pasado el dolor, y se pondría a trabajar otra vez.

Duró poco la duda. La neuralgia se hacía por momentos más intolerable. Fernández echó una mirada al boquete negro en que se perdía la escalera del sótano que acababa de dejar, y otra a la calle, animada y llena de sol. Y se decidió a marchar.

Recorrió a pie las manzanas que separaban el banco de la estación del subterráneo. Le parecía que el calorcillo del sol primaveral, la alegría de la calle y la voluptuosidad de ser libre, concretándose en una grata sensación de bienestar, hubiesen disipado su neuralgia. Por lo menos, ya no le molestaba tanto como en la oficina.

Mientras caminaba, iba pensando en la sorpresa de Ester, la muchacha buena a quien conociera hacía cuatro años y de quien había hecho su esposa cuatro meses atrás. Ella se sorprendería, sin duda, de verle entrar en casa a aquella hora, a él, que llegaba siempre a la hora de la cena.

También es triste cosa — pensaba — *que para poder pasar una tarde con mi mujercita, con la buena mujercita que se queda sola en casa todo el día, tenga necesidad de enfermarme.*

Cuando Fernández llegó a su casa, la neuralgia iba en aumento. Ahora, era un dolor feroz que abarcaba toda la cara.

Atravesó en dos saltos los seis metros cuadrados de jardín que había delante de la casa, subió de un

brinco los tres escalones del corredor y entró en el vestíbulo.

Había colgado en el perchero un bastón, y ya iba a colgar el sombrero, cuando se fijó... (*¿cómo no se había fijado antes?*) en que allí había ya un sombrero. ¿De quién podía ser? Lo examinó. *J. R. S.* ¿Tenía él algún conocido a cuyo nombre correspondiesen esas iniciales?.. Resueltamente: no.

Entonces, brutalmente clara, le sacudió el cerebro la evidencia de *aquello* que nunca se le había ocurrido pensar.

Espió. Oyó la voz de Ester y una voz de timbre masculino, desconocida para él. Llegaban confundidas, mezcladas, apagándose mutuamente; casi como una sola voz; como pronunciadas por dos bocas tan próximas, que fuesen casi una sola boca.

Anonadado, loco de dolor moral y de dolor físico, Fernández salió de allí, tambaleante, y fué a caer, vencido, ante la mesa de un café.

Se fijó entonces en que no llevaba consigo el bastón. En su presurosa, sigilosa fuga, lo había olvidado en la casa.

Y le fué doloroso pensar esto:

"Ahora, ella sabrá que estuve allí. Ahora sabrá que sé..."

Después de un rato, cuando ya había tratado vanamente de ahogar en alcohol, de una sola vez,

los males de su cuerpo y de su alma, echó a andar de nuevo hacia la casa.

Merodeó en tornó de ella igual que un malhechor.

De pronto, vió que un hombre asomaba la cabeza a la puerta. Fernández se ocultó en un portal.

El hombre, temeroso, miró a todos lados antes de resolverse a salir.

Por fin, se decidió. Venía en dirección al sitio en que estaba semioculto el borracho.

Pese a su embriaguez, Fernández juzgó prudente hacerse el distraído; pero en la nerviosidad con que chupaba una colilla y en el temblor de sus dedos cuando la llevaba a los labios, bien se echaba de ver su horrenda lucha interior.

El otro pasó sin dignarse mirarle. Tal vez ni reparó en él.

Era un hombre bien vestido, elegante, fuerte y de talla medrada. Fernández, pequeñito, feo, flacucho — con los gruesos cristales y el aire tímido de los miopes, — no halló extraño que aquel hombre le gustase a Ester más que él. Más aún: *Lo encontraba muy natural.*

Eso era cuando hablaba la reflexión, cuando se proponía *mirar las cosas friamente;* pero cuando sus sentimientos de varón reaccionaban, se sentía lleno de una rabia feroz contra sí mismo y contra el Destino.

¿Por qué, por qué había de ocurrir aquello?

Sola en la casa, Ester se extrañó de encontrar en el perchero el bastón de su marido.

¡Cómo era posible! Aquella mañana, cuando él se iba al banco, fué ella misma quien le obligó a llevarlo, diciéndole:

—No te vayas sin el bastón, Juan. Vuelves muy tarde, y en este barrio no hay vigilancia. Cualquier noche te dan un susto.

Ella se lo había entregado, y después había visto a Juan perderse calle abajo, feliz y contento el pobre, haciendo dar vueltas en la diestra a aquel su inconfundible bastón amarillo, o bien golpeando con él las ramas de los árboles sólo por el gusto de ver cómo caían los pétalos blancos de las acacias en flor.

Entonces recordó el momento aquél en que, habiendo oído pasos en el vestíbulo, se levantó para ver quién estaba allí, y no encontró a nadie.

Y relacionando dos hechos tan sencillos, se escalofrió de espanto.

Entrada ya la noche, aún arrastraba el ebrio su desesperación por las calles, llenas de luz y de bullicio.

Anduvo horas y horas, errabundo, como si buscase en la fatiga corporal el lenitivo que el alcohol le había negado; como si quisiese anonadarse con el espectáculo feérico de la gran ciudad luminosa y alucinante.

Pero nada le arrancaba del cerebro aquella idea que cada minuto lo martirizaba con más crueldad.

Volvió a casa a la hora de la cena.

(A la hora de la cena, como todas las noches).

Ella le notó demudado.

—Juan — preguntó, cobardemente, temerosamente; — Juan, ¿qué tienes? ¿Estás enfermo?

Y aguardó la respuesta, con la pálida faz serena; con el corazón golpeándole el pecho locamente.

Fernández, con una mueca dolorosa que él quiso que fuese sonrisa, lentamente, trabajosamente, dejó caer esta respuesta:

—Sí, querida, estoy algo enfermo. Tengo un poco de neuralgia.

Y agregó, todavía:

—Pero no te inquietes, no será nada. Es un dolor sin importancia.

MIS INFANTICIDIOS

A manera de prólogo

Después de guardar el espantoso secreto durante catorce años, me decido a relatar la terrible historia de mi triple crimen.

Nadie sino yo conoce hasta ahora este horrendo relato en toda su inconcebible verdad. Algo han publicado los periódicos; algo logró en aquel entonces averiguar la policía. El público llegó a poseer así una visión de conjunto de los hechos, pero nada más que una vaga visión de conjunto. Los pequeños detalles, las compleja serie de circunstancias que rodeó la comisión de aquel delito, todo eso escapó a la curiosidad general. Pocas veces en la historia del crimen las sombras del misterio rodearon tan espesas y lóbregas un hecho delictuoso.

Lo más singular del caso es que yo no hice absolutamente nada por esquivar la sanción de las leyes. No me oculté. No huí al extranjero. No traté de sobornar a las autoridades. Tal vez sea esa pre-

cisamente la razón de que no me hayan encontrado. La policía rara vez atrapa a los malhechores que tiene a mano. La policía, en ese punto, se parece mucho a esos cortos de vista que, con los anteojos puestos, buscan obstinadamente los anteojos. No saben dónde están, justamente porque los tienen sobre las narices.

De manera, pues, que yo hubiera podido perfectísimamente aguardar con toda tranquilidad el instante en que la Divina Providencia fuese servida mandarme a pudrir la tierra, sin necesidad de autosentenciarme a sufrir el duro castigo con que la legislación vigente pena mi crimen; pero no quiero llevarme a la tumba ese secreto horrendo. Es más: parece como si mi alma, oprimida por el torcedor del remordimiento, necesitase comunicar con alguien sus hondas angustias. En consecuencia, he resuelto hacer pública confesión de los hechos. ¡Caiga sobre mí el rigor de las leyes!

No me atemorizan las torturas de la prisión. La existencia misma, que lógicamente no debe inspirarme gran interés desde que mi salud, de algún tiempo a esta parte, viene siendo sobremanera precaria, no me lo inspiraría tampoco aun cuando conservase la fortaleza de mi primera juventud. Y si el fallo de la justicia me condenase a perder la vida, colocaría gustoso mi cuello sobre el tajo funesto.

El remordimiento es infinitamente menos tolerable que el castigo. Yo había leído esto muchísimas veces en las hojas de los almanaques; pero no pude

medir todo el alcance de esa verdad hasta que tuve ocasión de comprobarla en cabeza propia. Mientras los malhechores vivimos entre las personas honradas, pesa sobre nuestro espíritu la incertidumbre de ser descubiertos en el momento menos esperado. El remordimiento nos corroe; el castigo nos dignifica y nos regenera. Esto también lo había leído en los almanaques, y he podido persuadirme, asimismo, de su profunda verdad.

El castigo sufrido nos da la sensación de haber pagado lo que debíamos a la sociedad; en tanto no lo padecemos, nos sentimos deudores; y cada vez que pasamos junto a un representante de la fuerza pública experimentamos el mismo desasosiego de un mal pagador que pasa frente a la tienda del sastre. El mal pagador pasa por la acera opuesta, y a pesar de eso tiene miedo hasta de volver la cabeza después que ha pasado. Está esperando que de un instante a otro le pongan una mano sobre un hombro y le digan:

—¡Eh, amigo! ¿Cuándo me paga la cuentita?

Además, hay en una confesión de estas cierta gallardía. Estoy por decir que hay cierto interés literario. Cuando el señor Magdalena de *Los Miserables* declara ante los jueces que él es Juan Valjean, no se me negará que el ex-presidiario se hace simpático. Ese rasgo de valor y de hombría le rehabilita a los ojos de todos.

Para terminar: debo decir que una de las razones que me han impelido a tomar esta determinación es la forma estúpida, arbitraria y caprichosa como se

han tergiversado los hechos. Los relatos suministrados por la prensa fueron, en su mayoría, francamente idiotas. Se ha adulterado la verdad, se ha fantaseado, se ha disparatado por modo irritante. A tal punto, que ante los ojos de la opinión he aparecido como un criminal burdo y ordinario. No se ha visto, no se ha querido ver lo que había de artístico y de armonioso en mi triple crimen. Ahora bien: como en todas sus actividades, el hombre pone en el asesinato un poco de amor propio. Por mi parte, confieso que soy vanidoso, como todos los grandes asesinos. No me gusta que se me confunda con los asesinos vulgares. Soy un esteta, soy un refinado del homicidio. Mucho antes de haber leído a De Quincey — ese pobre *dilettante* — ya sabía yo lo que es una bella puñalada en el vientre, un bello martillazo en la nuca (1).

I

Después de mendigar durante tres años un empleo en la redacción de la *Revista Cósmica*, con laudatorias recomendaciones de ministros, diputados y autores teatrales, obtuve el ansiado puesto el día mismo en que mi lustrabotas, a tiempo que trataba de sacarle brillo al director de la revista por la parte inferior, le aseguró que yo era un buen muchacho. (En-

(1) Los párrafos precedentes forman parte de una novela en preparación. — N. del A.

tre paréntesis: tengo mis razones para sospechar que en la eficacia de la recomendación influyó mucho la vehemencia con que mi excelente lustrabotas anhelaba cobrarme las numerosas *sesiones* de que le era deudor.).

Inmediatamente se me encomendó la sección *Consultorio del suscriptor.* Como quiera que por aquel entonces poseía yo vastos conocimientos en teneduría de libros, se me presentaba una excelente ocasión de lucirme evacuando consultas sobre ganadería, preceptiva literaria, enotecnia, prehistoria, terapéutica, industrias artológicas, api, pisci y puericultura, cosmética, metafísica, cinegética, heráldica, meteorognosia, farmacopea, cálculo infinitesimal, talasoterapia y bromatología.

El consultorio, bajo mi dirección, constituyó un éxito rotundo. Afluían las consultas en forma torrencial; aumentaba la circulación de la revista de un modo portentoso.

Al segundo mes la administración me concedió de golpe un aumento de 200 pesos, con lo cual mi sueldo llegó a 190. Me explicaré. El primer mes trabajé sin sueldo, para hacer méritos. Ahora bien: como mi presupuesto mensual de gastos de tranvía es de $ 10 resulta que durante ese mes no solo no gané sueldo, sino que perdí diez pesos. Pero como $-10+200=+190$, no tiene nada de paradójico que con un aumento de 200 pesos sobre mi sueldo del primer mes ganase 190 el segundo mes. Creo que me explico. Esto es de álgebra elemental.

Todo marchaba a pedir de boca, hasta que en la mañana de un día nefasto llegué a la redacción de un humor endiablado y cayéndome de sueño. Las cosas ocurrieron de este modo: a fin de encontrarme en condiciones de evacuar una consulta de carácter coreográfico, tuve que concurrir la noche anterior a un baile en una casa de familia. No fué eso lo peor; lo peor fué que en el susodicho baile, no sabiendo en qué forma disipar mi mortal aburrimiento, opté por declararme a una de las bailarinas, inocente joven de quince abriles. Y, para que se vea lo que son las cosas: hasta que obtuve aquel *sí* que tan poco me interesaba, no recordé mi condición de hombre casado y con hijos.

En fin, todo ello no sería nada si mi mujer no se hubiese enterado, y organizado en obsequio mío una escena dantesca, también familiar, como el funesto baile; pero que ya la hubiera querido tener de modelo Gustavo Doré para ilustrar la *Divina Comedia*. La escena en cuestión disminuyó considerablemente la vajilla de nuestro humilde hogar. ¡Y que tantos sinsabores, que tantos trastornos tuviesen por único objeto poder informar a una subscriptora en qué se diferencia un *two-steep* de un *fox-trot!* ¡Y que por satisfacer la caprichosa curiosidad de cualquier chicuela se vea obligado un padre de familia a hacer el ridículo y a comprar otra batería de cocina!... Ironías del Destino.

Pero prosigamos.

Entre las consultas que me aguardaban esa maña-

na había dos que me preocuparon sobremanera. No sabía cómo componérmelas para contestarlas. Una de ellas, la que — jamás he de olvidarlo — firmaba *Estanciero inexperto,* decía:

Señor redactor: Mi cosecha de duraznos es excesiva. No sé qué hacer con tantos duraznos; me sobran muchísimos. Sírvase indicarme cómo debo proceder para convertirlos en orejones.

La otra consulta, también lacónica, decía así:

Señor: Mis tres hijos están con tos ferina. Aquí no hay médico. ¿Qué debo hacer con estos pobres niños? Firmaba: *Madre atribulada.*

Después de consultar ávidamente varios diccionarios enciclopédicos; después de tragarme un *Tratado de desecación de frutas* y un *Manual del arboricultor,* en cuatro enorme volúmenes; habiendo devorado un *Compendio de Puericultura* y *El paidólogo del siglo XX;* ítem más las compactas páginas que *La Medicina al alcance de todos* dedica a la coqueluche o tos ferina; en fin, habiendo deglutido tres capítulos de *Lo que debe saber la madre*... estaba igual que al principio. Es decir, estaba peor; había olvidado las nociones elementales que poseía acerca de los chiquillos con tos y los duraznos en conserva, sin añadir en cambio ningún conocimiento nuevo. Eso sí, quedé con el cerebro torpe y obtuso, en ese estado de profunda postración en que cae una persona después de leer un número del *Diario de sesiones.*

En vista de esto resolví contestar a *Madre atribulada* prescribiendo cualquier cosa inofensiva, y re-

comendando a *Estanciero inexperto* cualquier cosa más o menos apropiada para convertir los duraznos en orejones. La cuestión era salir del paso.

II

Transcurrieron tres días.

—¡Desgraciado! — fué lo que, por todo saludo, me dijo el director en la mañana del cuarto día.

—¡Qué ha hecho usted, animal!... ¡Usted nos arruina, usted nos manda a todos a presidio!... ¡Bestia!

Expectoradas, con cruel intermitencia, estas indirectas, me alargó una nueva carta de *Estanciero inexperto*. Decía:

Señor director: Por consejo del redactor del Consultorio, y proponiéndome hacer orejones, he puesto en un baño de tintura de yodo tres toneladas de duraznos. El resultado ha sido desastroso. No sólo se han perdido los duraznos, sino también el yodo. Esto me coloca a las puertas de la miseria. Sírvase borrarme inmediatamente de su estúpida revista.

Inmediatamente repasé mi sección del último número, por si en ella se había deslizado alguna funesta errata. Me encontré con esto:

A Estanciero inexperto.—Déjelos reposar. Abríguelos. Báñelos. La tintura de yodo da muy buenos resultados.

Poco más abajo, leíase esta otra respuesta:

A Madre atribulada. — Estrujarlos. Hervirlos muy lentamente. Dejarlos a la intemperie, sobre un techo de zinc, v. gr. Si cayesen heladas, pueden cubrirse con paja. No es preciso quitarles la piel; pero conviene sacarles los huesos, uno por uno. Existen máquinas especiales, pero es preferible deshuesarlos a mano; sobre todo si tienen la piel suave y tierna.

Quedé consternado. Buscando apartar de mi ánimo la macabra sospecha que lo embargaba, desplegué un diario matutino. En la primera plana, a seis columnas, leí horrorizado:

ESPANTOSO CRIMEN

TRES NIÑOS BRUTALMENTE ASESINADOS

MADRE DESNATURALIZADA

DECLARA QUE PROCEDIÓ POR INSTIGACIÓN DE UN REDACTOR DE "LA REVISTA CÓSMICA"

SE BUSCA AL DESALMADO INSTIGADOR.

Instantes después llegaba la policía. Me despedí, llorando, de mis compajeros. Obtuve permiso para escribir unas letras a mi infortunada esposa. Le decía más o menos: *Querida mía: Salgo para el Sur, por cuestiones relacionadas con mi empleo. Voy por cuenta del Estado, con gastos pagos.*

Espero que el cambio de aire me siente bien; pero, aunque no me siente, lo mismo pienso quedarme. No te preocupes por mí; mis compañeros de viaje

son personas muy serias. Ahora más que nunca estoy en condiciones de poder jurarte absoluta fidelidad. Besos a los nenes. Si puedo, les traeré alguna chuchería, aunque creo que están muy mal provistos los bazares de allí abajo. Tuyo, JUAN.

Cuando terminé de escribir estas líneas, me encadenaron las manos.

III

En el instante en que me encadenaban las manos me desperté.

Estaba en la redacción. Me había quedado dormido sobre una montaña de consultas. El director, agarrándome por las muñecas, estaba sacudiéndome para volverme a la realidad. Lo que en mi sueño me parecían férreas esposas eran las manazas de aquel hombre.

—¡Apúrese, Pérez! ¡Hoy entramos en máquina!...

¡Dios santo! ¡Dios clemente! ¡Dios misericordioso!... Esta triple exclamación, alcoránica en cierto modo, brotó de lo más profundo de mi pecho cuando comprendí que todo había sido una pesadilla. Lo único cierta era que la noche anterior había concurrido a un baile familiar y me había declarado a una joven. Las demás calamidades no habían sido sino ficciones de un sueño, del más espantoso sueño de mi vida.

Al día siguiente renuncié mi empleo con carácter

irrevocable. Un mes más, y o mi corazón hubiera saltado en pedazos o me encontraría a estas horas ocasionando gastos al Estado en un manicomio, en vez de hallarme como me hallo llevando el libro de *Drafts on South Africa* en la casa bancaria de John Johnson & Son.

Donde estoy a las gratas órdenes de ustedes.

UNA ESTAMPA DE LA VIRGEN

I. Aarón Haddad, vendedor de estampas

Aarón Haddad era sirio, nacido en el valiato de Beyruth, y tenía treinta años. Hacía cinco que había llegado al país. Poseía medianamente *la castilla.* Aarón Haddad vendía cromos religiosos en la Colonia Francesa, donde no hay iglesia ni cura: tal era el absurdo negocio de Aarón Haddad.

El verdadero nombre de aquel sujeto era ese: Aarón Haddad; pero se hacía llamar *Juan Herrero.* Así firmó una vez que prestó declaración ante mí en el juzgado de paz. Parece ser que muchos sirios que se apellidan Haddad, cuando llegan al país traducen su apellido a nuestro idioma; porque *herrero* y *haddad* son dos palabras distintas y un solo oficio verdadero.

Lo cierto es que los paisanos de la región no lo conocían bajo uno ni otro nombre. Lo habitual era llamarle *El figurero.* En los puestos de la sierra,

ya se sabía que el forastero era Aarón Haddad cuando alguna muchacha gritaba desde la puerta:

—¡Aiá viene iegando *el figurero!*

En otras partes le llamaban *el turco de las estampas,* o *el turco* a secas, no obstante que Haddad era inconfundible. Era el más popular de todos los turcos de la Colonia.

Como dejo dicho, Aarón llevaba en el país cosa de cinco años, y todo este tiempo lo había pasado en la Colonia Francesa. ¿Por qué fué a dar allí Aarón Haddad, y no se quedó en Buenos Aires, que ofrece tan fácil campo a las pequeñas industrias inverosímiles gratas a sus conterráneos? ¿Por qué no se quedó aquí a vender cordones para las botas, o cigarrillos y fósforos, o para fundar alguno de esos bazares dotados de movimiento traslatorio, donde se vende *todo a veinte?*... Hay que atribuirlo a las inclinaciones de Aarón Haddad, que le llevaban a la aventura y al vagabundaje. Tenía el ansia de recorrer mundo. O tal vez, por las noticias de algún su paisano, supo de las excelencias de aquella tierra fértil, de aquella luminosa región, bajo cuyo cielo siempre azul medra espléndida la vid, tal como en la dulce tierra que está junto al Líbano.

Otro punto obscuro en la biografía de Aarón Haddad, es éste: ¿por qué, siendo turco, vendía estampas católicas? Los cromos que vendía Aarón Haddad, representaban las imágenes que la Iglesia Católica Apostólica Romana acepta y difunde. ¿Cómo es que Aarón Haddad, mahometano en razón de

su origen, propagaba por la vía de las artes gráficas un culto que no es el de su raza? ¿Era Aarón Haddad un tránsfuga con respecto a las creencias de sus mayores?... Nada se sabe acerca de un punto tan importante. Es posible que perteneciese a una familia maronita y hubiese sido educado en las escuelas católicas fundadas en Beyruth por los jesuítas. Lo que es inaceptable para cualquiera que haya conocido al figurero, es que Aarón Haddad se hubiese especializado en aquel ramo movido del simple espíritu comercial, por aquello de que la religión suele dar también sabrosos frutos en esta efímera vida terrenal. Aarón Haddad era un artista, era un poeta, era un místico. El hubiera podido, como tantos de sus compatriotas en la región, poner un baratillo, elaborar vino o instalar uno de esos boliches donde los peones criollos dejan el domingo todo lo que han ganado durante la semana. Prefirió, sin embargo, aquel oficio grato a su alma andariega.

Merecía, pues, el figurero el prestigio de que gozaba entre el bello sexo. Las viejas agasajábanle y adoraban en él, pues que era casi un santo aquel hombre sobre cuyas espaldas descansaba la corte celestial a tres tintas. Quien quisiese un buen San José, con el Niño en brazos y la varita de nardo en la mano; quien quisiese un lindo San Luis Gonzaga, con su seráfica expresión casi femenina; quien quisiese un precioso San Antonio,—tan reclamado por las muchachas,—vistiendo el severo hábito franciscano, también con el Divino Infante en brazos y

dando la espalda a la ilustre ciudad de Padua; quien quisiese un fulgurante San Miguel, armado de todas armas, cabalgando gallardamente un blanco corcel bajo cuyos cascos se retorciese Satán haciendo espantosas muecas; quien quisiese algo de eso, no tenía más remedio que acudir a Aarón Haddad.

En cuanto a las chicas en estado de merecer, adoraban asimismo en Aarón Haddad, pero no ya por las santas imágenes que vendía, sino porque... (¿lo diré) ¡porque vendía también postales amorosas!

Justo es consignar, sin embargo, que el mismo Aarón abominaba de ese comercio profano. Llevaba, es cierto, náufragos en los insondables bolsillos del chaquetón, algunos sobres roñosos llenos de esas tarjetas que reclaman las muchachas; de esas tarjetas a base de corazones traspasados, de ramos de flores, de palomas con una cartita en el pico, de leyendas tan elocuentes como lacónicas: *No me olvides, Sin tu amor, me moriría, Eternamente tuya...* Pero Aarón Haddad reconocía,—¡qué remedio!,— la necesidad dolorosa de ese despreciable tráfico, mucho más productivo que el expendio de estampas religiosas. Si Aarón Haddad no vendiese también postales de amor, ya el comercio de santas imágenes hubiera hecho bancarrota mucho tiempo atrás.

2. Se describen algunas singulares costumbres de Aarón Haddad

Os tengo que decir ahora cómo vivía Aarón Haddad. Aarón no tenía familia ni domicilio conocido. Dormía en los ranchos, en los puestos, junto a unas pircas, a la orilla de un canal, allí donde lo encontraba la noche. Comía donde le daban de comer, o bien no comía, porque era de una sobriedad de camello. Era un hombre fantasma, que de vez en cuando caía al pueblo, como llovido del cielo.

Aarón era un árabe acriollado. Usaba *breeches* y polainas, y gustaba de saborear un amargo siempre que le invitaban, acariciando el mate con la misma serenidad filosófica, con la misma delectación con que sus antepasados habrían apreciado los encantos del narguile. Por esto lo querían tan bien los paisanos: porqre se adaptaba de buena gana a las costumbres criollas.

En lo que no iba tan de acuerdo con la paisanada, es en aquello de montar a caballo o atar el sulky para unas cuadras. Aarón Haddad iba a pie a todas partes. Enemigo de los medios artificiales de locomoción, opinaba, como Rousseau, que el andar a pie es el único modo racional de recorrer distancias. El figurero era todo un andarín: a pie se iba hasta los más lejanos puestos de las sierras. A lo mejor un paisano se lo encontraba en plena pampa desolada:

—¿Dónde vamo, amigazo?

—Aquí no más, al puesto de don Guevara,—contestaba el figurero.

Aquí no más, eran tres o cuatro leguas.

Y no es nada el caminar tanto, sino la carga que el hombre llevaba encima: la corte celestial que le colgaba de los hombros, en un cajón plano, como esos hombres que en la ciudad llevan un tablero de anuncio. Luego, los marcos, porque también vendía lindos marcos dorados. En fin, que era prodigioso que no reventase un día, bajo el sol de los veranos implacables y a través de los médanos hostiles.

3. Del notable caso que a Aarón Haddad le ocurrió una vez

Un día estaba Aarón Haddad sentado al borde de una acequia, renegando de la mala suerte. Los negocios andaban como el diablo: no había vendido desde la víspera un solo santo ni una sola postal.

En esto acertaron a pasar por allí unos viejos, marido y mujer. Venían de la sierra. Hacía años que no bajaban al pueblo. En el momento en que pasaban frente al figurero, la mujer le gritó:

—Diga, figurero: ¿tiene la Sagrada Familia?

De primera intención, Aarón contestó que sí, y se entregó a la tarea de repasar toda la colección de cromos; pero la Sagrada Familia no se dejó ver. Así que, con profundo dolor, Aarón se vió en el caso de rectificar, manifestando que no le quedaban más Sagradas Familias.

El viejo y la vieja, al trotecito de los caballejos,

se alejaron por el camino polvoriento, perdiéndose a poco entre el follaje de los sauces.

En esto Aarón Haddad tuvo una idea genial.

¿Y si les vendía aquella familia imperial alemana que hacía dos años tenía de clavo en el establecimiento?... Resolvió intentarlo, y echó a correr detrás de los viejos. Cuando los alcanzó, les dijo que había encontrado una Sagrada Familia.

La vieja miraba con desconfianza la imperial estampa. El viejo, escéptico, preguntó:

—¿Y cuál es San José?

Aarón Haddad, lamentando íntimamente el sacrilegio, señaló a Guillermo II. El viejo meneó la cabeza, incrédulo.

—¿Y todos esos que están alrededor?—insistió, señalando a los príncipes.

Aarón Haddad incurrió en sacrilegio por segunda vez:

—Son ángeles,—dijo.

—¿Y desde cuándo, los ángeles vestidos de *milicos?*—habló, irreverente, el paisano.

Aarón Haddad continuó faltando a la verdad cínicamente:

—Ahora todas las Sagradas Familias vienen así... Mandó el Papa... Compren la estampa, no tengan miedo... Aarón Haddad no engaña a los clientes...

La compraron; y Aarón Haddad, que al principio se alegró del buen negocio, se arrepintió siempre de aquel crimen. Le atribuyó todas las calami-

dades que le ocurrieron después, y se predijo a sí mismo que iba a morir de mala muerte por aquella gran picardía que había hecho.

He aquí por qué en un rancho perdido, en las sierras de Mendoza, unas sencillas gentes deben estar rezándole todavía a la última familia imperial alemana.

4. Estragos que produce el juego

La carrera que aquella tarde iba a correrse en Cuadro Gatica había despertado espectación general. En realidad, se descartaba ya el resultado: todo el paisanaje daba por seguro que ganaría la alazana de don Facundo Gatica. La yegüita había ganado hasta entonces todas las carreras cuadreras en que había corrido. Ni aun se explicaban los paisanos cómo diablos se había atrevido nadie a aceptar el desafío de don Facundo. Nadie en el Cuadro Gatica conocía al competidor de la alazana. Decían que era un tobiano bastante ligero, y algunos hasta ponían en duda el resultado.

Habíase preparado el andarivel en una cuadra de camino ancho y parejo, frente al bolique del turco Juan Salom. Este turco Juan Salom siempre se las arreglaba para que las carreras se corriesen frente a su casa. En realidad, él era quien ganaba siempre.

Desde por la mañana hubo gran movimiento en el boliche. Juan Salom, previéndolo, había carneado dos terneros, y las tiras de asado corrían que

era un contento. Jugadores o simples curiosos, era mucha la gente que había venido. Pululaban los vendedores ambulantes de empanadas, de tortas, de alfajores pétreos—verdaderos materiales de construcción—de golosinas diversas.

Aarón Haddad tampoco desperdició la ocasión de colocar algunas estampas, y por allí andaba con el establecimiento a cuestas.

En un lóbrego rincón del boliche, trabados en una terrible partida de truco con otros dos individuos, estaban Marcos Luna y Juan Farías, dos sujetos de malos antecedentes, muy vigilados por la policía de la Colonia Francesa. Gozaban de una sólida fama de cuatreros, y vivían a salto de mata, huyendo de los soldados. Siempre andaban *en yunta.*

Por allí les llamaban *Los chilenos,* vaya uno a saber por qué. En realidad, se ignoraba por completo su origen. Lo verosímil es que perteneciesen a esa curiosa especie de *heimatlosen,* de hombres sin patria que son los nacidos en la Cordillera, en la raya con Chile. Los padres no se preocupan de recorrer las 60 o 70 leguas que hay hasta la oficina del R. C. más próxima, y así hay muchos individuos que nunca han sido inscriptos. Si les conviene para alguna fechoría, se hacen pasar por chilenos en la Argentina y por argentinos cuando pasan al Poniente de la Cordillera.

Al mediodía, Marcos Luna y Juan Farías se encontraban ya en una de esas situaciones psicofísicas que sólo puede resolver el álcali volátil; todo por

culpa de aquella endemoniada *grappa* que vendía el turco Juan Salom. Por un quítame esas pajas, estallaban en denuestos feroces, y estuvo en un tris que no hubiesen andado ya a puñaladas.

La carrera estaba anunciada para las cuatro.

A esa hora, la cuadra del andarivel estaba llena de gente, que hormigueaba inquieta y sudorosa bajo un sol de justicia. Habían venido, en coches o a caballo, paisanos de todos los distritos. El sexo femenino, no hay que decir que estaba lucidamente representado. Muchas niñas de la buena sociedad de la Colonia, habían querido mostrar su destreza de amazonas, y por allí andaban, sofrenando a duras penas la cabalgadura encabritada por las bombas con que el insaciable Juan Salom pretendía atraer a los posibles rezagados.

Unos minutos antes de las cuatro, pasearon los caballos, cubiertos con sendas colchas. Según la opinión más generalizada, no era posible que ganase el tobiano. Lo habían traído ese mismo día desde el distrito de Cañada Verde, a seis leguas de distancia; así que el animal, cansado todavía, estaba en pésimas condiciones para competir con la alazana de *don Gatica*. Aparte de que no se le conocían grandes *performances* al caballejo aquél. Se daba por seguro que su propietario perdería los 500 nacionales del envite.

Comenzaron a cruzarse las apuestas. Marcos Luna y Juan Farías jugaron a la alazana todo el dinero disponible; y, por si eso era poco, le vendieron

los cuchillos a Juan Salom, para jugar también los cuatro pesos que por ellos les dió el bolichero. Estaban seguros de hacer un buen negocio y, por consiguiente, recobrar las armas.

Cuando ya estaban a punto de largar, Aarón Haddad tuvo una inspiración. *Y ¿si le jugaba unos pesos al tobiano?...* Hizo la oferta. y no faltaron interesados. Aumentó la oferta todavía, hasta comprometer todo el dinero que llevaba consigo. A todo el mundo le llamó la atención aquel arrebato del figurero, porque no se le conocía como hombre aficionado a jugar.

Al fin, el juez de largada dió la voz consabida:

—¡Larguen!...

Y los caballos partieron al galope, furiosamente espoleados por los jinetes. La yegua la montaba un hijo de don Facundo, jockey consumado y ligero de peso; el tobiano lo llevaba el mismo dueño, un hombre entrado en años y de relativa corpulencia. Hasta por esto se descontaba el triunfo de la yegüita.

Siguieron unos instantes de espectación febril. Hasta promediar el andarivel, corrieron parejos los competidores. A partir de ese momento, el tobiano ganó un pescuezo, luego medio cuerpo, hasta que dejó atrás a la alazana. La yegua, como si comprendiese el mundo de ilusiones, de orgullos y de esperanzas que iba a derrumbarse con su fracaso, luchaba denodadamente por alcanzar al tobiano. Inútil; porque el endiablado caballejo llegó a la raya segundos antes que la yegua de Gatica.

Entre el público se alzó un gran clamor. Hubo protestas.

—¡*Acomodo, acomodo!*—gritaba alguno.—¡Que corran otra vez!

Al juez de raya, que lo era el comisario de Cuadro Gatica, se le presentaba un caso difícil.. El probo funcionario, por una compleja serie de motivos político-económicos, estaba obligado a dar siempre la razón a don Facundo Gatica; pero la injusticia de anular una carrera tan legal como la que se había corrido, resultaba demasiado evidente. Lo que agravaba el asunto, eran las rencillas y resquemores intervecinales reavivados por la cuestión. Los paisanos de Cuadro Gatica tomaban como punto de honra el triunfo de la alazana, y otro tanto puede decirse de los de Cañada Verde con respecto al tobiano. Esto no tiene nada de particular; no se precisa ser un sociólogo muy profundo para observar que casi todos los pueblos han sentido siempre el orgullo de sus grandes animales.

En fin, la ley es ley. El juez de raya dió por buena la carrera. Los perdidosos, aunque a regañadientes, aflojaron el dinero.

Aarón Haddad estaba radiante de alegría por aquella inspiración del cielo que había tenido. Una vieja marrullera andaba por allí gritando que *cómo no iba a ganar el figurero, si tenía pacto con la Santísima Virgen.*

Marcos Luna y Juan Farías, echando pestes, furiosos, rebosando rabia y etílico, volvieron al boli-

che, confiando en el crédito de Juan Salom. Juan Salom no negaba jamás el crédito cuando tenía esperanza de cobrar algún día el triple.

Así que, para ahogar la rabia del fracaso, los cuatreros estuvieron hasta la noche encharcándose las tripas con aquella famosa *grappa*, que era una especie de aguarrás de mala calidad.

5. Donde se ve la razón que asistió a Eurípides, célebre dramático de la antigüedad, cuando afirmó que la dicha humana es una flor efímera.

Para ir desde Cuadro Gatica hasta el puesto del Molle Ladeado, hay que recorrer una legua de buen camino carretero; hay que atravesar media legua de médano; hay, en fin, que cruzar unas salinas. Desde allí, si es de día, ya se divisan las paredes del caserío, encaramado en la sierra; si es de noche, se ve la luz del boliche de Luiggi Ammiratti, que está, como quien dice, a cuatro pasos del puesto.

Entrada ya la noche, y después de recorrer unos ranchos del Cuadro Gatica, para renovar amistades, para beber unos vasos de vinito criollo de la cosecha y para ver de colocar algún cromo, Aarón Haddad se echó el establecimiento al hombro y se puso en marcha hacia Molle Ladeado. Contaba llegar allá al filo de la media noche. Por dicha, era tiempo de luna llena.

Pues iba el bueno de Aarón Haddad saliendo del Cuadro Gatica, camino adelante, orilla de la acequia, bajo el gran arco triunfal de los carolinos enormes.

Y era una senda encantada el ancho y polvoriento camino aquel, con la lluvia de plata que sobre él cribaba el gran harnero del ramaje. Luego el silencio, el enorme silencio del campo, profundizado aún por la apagada musiquilla del agua; por aquel rumor que alzaba la acequia, y era como el jadear de la gran serpiente argentada, reptando infatigable sobre su lecho de guijarros.

Aarón Haddad se sintió lleno de una alegría salvaje. La pingüe ganancia del día, el vinillo, la luna, la soledad... Aarón Haddad, a quien nadie había oído cantar hasta entonces, rompió a cantar una canción de la tierra natal, entonada tal vez durante siglos por los hombres de su raza, cabe los limoneros olorosos y los gigantes cedros que medran junto al Líbano; pero que los molles, los algarrobos y los chañares debían oir como algo exótico y extraordinario.

Se cruzó con unos paisanos que iban hacia el pueblo en un *sulky descuajaringado.* Los hombres se detuvieron.

—¡Parece que vamos contentos, amigazo! — le gritó uno de ellos. — Ha de haber hecho buen negocio... ¿Pa donde la rumbea, si se puede saber?

—Para Molle Ladeado.

—Ta bueno.

—Vaia prevenío, si anda cargando plata... — advirtió el hombre que no había hablado aún. — Son peligrosos esos laos... En cuanto que se descuide le van hacer una maldá...

—El que me haga mal a mí, va derecho al infierno, — dijo en su castellano chapurrado Aarón Haddad, acompañando la respuesta con una carcajada.

Los del *sulky,* deseándole buen viaje, continuaron el suyo.

Y sin embargo... La verdad es que aquel optimismo era puramente ficticio; la verdad es que el figurero era presa de la inquietud.

Le dominaba, obsesionante, el recuerdo de *Los chilenos,* a quienes había visto cuando pasaba frente al boliche de su paisano Juan Salóm, borrachos, ceñudos, torvos, hablándose al oído, como si anduviesen tramando alguna de sus fechorías. Aquella visión, como una racha maldita, agostó en su alma la alegría loca que un momento antes le embargaba.

Redobló el paso.

6. Conciliábulo

—Oíme, Juan... Y ¿si lo atropellamos al figurero?... Ha de llevar como doscientos pesos...

Juan Farías permaneció pensativo.

—No sé qué te diga... Si se defiende, lo vamos a tener que ultimar...

—No se va a defender... En la vida de Dios le han visto cargar armas. Vas a ver que es la cosa más fácil.

Juan Farías, en quien el instinto religioso tenía forma de vaga superstición, dijo gravemente, con voz que el temor hacía un poco temblorosa:

—Chey: ¿no nos irá a castigar Dios?... Mirá,

hermano, que el turco tiene a los santos de parte de él...

Marcos Luna hizo un ademán de supremo desprecio.

—¡No seas zonzo, hermano! No se enrieda Dios en estas cosas...

Luego, como hablando consigo mismo, continuó así:

—El turco ha de ir pa Molle Ladeao, por el camino de la salina... Atravesando el canal, le cortamos el paso antes que llegue a lo del gringo Ammiratti...

Y ordenó, con un ademán imperativo:

—Andá, vamos saliendo.

Juan Farías no se movió. Marcos Luna lo agarró por un brazo y lo sacó a viva fuerza del boliche. Allá se fueron, camino adelante, perdidos en la noche, bamboleándose como muñecos que sacudiera el viento, mientras discutían el pro y el contra del asunto.

Cuando los dos hombres salieron, Juan Salóm se asomó a verlos marchar. Mientras discutían en un rincón del boliche, Juan Salóm había estado recontando los pedazos de papel de estraza en los cuales, con lápiz y en caracteres árabes, iba anotando los fiados uno a uno; aquellos pedazos de papel de contornos caprichosos y varios, que durante el día iba ensartando en un pinche vertial colocado junto a la nauseabunda fiambrera de alambre tejido, tan amada

de las moscas. El cual pincho, virtualmente, era el libro "Diario" de Juan Salóm.

Absorto, al parecer, en aquella difícil tarea de contabilidad, lo cierto es que ni por un momento había dejado de observar a los malhechores. Pronto comprendió que urdían algún terrible desafuero; así que se sintió aliviado cuando los vió marchar.

Fatalista de raza como era, Juan Salóm pensó que no estaba en su mano evitar que aquellos hombres, — perversos desde el claustro materno y exacerbados entonces en perversidad por el torcido curso de los negocios, — cometiesen algún crimen aquella noche: era cosa que entraba en el terreno de los hechos fatales. De modo que se limitó a musitar una plegaria mahometana, pidiendo a Alah, clemente y misericordioso que el crimen les saliese bien. Así, a lo menos, le pagarían la "grappa" del día.

Terminado el silencioso rezo, atrancó la puerta.

Porque la verdad es que les tenía un miedo cerval.

7. Perseguido

Cuando salía ya del médano, Aarón Haddad creyó ver a lo lejos, entre el oleaje de arena de las dunas, unas figuras humanas que le seguían.

Entrando ya a la salina, no le cupo la duda: era perseguido. Aceleró la marcha, para ver de llegar al boliche de Molle Ladeado antes que le diesen alcance.

La enorme llanura de la salina brillaba de un

modo maravilloso. Era como si, en plena bonanza, hubiese nevado copiosamente durante muchas horas, y la blanca nieve devolviese, centuplicándola, la argentada luz de la luna. Bajo el claro cielo, la vasta planicie de sal reverberaba hasta hacer arder los párpados. Aarón Haddad, ofuscado, tuvo que cerrar los ojos.

Cuando los abrió para mirar atrás, vió que estaba perdido. Dos siluetas oscuras se destacaban sobre la blancura circundante. Aarón Haddad, indefenso, resolvió esperar a los perseguidores. Su única resolución defensiva, fué encaminarse hacia el barranco que por uno de los lados limitaba la salina. Allí, siquiera, no faltarían pedruscos con que repeler un ataque.

Así que reconoció a los cuatreros, ya no se preocupó de defenderse.

Sabía que todo intento de resistencia sería inútil contra aquel par de salvajes.

Se descargó el cajón de estampas, lo dejó en tierra, se sentó en un ribazo, y esperó.

8. Lo horrendo

El primero que habló fué Marcos Luna.

—Turco, entreganos la plata.

Aarón Haddad dijo que no tenía más que unos centavos; que lo ganado en las carreras y el producto de las ventas, lo había dejado en Cuadro Gatica, en poder de su paisano y banquero Juan Salóm.

Marcos Luna y Juan Farías la emprendieron con

él a puñetazos. Aarón seguía berreando que no llevaba dinero consigo, salvo algunos níqueles.

Entonces Marcos Luna le dió una patada brutal en el abdomen. Perdido el resuello, el turco quedó tendido en el suelo como una masa inerte.

Lo empezaron a registrar. Sólo le encontraron cosa de un peso en moneda de níquel.

—Hay que revisar despacio... — dijo Marcos Luna. — Debe tener como doscientos pesos...

Esto último lo repetía con la insistencia de un estribillo.

Aarón Haddad abrió los ojos, vuelto en sí. Forcejeaba.

Marcos Luna, entonces, levantó una piedra enorme, grande como la cabeza de un buey y pesada como de hierro; la mantuvo en vilo un instante, y la dejó caer a plomo sobre el cráneo de Aarón Haddad.

Fué espantoso. No se puede contar.

Siguieron registrando las ropas, horriblemente ensangrentadas, pegajosas de sangre. Nada. No aparecía el dinero.

Marcos Luna estaba furioso. Blasfemaba igual que un demonio.

—¡Chancho! ¡Por ochenta centavos nos hace trabajar! ¡Turco de m...! — barbotaba entre blasfemias.

—Ya te decía yo que era un mal trabajo, — habló Juan Farías. Y, en un acceso de humorismo macabro, sacó del cajón del figurero una estampa de

la Virgen María, la plegó en cuatro y se la echó al bolsillo. Dijo luego:

—Esto, pa que Dios Nuestro Señor nos perdone la picardía que himos hecho...

La sangre del vendedor de estampas se había coagulado, y resaltaba, delatora, sobre el terreno blancuzco. Revolvieron el suelo con los pies, para hacer desaparecer las horrendas manchas.

Después, empujaron barranco abajo el cadáver mutilado de Aarón Haddad; y detrás, sin duda por que le hiciese santa compañía, echaron a rodar el cajón de las estampas. Les causó mucha gracia el ruído de cosa hueca que hizo el cajón saltando de piedra en piedra hasta llegar al fondo del barranco.

Luego, los dos hombres se pusieron en marcha hacia Molle Ladeado.

Ya estaba aclarando. A los primeros rayos del sol, la salina se irisaba toda, como una gran tierra arada sobre la que un labriego pródigo hubiese derramado diamantes.

9, (y es el último). Una estampa de la Virgen

Luiggi Ammiratti se sorprendió mucho de ver llegar a los dos hombres a aquellas horas. Le habían obligado a abandonar el jergón aplicando a la puerta de la casucha unas patadas formidables. Luiggi, que se había acostado poco antes, se levantó despavorido, previendo algo espantoso, y se encontró con Marcos Luna y Juan Farías, que querían tomar unas copas.

Luiggi vaciló entre indignarse y no indignarse. En fin, reflexionando que *Los chilenos* eran sus mejores clientes, resolvió servirles lo que pidieron. Incluso asistió, en calidad de testigo, a la partida de truco en que se trenzaron de inmediato.

A Juan Farías el alcohol le ponía bromista y locuaz. En una de estas, inopinadamente, le mostró al bolichero la estampa de la Virgen. Estaba Nuestra Señora sentada en un lindo sitial dorado, calzados de sandalias los sagrados pies, con el Niño en brazos, cubierta con un manto azul celeste que le caía sobre los hombros, con una alba toca ceñida a la cabeza; y toda rodeada de palmas. A don Luiggi le gustó mucho la estampa, y se la compró a Juan Farías por un vaso de cierto vino blanco que era la especialidad de la casa. Marcos Luna, con voz ahogada y en tono agrio, reprendió a su socio por la imprudencia:

Quién sabía si por causa de aquello los iban a descubrir.

A media mañana, llegó la policía. Los dos borrachos dormían, de bruces sobre la misma mesa, insensibles e inmóviles, como dos fardos de trapos. En pocas palabras, el subcomisario de Cuadro Gatica le contó a don Luiggi lo que pasaba. Entonces el bolichero, con aire misterioso, con un miedo terrible a la venganza de los forajidos, rogando al subcomisario que jamás le fuese a descubrir, le habló de aquella estampa que le había vendido Juan Farías. Como el subcomisario la quiso ver, don Luiggi debió sa-

carla del cajón del mostrador, donde ya la había depositado cuidadosamente, en la sección destinada a las facturas y a los recibos de patentes.

El subcomisario y uno de los soldados que le acompañaban, no tuvieron más trabajo que el de poner la mano sobre el hombro de los bandidos. No hicieron la menor resistencia.

Lo primero que encontró el soldado de policía que en el mismo lugar del hecho descosió el forro del chaquetón que perteneciera a Aarón Haddad, fué un fajo de billetes. Había hasta quinientos pesos en moneda de la provincia.

Marcos Luna y Juan Farías, que, maniatados, presenciaron aquello, se miraron significativamente, reprochándose con aquella mirada la imbecilidad de no haber revisado precisamente allí.

Y así fué cómo la Virgen María, Nuestra Señora, después de presenciar un asesinato, lo testificó y delató a los culpables; para confusión de las perversas gentes que no creen en los milagros.

COMEDIA VULGAR

Personajes: El viejo *de siempre.* — Los estudiantes. — Los enamorados. — El guardián. — La niñera. — Meneca y Tito.

(Jardín público. — Atardece).

El viejo

(*Llega caminando pausadamente, trabajosamente, apoyándose en el bastón. Se dirige al banco en que se sienta siempre. Al ver que está ocupado por los estudiantes, se irrita*). ¡Vaya! Ya me han quitado el sitio. ¡Idiotas! ¡Más que idiotas! ¿Qué se habrán creído esos mequetrefes?... En fin, paciencia, será cosa de buscar otro banco. Ya hacía años que no me sentaba en otro, y le había tomado cariño. Debilidades de viejo. Bueno, es que, también, es el mejor banco del parque. Sitio alto, abrigado del viento por ese grupo de acacias, y luego, al lado de esa hermosa *Araucaria imbricata,* que le resguarda a uno del sol... Nada, nada: el mejor banco del parque. ¿Qué mastuerzos serán esos? (*Se acomoda los anteojos*). Parece que están leyendo. Estudiantes han de ser. ¡Estudiad, estudiad, alcornoques!... Valientes

tontos, estudiando, y con este día. Después de todo, no sé para qué sirve el estudiar. *Quien añade ciencia, añade dolor*: el que dijo eso, fué un sabio. Pero la verdad es que cuando yo era joven, tenía también la fiebre de estudiar. Todo lo quería saber, y ahora quisiera olvidarlo todo. La gran ciencia está en pasar lo mejor que se pueda los cuatro días que uno vive. Creo que un tal Epicuro pensaba así, y, en mi modesta opinión, fué uno de los pocos hombres de talento que hubo en el mundo. (*Encuentra un banco, sobre el cual proyectan su mezquina sombra las ramas de un árbol. Se sienta*). ¡Los libros! Necedades y más necedades... Bueno, este banquito no es del todo malo... No es como *el mío,* pero, en fin, se puede estar aquí... (*Despliega un periódico que lleva en el bolsillo*). A ver qué sucede en la bola de basura que llamamos mundo... A ver qué dicen estos idiotas... (*Se enfrasca en la lectura de los* 500 *gramos de papel impreso*).

Los enamorados

(*Llegan asidos de la mano, caminando lenta, muy lentamente. El le señala a ella un banco próximo*).

Ella. — (*Joven, rubia, esbelta, sonriente; una gran sonrisa ella misma*). Lo que tú quieras, eso quiero yo. Sentémonos.

(*Se sientan ambos, muy juntos. Hablan animadamente, unidas las manos, fijos los ojos en los ojos, como si se quisieran mirar el alma. Nada oyen ni ven a su alrededor*).

El viejo

(*Suspende un momento la lectura, y ve a los amantes*).

¡Hombre, hombre! ¡Una pareja de enamorados!.. Ta, ta, ta, ta. Esto sí que está bueno. Años y años que vengo a este parque, y siempre una nueva pareja. No sé de dónde diablos salen tantos estúpidos... ¿Qué se estarán diciendo esos pazguatos?... Como si lo oyera: *¿Me querrás siempre, amor mío? ¡Oh, sí, hasta la eternidad!...* ¡Idiotas, más que idiotas! *Siempre,* y no saben lo que significa esa palabra. *Hasta la eternidad,* y dentro de quince días ella con otro y él con otra, diciéndose la misma tontería: *¡Siempre, siempre te querré!...* La credulidad humana no tiene límites. En estas cosas de amor, quien mejor entendió el asunto fué el viejo Schopenhauer. Era un sabio en toda la extensión de la palabra... Pero ¡fíjense en ese par de infelices! Tan juntos, que parece que van a comerse... ¡Qué zonzos, Señor, qué zonzos!... Volvamos al diario, otra tontería. Pero, en fin, está visto que sin hacer alguna tontería, no podríamos vivir. El haber nacido ya es una tontería. (*Lee*).

La niñera y el guardián

La niñera. — Diga, guardián: la nena quiere una flor. ¿No me permite tomar una flor para la nenita?

El guardián. — A usted le permito yo tomar hasta mi existencia. ¡Encanto! ¡Preciosidad!

La niñera. — ¡Qué amable!

El guardián. — ¿Amable? Enamorado es lo que estoy de esa cara que es un pedazo de cielo...

La niñera. — ¡Eh, diga, no exagere!

El guardián. — (Galante). Oiga usted... y disculpe. ¿No querría que uniésemos nuestros corazones en el ara del amor?

La niñera. — (¡Qué guardián tan culto! Habla como los *niños*...) Eso depende de usted. Según sea su comportamiento...

El guardián. — ¿Yo? Seré el más sumiso de los fámulos.

La niñera. — Siendo así...

(*El coloquio se hace más íntimo. De lo que fué un guardián severo, no queda más que el uniforme*).

El viejo

(*Levanta la vista del diario. Ve el grupo de la niñera y el guardián*).

¡Calle! ¿También esos? ¡Pero, Señor, es intolerable!... (*Viendo al guardián ofrecer flores a la nenita*): Hermoso asunto para un cuadro mitológico: Cupido sobornando a la autoridad. ¡Intolerable, intolerable!... (*Torna a leer*).

Meneca y Tito

Meneca. — ¿Jugamos a los casados?

Tito. — Bueno.

Meneca. — Yo era la mamá y vos eras el papá y después vos me retabas...

Tito. — Yo ¿tenía que retarte?

Meneca. — Sí, zonzo, como hacen los papás.

Tito. — Y vos, ¿qué hacías?

Meneca. — Yo lloraba y te pedía perdón y vos me perdonabas.

Tito. — ¿Y después?

Meneca. — Después nos abrazábamos.

Tito. — ¿Y más después?

Meneca. — Mas después... me volvías a retar.

El viejo

(*Viendo a los chicos*).

¡Hola! ¿Los chiquillines también? ¡Hombre, es lo que faltaba! Lindo, muy lindo. Creo que fué un señor Dumas quien dijo que los niños son las únicas personas inteligentes; pero hoy, ni eso se puede ya decir.

¡Vea usted, vea usted!

(*Se levanta*).

Me voy. El mundo está inhabitable.

ESA ENDIABLADA CUESTIÓN SOCIAL

> Celui qui n'a pas eu faim, qui n'a pas eu froid, qui n'a pas souffert, ne peut parler ni du froid, ni de la faim, ni de la souffrance. Il ne sait pas très bien ce que c'est que le pain, ce que c'est que le feu, ce que c'est que la résignation.
>
> (DAUDET, en uno de sus cuadernos íntimos).

ESTAMOS en el suntuoso comedor de los señores de García Creso. Los *stores* de los ventanales que dan al parque, filtran una luz suave, tamizada, discreta: una luz *bien*. No esa luz cruda y democrática que es la plena luz del sol.

La estancia es amplia, y está amueblada en un estilo severo, que muy bien puede ser *Jacobean,* pero que el autor no afirma que realmente lo sea. Enemigo sistemático de la calumnia, no quiere exponerse a calumniar ni aún a los muebles.

Las vitrinas desbordan de rica cristalería. Como en todas las casas ricas, hay en aquélla una cantidad

enorme de copas de todos los colores, por las cuales nadie ha bebido ni beberá jamás. Allí el *baccarat,* allí el *Saint-Louis,* allí las más distinguidas especies vítreas, al refractar algún que otro rayo de sol que consigue burlar el celo de las cortinas y de los *vitraux,* se descomponen en verdaderas sinfonías de color. Cada copa es un arco iris; cada jarra es un ánfora maravillosa cuyas aristas son otros tantos prismas que encierran íntegra la gama cromática: un poema de luz. Las biseladas lunas de Venecia, multiplican el milagro. Ricas porcelanas: Sèvres, Sajonia, Satsuma. Tapices de Aubusson, con motivos venatorios.

Las alfombras de Esmirna — supongamos que son de Esmirna—, amortiguan el ruido de los pasos, siempre desagradable. Sobre esa alfombra uno se siente ingrávido. Se sienten ingrávidas allí hasta esas señoras que cuando se pesan, notan en el indicador de la báscula una irritante propensión a aproximarse al lugar donde dice: "100 K.".

Adornan las paredes varios cuadros muy negros y muy feos; pero que, cuando los han colgado allí, puede asegurarse que es porque valen un dineral.

Es la hora del té. *Los señores de García Creso* — dirá un cronista al otro día—, *han reunido en torno a su mesa a un selecto núcleo de sus relaciones.* Hay varias niñas distinguidas, pertenecientes a ese núcleo; hay varios jóvenes adorables, que también forman parte del núcleo; hay varias señoras de

lo más selecto, pero que, por lo fofas y deformadas, más que al núcleo pertenecen ya al protoplasma.

Ahora, escondámonos tras este suntuoso cortinón de "velours" y escuchemos lo que se habla en el comedor. Sí, ciertamente, es una falta de educación; convenido. Es una falta de educación muy interesante y muy instructiva).

Hablaba el doctor Pedancio Pérez, abogado famoso en la calle Florida por sus corbatas y en los tribunales por su mala ortografía. Se expresaba con tal aire de suficiencia, que todo intento de controversia parecía vano.

—La aristocracia es necesaria en las sociedades. La prueba está en que siempre hubo aristocracia. Por otra parte, esta opinión es la de todos los grandes filósofos. Platón, en *La República,* ya habló de esto, y yo no voy a enmendarle la plana a Platón; no faltaría más.

Horacio, un joven estudiante de Derecho, interrumpió al doctor Pedancio.

—Habrá sido Platón el que no quiso estar en desacuerdo con usted. Quién sabe si no lo ha presentido...

—Interpreto eso como un chistecito de mala ley, pero no me desarman a mí las bromas, — replicó el doctor Pedancio. — Sostengo que la aristocracia es necesaria en las sociedades. Debe haber ricos, debe haber desocupados, debe haber ociosos. Los

ricos llenan en la sociedad una gran misión: la de conservar las buenas formas. La educación, la cultura, las artes, la elegancia, sólo los privilegiados de la fortuna pueden fomentarlas y sostenerlas. Y yo pregunto, ¿qué sería la sociedad sin esas cosas? ¿Valdría acaso la pena vivir en un mundo que careciese de tales atractivos, que algunos consideran frívolos? El ocio es indispensable para la creación artística, lo que exige que la largueza de alguien permita al artista vivir sin apremios pecuniarios. Las más grandes obras artísticas del pasado, las han ejecutado hombres ociosos, o bien hombres a quienes los ricos pagaban para que pudiesen disfrutar de los beneficios del ocio fecundo y creador. Ya los griegos rendían culto a lo que llamaban el ocio artístico. En este sentido, Epicuro es un precursor. De modo que hasta por espíritu artístico habría que sostener a todo trance el orden de cosas establecido.

Una señora interrumpió al doctor Pedancio para decir, apoyándole:

—Si no hubiese ricos, ¿quién daría limosnas? ¿Quién haría obras de caridad?

Horacio, feroz, replicó:

—Si no hubiese ricos, no haría falta dar limosnas. Si todos tuviesen lo necesario, no haría falta la caridad. La caridad desaparecerá cuando reine la igualdad.

El licenciado hizo hincapié en esta frase. Afirmó, rotundamente:

—El antiguo ideal de la igualdad humana es una utopía. Será una utopía más o menos bella, — no discuto eso, — pero no pasa de ser una utopía. Usted, Horacio, no va a sostener que yo soy igual a su jardinero...

Y Horacio, el demagogo de la familia, con un dejo de ironía que el doctor Pedancio no alcanzó a percibir, rechazó la hipótesis:

—¡No, doctor, Dios me libre! Usted es un intelectual, y el jardinero no es más que un trabajador.

Satisfecho por lo que creía un elogio, el doctor Pedancio prosiguió, exaltándose:

—Usted no va a sostener que el hombre que maneja el volante, es igual a usted, que va dentro del automóvil; usted no va a sostener que el niño de la calle, hijo de padres ignorados, que le lustra los botines, es igual que su hermanito Raúl; usted no va a decirme que la mujer que lava los platos en la cocina, es igual con respecto a su hermana Martita; y que disculpe Martita.

Martita, allí presente, se apresuró a disculpar al doctor Pedancio.

Entonces Horacio, el implacable, hablando con frialdad, como si dijese una cosa inocente, soltó esta bomba:

—Yo no creo nada de eso, no faltaba más. El que lo creía, era Cristo. Y, bien mirado, puesto que nuestra civilización es cristiana, debíamos aceptar ese credo con todas sus consecuencias, o, de lo contrario, demoler las iglesias y volver al paganis-

mo. Es decir... *volver* no es la palabra: *legalizar* el paganismo reinante. En realidad, nunca hemos dejado de ser paganos. El reino de Cristo no ha empezado todavía. Los veinte siglos pasados, no han sido más que la incubación.

¡Horror! Nunca hubiera pronunciado Horacio García Creso tan nefandas palabras. La mamá quiso desmayarse. El papá habló de mandarlo a la estancia a embolsar trigo, a fin de apartarlo de esa maldita facultad de Derecho, donde "se juntaba con subversivos". Susanita Sánchez, presunta novia de Horacio, manifestó redondamente que *jamás se casaría con un maximalista, partidario del amor libre.* Martita se echó a llorar desconsoladamente, resentidísima con aquel mal hermano *que le había llamado cocinera*. Mecha Ruiz, solterona profesional, manifestó que *parecía increíble que un joven de abolengo pudiese decir semejantes barbaridades*. El doctor Pedancio, concluyó sentenciosamente:

—No hay que extrañarse de nada. A los veinte años, el cerebro es una verdadera olla de grillos. Ya hablaremos cuando Horacio tenga mi edad y haya reposado el juicio. Estos jóvenes *tragalibros* se echan a perder, temporalmente al menos, con esa endiablada costumbre de leer. Casi todos hemos pasado por ese mal momento psicológico, así como pasamos el sarampión o la tos ferina...

Pero, no obstante los propósitos conciliatorios y pacifistas del doctor Pedancio, una sombra de malestar gravitaba sobre la reunión. No se disipó esa

nube hasta que tomó la palabra Ernestito Almansa. Ernestito — como se le llamaba en todas partes, malgrado sus veintiocho bien cumplidos—, era un joven simpatiquísimo a las damas. Frívolo, fatuo, afeminado y vanidoso, era todo lo estúpido que puede ser un hombre sin exigir reclusión inmediata; pero — entiéndase bien—, no afirmo que fuese simpático a las damas precisamente por ser estúpido. Puede ser que eso no tuviese nada que ver. Ernestito creyó oportuno manifestar que *el hablar de cuestiones sociales era de pésimo gusto*. Acababa de llegar de Estados Unidos, a donde había ido a perfeccionar sus estudios de ingeniería. El doctor Pedancio Pérez le preguntó *cómo andaba por allá eso de la ingeniería*. Ernestito dió una respuesta evasiva.

Mecha Ruiz, la solterona fundamental, le preguntó cómo bailaban el *shimmy* en Nueva York. Entonces Ernestito se embarcó en una extensa disertación, ilustrada con demostraciones personales. La amena disertación coreográfica disipó las sombras que dejara en los ánimos la controversia sociológica. Y la alegría reinó en el comedor.

Sólo se enfrió levemente la atmósfera moral cuando el doctor Pedancio Pérez dijo sentenciosamente:

—El baile es tan antiguo como la humanidad. A Sócrates, al *gran* Sócrates, le gustaba mucho la danza, y bailaba frecuentemente. Así lo aseguran Diógenes Laercio y el doctor José Ingenieros.

Así dijo el doctor Pedancio Pérez, alguno de cu-

yos amigos, por lo visto, había leído *Las vidas de los filósofos* y *El hombre mediocre.*

En las cocinas

Estamos ahora en las cocinas de los señores de García Creso. Los marmitones friegan copas y platos; los cocineros, vestidos de blanco, cumplen concienzudamente su delicada misión. La actividad es intensísima.

Un marmitón a otro. — Parece que tenemos cambio de personal.

Marmitón 2º — ¿Lo dices por Juan, el jardinero?

Marmitón 1º — Y por María, la mucama.

Marmitón 2º — ¡Qué! ¿La despidieron? ¿Por qué?

(El primer marmitón dice algo al oído de su compañero).

Marmitón 2º — No puede ser.

Marmitón 1º — Te digo que sí.

Marmitón 2º — ¿Y el niño Héctor?

Marmitón 1º — Se fué a la estancia.

Marmitón 2º — ¡Qué canallada! Es peor que lo del jardinero. ¿Sabes tú por qué lo echan?

Marmitón 1º — No sé... Parece que le dió una mala contestación a la niña Alicia.

Marmitón 2º — ¿Y por eso...? Eso no es razón para dejar en la calle a un hombre que lleva veinte años en la casa. ¿Dónde lo van a tomar ahora, con

su reumatismo del demonio? ¡Pobre viejo! Si al menos le hubiesen dado algo...

Marmitón 1º — Le dieron un mes de sueldo. Es lo que manda la ley.

Marmitón 2º — ¡Qué gran cosa, la ley! Con los cien pesos, ya puede el pobre viejo darse a la buena vida, ¿no te parece?

Marmitón 1º — Así es...

El cocinero jefe (a los marmitones). — ¡Eso es! ¡Distráiganse charlando! ¡Con la vajilla que hay que lavar para la comida de esta noche! ¿Para eso les pagan su sueldo?

Marmitón 1.º *a marmitón* 2.º — Mira este, como defiende los intereses del patrón... Para que algún día le pase como a Juan el jardinero.

(Y ya no se oye sino ruido de platos...)

LA ÚLTIMA BROMA DE JOSÉ FERNÁNDEZ

L forastero entró en el comedor del hotel. Era un hombre huraño, retraído, abstraído. Había llegado al pueblo tres días atrás, y con nadie se relacionaba. En las primeras horas de la mañana y en las últimas de la tarde, salía a pasear por las afueras; sólo se le veía a esas horas. Durante el resto del día, permanecía encerrado en su cuarto, y en él se hacía servir la comida. Raro que esta vez se hubiese decidido a ir al comedor; tal vez un capricho de loco. Por lo demás, el dueño del hotel estaba muy satisfecho con el huésped: sería todo lo maniático que se quisiese, pero lo cierto era que pagaba las *adiciones* (eso que irónicamente se llama *adiciones*), sin incurrir en la impertinencia de querer descifrarlas, y que como se acostaba temprano, *gastaba poca luz eléctrica.*

Traspuesta la puerta del comedor, y como buscando un sitio desocupado, se detuvo el hombrecillo. Porque el forastero era un hombrecillo, un hombrecillo feo y flaco, con el gesto avinagrado de los dis-

pépticos, con unas barbuchas descuidadas y ralas. Un tipo antipático. Cuando entró, sólo quedaba en el comedor un asiento vacante, en una mesa para dos personas. En ella comía ya Fernández, el señor José Fernández, personalidad descollante en el pueblo, como que era cajero del banco.

El sitio que entonces ocupaba Fernández en el comedor, era su sitio habitual. Era un sitio consagrado, inviolable; un sitio que nadie se hubiera atrevido a ocupar aun cuando fuese el único vacío. Los mozos del hotel, hablaban de *el sitio de Fernández* como de algo perfectamente definido e inconfundible. Y el forastero, como no viera otro lugar disponible, se sentó ante el célebre sitio y frente al hombre célebre. No dijo una palabra. Se limitó a hacer ese gesto de los labios y las cejas que significa: *Con su permiso.*

El cajero, que era un individuo locuaz, se alegró de tener con quién charlar. Fernández era un hombre de ingenio, famoso por sus bromas. Las bromas de Fernández eran referidas y celebradas en el pueblo como la cosa más graciosa del mundo. En cuanto vió al forastero, lo señaló *in mente* como *un candidato,* como una víctima futura, como la *materia prima* de una nueva, única, admirable broma, superior a todas las bromas de su vida.

Durante la comida el forastero se mostró serio y reservado, como era en todo momento. Fernández, en cambio, charló por los codos. Habló de *lo aburrido que era aquel pueblucho indecente,* de *lo mal*

que servían en el hotel, del mucho trabajo que tenían en el banco aquellos días, por ser fines de mes... Es más: llegó a declarar, en tono de confidencia, que *el gerente era un perfecto desgraciado*. El forastero, por toda contestación, se limitaba a pronunciar algún vago monosílabo. Si Fernández arriesgaba un chiste, el hombre taciturno reía con una especie de risa forzada y gutural, con ese sonido semejante a la risa que se emite sin despegar los labios.

Después de comer, Fernández se ofreció para acompañar al forastero a dar un paseo por el pueblo.

—Como usted guste, — contestó el hombre con displicencia. Y salieron.

Desde entonces paseaban juntos todas las noches. Ello no obstante, el forastero continuaba tan poco expansivo como al principio. Seguía siendo el mismo hombre enigmático, impenetrable, frío, silencioso...

La tercera o cuarta vez que salieron a pasear, Fernández dijo al forastero:

—Lo felicito, amigo. Es usted un hombre de suerte.

El aludido, sin denotar gran curiosidad, preguntó:

—¿Por qué dice eso?

Fernández, entonces, con aire de misterio, como quien revela un secreto grave, bajando la voz y ha-

blando casi al oído del hombrecillo, fué dejando caer lentamente estas palabras:

—He sabido que hay en el pueblo una mujer enamorada de usted. Una mujer soberbia, amigo mío, *algo colosal.* Yo mismo hablé con ella... Está loca, loca, completamente loca...

Un observador perspicaz, hubiera notado que la confidencia impresionó al forastero. Aquel hombrecito feo, desagradable, contrahecho, condenado desde su nacimiento a ignorar lo que es ser amado, apenas pudo disimular su emoción. Preguntó ansiosamente, atropellándose, amontonando las palabras:

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive?... ¿Quiere usted decirme dónde vive esa mujer?

Y Fernández contestó, gravemente:

—Por hoy, amigo mío, me es imposible ser más explícito. Espere unos días. Espere usted unos cuantos días, y lo sabrá todo...

Cuando esa noche se despidieron, Fernández iba pensando que aquella broma prometía ser formidable. En cuanto al hombrecillo, era evidente que la noticia le había excitado los nervios. Al encerrarse en su frío y hostil cuarto del hotel tenía en el cráneo un disco de fonógrafo, un endiablado y monótono disco que no se cansaba de repetir:

Está loca, loca, completamente loca.

Se vió al forastero, por primera vez, pasear durante largas horas por las calles del pueblo. Se le vió, por vez primera, mirar con curiosidad y con inquietud a las mujeres que encontraba a su paso, co-

mo si pensase ante cada una: *¿Será esta? ¿Será esta la que me quiere, la que está loca por mí?* Y como ellas lo mirasen a su vez con curiosidad, — con esa curiosidad enorme que *la gente de la ciudad* despierta en los pueblos chicos, — a él le parecían apasionados los femeninos ojos curiosos que lo miraban. Lo tenían inquieto sobre todo las muchachas, las lindas muchachas del pueblo, tan llamativas y tan ingenuas, con sus *vinchas* rojas en la frente o sus lazos celestes en la garganta tentadora.

Y aquello era gracioso. No puede negarse que era gracioso ver la nerviosidad, la excitación del hombrecillo feo, enfermizo y triste. Era gracioso oirle todas las noches las mismas preguntas lastimosas y vehementes:

—¿Quién es? ¿Quiere usted, por favor, decirme quién es *ella?*

Y Fernández saboreaba plenamente la comicidad de su broma, mientras contestaba, implacable:

—Paciencia, paciencia. Dentro de pocos días lo sabrá todo...

Una noche el hombrecillo ruín le habló al imperturbable cajero con el aire de la desesperación. Decía:

—Vea, amigo: la vida se me está haciendo insoportable. Quisiera que estuviese usted en mi caso para que supiese lo que puede hacer sufrir una cosa de estas. ¡No sea cruel! Dígame quien es esa mu-

jer. Aunque podría exigírselo, me limito a pedirle que me diga ese nombre. ¡Se lo suplico por su madre, por Dios, por aquello que usted quiera más en el mundo! ¡Dígame ese nombre!

—No, no, todavía no es posible, — contestó el cajero, serio el rostro, aunque se sentía todo él lleno de carcajadas brutales a pique de estallar.

El forastero le había puesto las manos sobre los hombros, y seguía pidiéndole en tono lastimero la revelación ansiada. Hablaba con amargura, con voz que a veces era ronca, y tenía en los ojos un brillo extraño.

—¡El nombre! ¡Dígame el nombre! — gemía. Pero de pronto cambió de tono. Diríase que en las pupilas del hombre que tenía enfrente hubiese leído la sangrienta burla; diríase que súbitamente hubiese comprendido el papel espantosamente ridículo que aquel hombre le estaba haciendo representar. Cesó en sus súplicas, acercó la cara a la del otro, y se quedó mirándolo fijo, al resplandor escaso de la luna. Le ardían en los ojos unas brasas siniestras.

El cajero se escalofrió todo. Quiso separar de los hombros las manos que los oprimían, pero el hombrecillo se resistió.

Y, bruscamente, ocurrió algo horrendo. Las manos, — aquellas manos que Fernández sentía cerca del cuello, tibias, febriles, — se habían crispado ferozmente, y eran ahora una tenaza formidable. El cajero se sentía ahogar. Dos garras de acero le oprimían la garganta; diez uñas afiladas se le hundían

en la carne. Cuando quiso hablar sólo pudo emitir una queja que terminó en un estertor.

La muerte de José Fernández fué durante mucho tiempo el tema de todas las conversaciones en el pueblo. La policía y la mayor parte del vecindario estaban de acuerdo en atribuir al hecho móviles de robo. Una hipótesis muy generalizada y bastante verosímil era la de que los malhechores se hubiesen propuesto apropiarse la llave de la caja del banco, para asaltar después éste; y se explicaba el hecho de que la llave, no obstante, hubiese aparecido en las ropas del cajero, suponiendo que los asesinos, al oír los pasos de algún transeunte, habían huído ante el temor de ser sorprendidos, dejando inconclusa su trágica obra. Algunos, sin embargo, pensaron si no tendría que ver algo con aquella misteriosa muerte cierto hombrecillo enigmático, impenetrable, frío, silencioso, a quien desde el día en que ocurrió el suceso ningún vecino vió más...

UN INFELIZ Y SU SEÑORA

"Preguntando a vno, por que
" dezia mal de mugeres, pues tan
" buenos autores dezian bien de
" ellas? respondio: essos dizen
" queles debian ser; yo quales
" son." — Melchor de Santa Cruz
de Dueñas. — *Floresta Española,*
párrafo 924.

I

Donde se relata un viaje de novios

CORRÍA el tren con rumbo a Buenos Aires. Aturdido aún por las emociones recientes, por los saludos de unos, por los encargos de otros, Juan Rodríguez miraba el paisaje distraídamente. Salió de su ensimismamiento, como quien despierta de un sueño profundo, cuando María Ester, por preguntar algo, le preguntó:

—¿Vendrá todo?

—¿*Todo* qué? — interrogó a su vez Rodríguez, no comprendiendo lo que significaba la pregunta de su compañera.

—Todo: los baúles, las valijas, las cajas de sombreros, los encargos... ¡Los diez y nueve bultos del equipaje!

—¡Ah, sí! — exclamó él, dándose cuenta. — Es de suponer que vendrá todo...

—*¡Es de suponer!* — pensó ella. — ¡Vaya una manera de contestar!...

Y de nuevo tornó a reinar en el compartimiento el silencio. Un silencio pesado, violento, doloroso, angustioso... El silencio de dos personas que *querrían hablar*... y que no saben qué decirse.

De nuevo Rodríguez se abstrajo en la contemplación del paisaje que recortaba la ventanilla. Cruzaba ahora el tren tierras peladas y áridas, una especie de interminable desierto, sin vegetación, sin vivienda alguna en cuanto abarcaba la vista. Eran los médanos puntanos, llanos y monótonos. De aquel mar de arenas calcinadas, venía hasta los viajeros un calor insoportable, una verdadera ola de fuego. Por las junturas de las ventanillas, por la reja de bronce de los ventiladores, por los intersticios de la puerta, por todas partes entraba en el compartimiento una nube de tierra que, poco a poco, iba blanqueando el cuero de los asientos, que se pegaba a la cara, a las manos, a las ropas, a la garganta. Una nube de polvo, desagradable y espesa, que se respiraba y se masticaba.

Envuelto de pies a cabeza en un guardapolvo blanco, hundida hasta los ojos una gorra de viaje, con un gesto de aburrimiento en el semblante, po-

dría tomarse a Rodríguez por un comisionista que regresa de una jira comercial y vuelve descontento de los negocios.

¡Aburrimiento como aquel!... ¡Situación más violenta, más desairada!... El pobre Rodríguez no sabía de qué arbitrio echar mano para llenar las horas de tren — ¡aquellas veinte espantosas horas! — que faltaban para llegar a Buenos Aires.

Y del aburrimiento que lo estaba royendo, ya había tenido él un presentimiento. Al tiempo de subir al tren, un *canillita* se le había acercado para decirle:

—Niño, ¿no quiere alguna revista para leer en el viaje?...

—Sí — le había contestado él. — Dame alguna revista.

—¿Cuál quiere, niño? — había preguntado el *pibe*.

—¡Todas, dame todas las revistas que tengas!

En esto, había mediado el suegro, aquel endiablado don Celedonio, para exclamar, casi con enojo:

—¿Revistas? ¡Eso sí que sería bueno, hombre!... ¡Leyendo revistas en un viaje de novios!...

II

De cómo las apariencias engañan

Quien tomase a Juan Rodríguez por un comisionista que regresa descontento de los negocios, se equivocaría grandemente. Es decir: no se equivocaría en lo de suponerle comerciante, que eso era

Rodríguez. Al comercio se había dedicado desde que tuvo uso de razón, o desde la edad en que, de acuerdo con las costumbres generalmente establecidas, debió tenerlo. Comerciantes eran sus padres — ya, los pobres, muy viejecitos—, allá en el brumoso pueblo natal de la Galicia lejana. En el comercio se había criado nuestro hombre, y al comercio se había dedicado desde que por vez primera posara en suelo argentino su planta errabunda de paria.

No; no consistiría el error en creerle comerciante. Estribaría en suponer que sus negocios no fuesen prósperos. Así como así, no se realizan todos los días *operaciones* de la magnitud de la que él había realizado unas horas antes; acababa de contraer matrimonio, acababa de *anudar los indisolubles lazos matrimoniales* — según un periódico del pueblo — con María Ester Paredes, hija única del más opulento comerciante de Chacaico. ¿Podría pedir él, pobre emigrado, simple dependiente hasta la víspera, una operación más *ventajosa,*—para usar la terminología mercantil?...

Joven, linda, educada, no hay que decir si en Chacaico — el apartado pueblo andino — sería codiciada la mano de María Ester ¡No había de serlo, tratándose de una muchacha a la que *adornaba,* entre otros encantos, un buen milloncete de pesos!... En los pueblos, acaso más que en las ciudades, ese es para las mujeres casaderas el más eficaz de los *adornos*. Así, pues, no nos molestemos en indagar cuántos habían sido sus pretendientes:

salvo indubitable prueba en contrario, digamos que lo fueron todos los hombres solteros de Chacaico, más algún que otro compasivo forastero. Todos ellos se hubieran dignado aceptar sin el menor inconveniente — *no por codicia, eso no, desde luego* — la blanca mano de la joven millonaria...

Sin embargo, relación formal, lo que se dice noviazgo, no había tenido María Ester ninguna si no es la que ahora acababa de tener su desenlace ante el altar. Noviazgo bien frío por cierto, noviazgo bien aburrido... Noviazgo bien distinto de los amores que narraban aquellas novelas románticas que habían disipado sus tedios de muchacha sentimental...

Aquellas relaciones no habían significado cambio alguno en la existencia de María Ester. Ningún sentimiento nuevo, ninguna modificación espiritual había suscitado en ella el ser *novia oficial* del principal dependiente, del habilitado de su padre, de aquel hombre bueno, callado y humilde a quien, por ser esa la voluntad paterna, tenía obligación de amar...

Es decir, como haber... alguna variación hubo. A partir del día del compromiso, cuando se cambiaron un par de anillos de oro encargados a la capital, empezó a llamar *Juan* a un hombre a quien desde ocho años antes llamaba *señor Rodríguez.*

Eso sí: nada de aquellas sublimes, incomparables emociones de que hablaban los folletines. Nada de aquellos arrebatos, transportes y deliquios de que

estaban llenas las novelas. A tal punto, que no sabía María Ester qué pensar: si es que el hombre con quien la casaban no era el llamado a despertar en su corazón tales sentimientos, o si es que el amor no pasaba de ser una invención caprichosa, arbitraria y entretenida de los buenos señores que escriben las novelas...

III

"El Emporio" (Ramos generales y acopio de frutos del país)

Cuando don Celedonio Paredes llegó a lo que hoy es Chacaico — *importante localidad con más de 3.000 habitantes,* según se lee en un voluminoso *Anuario* — no figuraba aún en los mapas el puntito negro, semejante al "autógrafo" de una mosca, con que en la actualidad lo representan. Por aquella época — veinticinco años atrás — toda muestra de tratarse de un país habitado la constituía allí alguno que otro rancho de totora, medio oculto entre altos tacuarales.

El pueblo se formó después, cuando unos franceses emprendedores lotearon aquellas tierras, abrieron canales de riego, plantaron viñedos y llevaron colonos italianos, hombres trabajadores y sobrios, muy bien hallados en aquella región de sol, de vino y de terremotos que les recordaba su Toscana o su Sicilia distantes...

—*¡Diablo de gringos! ¡Mire que son buscavi-*

da!... — decían los viejos criollos, los representantes de una raza esterilizada por la ignorancia, por la religión y por el aguardiente, viendo cómo el pobre solar nativo se enriquecía; cómo se poblaba de jalbegadas viviendas, casitas modernas y limpias; cómo se levantaban aquí y allá enormes bodegas; cómo se tupía más y más la red de los caminos; cómo se aprovechaba la fuerza de los saltos de agua para obtener la maravillosa energía que habría de mover los volantes, las bielas y los émbolos de las usinas; cómo, gradualmente, se hacía más espesa la trama de los canales, que repartían por toda la región la vida, la riqueza y el bienestar, — tal un sistema arterial inmenso — y la trama de las acequias, ya más humildes, que, como el sistema capilar de aquel aparato circulatorio gigantesco, tenían la misión de hacer llegar a todas partes ese bienestar, esa riqueza y esa vida... Y en esas frases que la admiración arrancaba a los paisanos, había un dejo entre despechado y doloroso, como de quien se siente despojado de algo que le pertenece...

Don Celedonio Paredes fué uno de los *pionners* del progreso en aquel apartado rincón del territorio argentino. Llegó de su lejana región levantina siendo un muchacho, y le agradó aquella tierra precisamente por lo despoblada y por lo vasta. Venía de junto al Mediterráneo, al lado del cual se criara, en un pobre hogar de *trabajadores del mar;* y no se le hizo extraño trocar la desolada vastedad oceá-

nica por esa otra vastedad desolada de las pampas interminables.

De llegada, tuvo que trabajar de peón en un viñedo. Ahorró, y fué en él heroísmo el ahorrar, porque ni siquiera le pagaban en moneda. Daban a los trabajadores unos *bonos,* que la mayor parte de los peones dejaban en la *proveeduría,* donde les cobraban por los artículos tres o cuatro veces más de lo que valían. Allí, bajo el yugo de aquella explotación, el emigrante levantino se hizo cruel, se sintió lleno de deseos de desquite, de medir algún día con la misma vara con que era medido, de explotar a los demás hombres como era explotado el mismo. Cuando reunió una buena cantidad de aquellos sucios *bonos,* los canjeó, abandonó el viñedo, y se propuso trabajar por cuenta propia. Invirtió una buena parte de su capitalito en comprar una *chata* (*carretelas* les llamaban allí, arcaicamente), y con el resto adquirió géneros diversos de uso común. Fué una empresa en la que se jugó a una sola carta su porvenir... y su pasado.

Cargado el carromato del modo más heterogéneo, con las cosas más incompatibles y distintas, se iba campo afuera, de rancho en rancho, de puesto en puesto. Llevaba azúcar, ponchos, arroz, medias, sombreros, café, imágenes sagradas... Llevaba, en suma, un pequeño bazar en su *carretela.* En vez de moneda — la moneda tenía por allí muy poco uso — le daban productos, cueros y lana principalmente. Ganaba mucho. Por un kilo de azúcar o

de café, había puestero que le daba dos o tres cueros. ¡El azúcar! Era un lujo para la gente del campo. Había adultos que ni sabían lo que era: nunca la habían probado. Le darían por ella lo que pidiese. Luego, vendía en la capital la lana y los cueros a buen precio. El caso es que en tres o cuatro años tenía un capital. Pero, también, ¡cuántos sacrificios no le había costado! Aquellos miles de pesos, ¡cuántos sufrimientos representaban! ¡Cuántas marchas a través de los médanos, atormentado por la sed, bajo el fuego del sol y sobre el fuego de la arena calcinada! ¡Cuántas marchas a través de las ciénagas insalubres, donde pululaban miriadas de mosquitos, hast acegar la vista; en las que acechaba siempre, solapado y traidor, el fantasma del paludismo! ¡Cuántas noches tuvo que dormir al raso, junto al carro, cara a las estrellas, sin más alimento que un pobre churrasco y algunos mates, sin más compañeros que los dos caballejos flacos y el inseparable perro guardián!... Bien merecía él lo que tenía; bien se lo había ganado; bien había combatido, para añascar su caudal, contra los hombres y contra los elementos.

Sin embargo, sin embargo... Las malas lenguas algo hablaban de cierta historia poco honrosa para el levantino aventurero y audaz. Algo decían de la viuda de un puestero, una campesina rica y ya nada joven, a la que Paredes había hecho el amor y dado palabra de casamiento, consiguiendo de ese modo que pusiese a nombre del tenorio sus extensas pro-

piedades y la marca de sus tres o cuatro mil cabezas de ganado... Algo agregaban de que, una vez en posesión de todo aquello, había hecho expulsar a la pobre mujer de la casa y las tierras que le pertenecían, y la había dejado morir de hambre, de pesar y de abandono... Pero, también. ¡quién hace caso de las malas lenguas! Ya se sabe que *el diablo, cuando no tiene que hacer...*

Vinieron para el aventurero días más tranquilos. Se estableció en lo que empezaba ya a ser pueblo. Dejó de ser *el gallego Celedonio* para ser llamado por la paisanada *don Paredes,* el dueño del principal negocio de Chacaico. Y el tal negocio, de *bolichín* miserable que fué en un principio, se convirtió en un bazar importante, con grandes vidrieras, con globos de luz sobre las puertas, con cortinas metálicas, como los de la ciudad.

Llegó un momento en que el interminable membrete del papel de cartas de las casa comenzaba así:

"El Emporio"

Ramos generales y artículos del país
Casa fundada el año ...

Luego, una lista inmensa de artículos de todas clases, de representaciones de firmas de Buenos Aires, de direcciones telegráficas y postales, de casillas de correo, ¡la mar!... Todo muy justificado, eso sí. Porque, como ser, el comercio era en realidad importante, y lo abarcaba todo: lo mismo se vendían en él arados de doble vertedera, modelo perfec-

cionado, *Made in U. S.* A., que sombreros de señora, *dernier nouveauté.*

En tal estado de super-evolución del negocio, la categoría social de su dueño subió algunos grados. El antiguo *don Paredes* y el más antiguo *Celedonio,* pasó a ser *el señor Paredes.* En unas elecciones, lo hicieron intendente municipal, no obstante su condición de extranjero. Desde entonces, fué la suya la personalidad más descollante en el escenario local.

Algunos años antes, se había casado con la hija de unos ricos colonos franceses. Era el mejor partido de entonces. Paredes, *hombre práctico,* ni aun en cuestiones de amor perdía de vista sus conveniencias.

Fué su esposa una mujer débil, que murió joven, viviendo sólo lo bastante para dar vida a María Ester. Fué una mujercita sufrida y callada, que dejó en la existencia de su esposo un manso y suave recuerdo. Uno de esos seres que pasan por la vida en puntillas, como si temiesen hacer demasiado ruido...

Y aquel capítulo tan vulgar y tan breve, contenía toda la historia sentimental de Celedonio Paredes, propietario de *El Emporio* (Ramos generales y acopio de frutos del país).

IV

"Esos periodistas son el diablo"

Los periódicos son los archivos de las bagatelas.

VOLTAIRE.

Una mañana se encontraba Rodríguez debitando unos intereses en la cuenta de un cliente, cuando sintió que le tocaban el hombro. Era don Celedonio.

—Che, Rodríguez, ¿ha visto esto? — le dijo. Y le alargaba el número recién aparecido de *El Heraldo de Chacaico.*

Rodríguez empezó a leer el suelto que le señalaba don Celedonio.

Según avanzaba en la lectura, iba el pobre habilitado cambiando de color. De pálido que se quedó primero, pasó a ponerse rojo como una guinda. A las orejas, sobre todo, le afluyó cuanta sangre tenía disponible. Le flaquearon las piernas, y necesitó apoyarse en el pupitre para poder continuar leyendo. Estaba *abatatado* de un modo espantoso. Acertó a decir:

—Esos periodistas son el diablo, señor Paredes. ¡Quién va a hacer caso de ellos!...

Sonrisa incrédula de Paredes:

—Sí, sí, sí... Disimule usted, disimule... — decía, haciéndose el enojado. — Soy zorro viejo, amiguito, y *más sabe el diablo por viejo que por diablo*... ¡Está bueno, con el idilio que habíamos te-

nido en casa sin saberlo el patrón!... ¡Lindo, con el amigo Rodríguez, tan mosquita muerta que parecía! ¡Quién iba a creer!

Y leyó en voz alta el suelto en cuestión, como si no lo hubiese leído ya tres o cuatro veces; como si se lo quisiese aprender de memoria.

Figuraba el tal suelto en la sección *Sociales* de *El Heraldo,* bajo el subtítulo *Carnet azul,* y decía lo siguiente, salvo error u omisión:

"FLIRT"

"Llega a nuestros oídos la noticia de un *flirt,* que " será sensacional en nuestra *high-life* por la desta- " cada categoría social de los novios. El enlace no " tardará en efectuarse, según versiones que hemos " tenido ocasión de recoger en los círculos bien in- " formados.

"ELLA. — Joven, bella, elegante, simpática, cultí- " sima, es una de las figuras más distinguidas de " nuestro gran mundo. Su cuerpo escultural, hace " pensar en las huríes orientales. Su negra cabelle- " ra, sus grandes y expresivos ojos y sus labios de " carmín, recuerdan los rasgos de la mujer andaluza. " Su sonrisa, es todo un poema. Su hablar, un to- " rrente de armonía. Sus manos, son finas y bien " formadas como las de la Venus de Milo...

"Viéndola, no sabemos si es un ser humano pronto " a ascender entre los ángeles, o si es un ángel que " ha abandonado los coros celestiales para descender " entre los hombres.

"Es hija única de un acaudalado comerciante es-" pañol, antiguo vecino de Chacaico y uno de sus " primeros pobladores. Cuenta la dichosa joven 20 " primaveras. Su nombre es compuesto, siendo el " primero el mismo que lleva la madre del Redentor. " El segundo, empieza con la segunda de las vocales.

"EL. — Joven honrado y laborioso, empleado de " confianza en la importante casa comercial de su " futuro padre político, y, como éste, oriundo de la " Península. Muy apreciado entre este vecindario " por sus inmejorables cualidades de carácter. Su " nombre, es el de uno de los Apóstoles. Su apellido " procede del nombre del rey godo que pereció lu-" chando contra las huestes sarracenas en las már-" genes del Guadalete".

Esta última frase, la releyó don Celedonio, como si no le resultase suficientemente clara, lo que no es raro, dado que sus conocimientos históricos eran un tanto endelebles.

"... rey godo que pereció luchando contra las " huestes sarracenas en las márgenes del Guadalete".

—No lo entiendo muy bien, — confesó. — Pero, en fin, no hay que hacerle: todas las señas coinciden. Teníamos idilio en casa. ¡Y está bien escrito, no se puede negar! — dijo don Celedonio, admirando la brillante pluma de aquel periodista que había visto las manos de la Venus de Milo.

—¡Vaya, vaya con el amigo Juan, que nos había salido *Juan Tenorio,* como el de la comedia esa de Espronceda! — disparató. Con que ¿esas tenia-

mos?... Y ¿por qué tanto misterio conmigo, digo yo?... ¿Por qué tanto misterio conmigo, que he debido saber la noticia antes que esos *chupatintas* del *Heraldo?*... ¿Por qué, vamos a ver? ¿Por qué?...

—Pero, señor Paredes... — comenzó Rodríguez.

—¡Qué pero, ni qué perales!... Usted se ha portado mal, mi amigo. Se ha portado muy mal. Eso es una deslealtad... — dijo, enojado, Paredes.

Y luego, benévolo:

—Pero no importa. Yo soy así... No me importa la deslealtad. Está usted perdonado.

—Vea don Celedonio, que yo...

—Nada, nada, nada. Ya le he dicho que está usted perdonado. Me parece que no puedo hacer más. ¿Y cuándo quiere usted que sea la boda?... El *trousseau* puede muy bien estar aquí en ocho días. Lo pediremos a Pérez, Sánchez, Gómez y Compañía, nuestros proveedores de Buenos Aires. En una semana, está aquí todo...

—¡Pero si no hay nada, señor Paredes! ¡Si es una calumnia villana!... Ahora mismo voy a la redacción de *El Heraldo* y mato al director, ese ex-telegrafista sinvergüenza... mato al impresor, ese napolitano alcoholizado... Mato al cronista social, que es ese *pinche* de la Jefatura Política... Mato al chiquilín que pega las fajas, aunque en realidad no tiene la culpa... Mato a...

—No, hombre. No mate a nadie. ¿Qué necesidad tiene de darle a ganar dinero a Corveau, el

franchute de las pompas fúnebres? Usted dice que esto es una calumnia, ¿no es así?

—Sí, señor Paredes, una calumnia grosera.

—Bueno, pues para que no sea calumnia, basta con querer que no lo sea. Basta con hacer que lo que dice el diarito sea verdad. ¿Ha visto, amigo, que fácil la solución?... Convénzase que en este mundo todo tiene arreglo, menos la muerte...

—¡Pero, señor Paredes!... — quiso Rodríguez protestar otra vez.

—Nada, hombre. Está dicho — decidió don Celedonio.

Y llamó a grandes voces a María Ester por el cariñoso nombre familiar:

—¡Tita! ¡Tita!... ¡Vení, m'hija!... Vení, ayudame a convencerlo a *tu prometido*...

María Ester se sorprendió mucho más que Juan de todo aquello; pero era mujer, y lo demostró mucho menos...

Ella había hecho siempre, dócil y pasiva, la voluntad paterna. Ningún sacrificio significaba para ella, una vez más, disponerse a acatarla.

Habló, suave, lenta, sumisamente:

—Siendo tu deseo, me casaré con el señor Rodríguez. Pero la verdad es que entre nosotros nunca ha habido nada... Yo aprecio mucho al señor Rodríguez... Le aprecio desde que era una chiquilina, que todavía iba al colegio... Siempre ha sido afectuoso y respetuoso para conmigo. Pero, lo repito,

papá: entre nosotros, nunca, nunca ha habido nada...

Se ruborizó Rodríguez por el velado elogio.

Habló don Celedonio:

—Mirá, m'hija, dejáte de *señor Rodríguez*: decile *Juan*, que es como se llama.

Y en otro tono:

—Me parece que no te podés quejar del candidato. Mozo serio, honrado, formal, poco amigo de *farras*... ¿Qué tenés que decir de él?

El rubor del *prometido* iba *in crescendo*.

Siguió el padre:

—Y en cuanto a eso de que *no ha habido nada*... ¡Qué me van a decir a mí, si a la legua se ve que están ciegos como dos topos!... Bueno, yo me voy a la estación, a despachar esos tres mil cueros frescos. Che, Juan, búsqueme... buscáme la carta de porte, m'hijo.

Y, una vez en posesión del documento, ya desde la puerta:

—Aquí los dejo conversando... ¡Seguro que tendrán más cosas que decirse!... Yo también he sido muchacho...

Y se fué el endemoniado don Celedonio; y los dejó solos en el escritorio, observados desde lejos por los dependientes. Hubo un largo silencio, que ninguno de ellos se atrevió a romper.

—Yo siento mucho lo que ha pasado, *señorita María Ester*... Yo hubiera querido matar al que escribió eso...

—No hay necesidad de matar a nadie, ni tiene usted por qué sentir lo ocurrido, por lo que se refiere a mi... Ahora, si es usted quien se considera ofendido, o... rebajado...

—¡Rebajado yo, María Ester! ¡Yo, que nunca me he atrevido a pensar en amarla, porque la consideraba siempre como algo tan superior, tan inmerecido, tan alto para mí!... No, no; usted es la ofendida y la rebajada por ese suelto; usted, a quien se hace aparecer como novia de un individuo insignificante, indigno de usted...

—Nada de eso. Tan digno como cualquiera, *señor Rodríguez* — dijo María Ester, a quien todavía se le hacía cuesta arriba el *Juan* familiar. — Por mi parte, basta que sea un deseo de papá... para que yo...

Se quedó pensativa, dejando la frase inconclusa.

—Con su permiso, Juan — dijo, por fin, y le tendió la mano.

—Suyo, María Ester — contestó él, estrechando tímidamente la mano tibia y suave que se le tendía. Pero, tímidamente y todo, retuvo un buen rato entre sus dedos ásperos y toscos aquella mano suave que por primera vez le era dado estrechar.

Cuando quedó solo, Juan Rodríguez quiso continuar anotando intereses. Tuvo que dejar la tarea, porque se equivocaba a cada paso. ¡Se le había olvidado ya hasta la tabla de multiplicar!

Se puso a recorrer el escritorio a grandes pasos. Murmuraba, de vez en cuando:

—¡Periodistas del demonio! ¡Los mato, nada, los mato! ¡Mato al director, mato al redactor, mato al impresor, mato al chico de las fajas! ¡Los voy a matar a todos!

Después, un poco más sereno, volvió a cargar intereses, y se pasó horas y más horas inclinado sobre el libro *Mayor,* hasta que don Celedonio regresó de la estación, lo más orondo y satisfecho:

—Todo el mundo me felicita, che, Juan. Ya se sabe la noticia en todo Chacaico.

—¿Sí? — moduló ambiguamente el infeliz habilitado. — ¡Está bueno!

Y siguió, siguió, siguió anotando intereses, impertérrito y denodado, como quien bebiese vasos y más vasos de vino para disipar un terrible cargo de conciencia.

V

Sobre el lomo de la Pampa. (Título que el autor adopta a falta de otro menos estúpido).

> Los longs voyages sont ennuyeux. — N. N., *«Quiere usted aprender el francés en ocho días?»,* pág. 45.

—Debe ser muy lindo Buenos Aires, ¿verdad, Juna? — preguntó María Ester, proponiéndose siempre romper el penoso silencio que reinaba entre ella y su marido.

—Sí, es lindo, es muy lindo... — balbuceó él.

Y repitió aun otra vez, como si hablase consigo mismo:

—Muy lindo. Ya lo creo.

¡Oh, estaba desesperada la linda casadita! ¡Vaya un marido el que le había caído en suerte! Apenas si decía monosílabos, y aun esos había que sacárselos con tirabuzón.

No sabía ella cómo pasar el tiempo. Y lo peor era que no faltaban pasajeros mirones que la importunasen comiéndosela con los ojos. ¡Parecía que nunca hubiesen visto mujeres!

Iban ahora en el coche comedor. No lejos de ellos, discutían unos comisionistas españoles — todos de guardapolvo blanco y gorrita de viaje, como si fuese uniforme. Versaba la discusión sobre un tema trascendental, importantísimo, poco espiritual acaso, pero, eso sí, muy propio de un coche comedor: debatíase acerca de cuál era el mejor plato del mundo. Se veía que aquellos comisionistas, en cada uno de los cuales había un pequeño Brillat-Savarin, tomaban como cosa de amor propio el apetitoso debate culinario.

—¡Los *grelos,* señores, los *grelos!* ¡No hay nada en el mundo como un potaje de *grelos!* — sostenía un invicto hijo de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de Compostela.

—¿Y dónde me deja usted la *paella?* ¿Hay algo en el mundo como una buena *paella* valenciana, con sus menudos, con sus mariscos?... — habló uno del mismo Grao.

—No estoy de acuerdo; una buena *fritada* de *migas,* es el *summum.* Donde están las *migas,* que se

callen todos los platos del mundo — decidió un castellano, natural de Torrejón de Ardoz.

—¿Y er *gazpacho,* compare? ¿Ande me eja uzté er *gazpacho?*... — interrogó un hijo de la Bética. Y narró, a título ilustrativo una interesante anécdota sevillano-celestial:

—Cuando Zan Pedro eztuvo en Zeviya — porque Zan Pedro eztuvo en Zeviya — le dieron a probá er *gazpacho,* y le guztó tanto er *gazpacho* a Zan Pedro, que no quizo vorvé ar sielo: prezentó *in mente* la renunsia der cargo de portero que dezempeñaba, ar Podé Ejecutivo selestiá. Y ná: que er Zeñó le tuvo que mandá a buscá por un propio.

—¡Bah, bah!... Harien bien en no desir *pavades*... Lo que yo les digue, es que no hay nade que se paresque a una *escudella* con sus *mongets,* con sus *fasols* a la catalane — vociferó, estruendoso y avasallador, un noble hijo de San Feliú de Llobregat.

Le hacía gracia a María Ester, en medio de todo, la charla de los viajantes, salvo cuando el catalán se daba vuelta para mirarla y comunicaba a los otros el resultado de sus observaciones, diciéndoles, con todo el aire de un entendido en la materia:

—No está mal la *noyeta,* no está mal...

En otra mesa, unos ingleses mataban su aburrimiento crónico jugando a los dados e ingurgitando reiteradas dosis de *whisky*. Cerca de ellos, unos jóvenes criollos los imitaban, haciendo como que se

divertían mucho, aunque el brebaje aquel les desagradase y el juego de los dados les aburriese a más no poder.

El tren había entrado ya en la provincia de Buenos Aires, y cruzaban entonces los viajeros un paisaje totalmente distinto del de la víspera: ahora ya no era una llanura árida, seca y polvorienta, con cardales aislados, con algún que otro chañar solitario por toda vegetación; ahora eran campos verdes y jugosos, en los que la vista parecía como si reposase. Era un paisaje eclógico: inmensos campos de pastoreo en los que vagaban los rebaños de ovejas o las bandadas de *ñandúes*. De cuando en cuando, el palacete de alguna estancia, tan alegre con sus paredes jalbegadas, con su techo rojo y con sus adornos *imitación ladrillo*. Eran lindas, caprichosas construcciones exóticas, — holandesas o suizas, — de puntiaguda techumbre, diferentes en un todo de las casuchas chatas, pardas y terrosas que María Esther conocía allá en su provincia, donde el miedo a los *remezones* (1) hace que los edificios no se atrevan a despegarse de la tierra de que salieron y de que están construídos, como valetudinarios que temieran caerse en el momento menos pensado.

Y en todo cuanto la rodeaba conocía María Ester que había entrado en una tierra más rica, más amable, más llena de halagos que la suya. En las estaciones se veía mayor movimiento de gente, y

---

(1) Temblores de tierra.

los viajeros que subían al tren estaban mejor vestidos, tenían ese aspecto satisfecho y tranquilo de las personas que viven desahogadamente. Hasta la compañía del ferrocarril se asociaba a este cambio general, a esta variación de ambiente; porque el coche comedor en que ahora tomaban la colación matinal, era más lujoso, más amplio, más cómodo que el que traían el día anterior, y que durante la noche había sido reemplazado. Los mismos mozos, eran *mejores mozos,* tenían aspecto de comer mejor que los de la víspera, y estaban hasta elegantes con su almidonada chaquetilla blanca. Se creerá que no; pero las cosas materiales que nos circundan, influyen sobre nuestro espíritu y lo moldean. A tal punto, que en ciertos momentos parece como si nuestra alma fuese sólo un reflejo del medio material circundante. Así que toda aquella mudanza que María Ester observaba en las cosas de afuera, no obstante su aparente poca importancia, había influído sobre su estado de alma, pareciéndole a ella, — sin saber a qué atribuirlo, inconscientemente, — que estuviese más alegre, alegre como nunca lo estuviera hasta entonces; que se le presentase el porvenir más risueño, más claro; que tuviese del futuro una visión más optimista. Y precisamente entonces, cuando se sentía más expansiva, — porque la alegría es la madre de la locuacidad, — estaba Juan más ensimismado y menos comunicativo...

Se resignó María Ester a seguir observando lo que, al fin y al cabo, era un pequeño placer. La

mujer, en general, es eminentemente observadora, y no hay detalle que se le escape. Las mujeres ven muchas cosas en que no repararía ningún hombre.

Y en esa apacible tarea de observar detalles invirtió María Ester el tiempo, mientras el tren, con bastante cachaza, — tres horas de atraso traía—, acortaba la distancia que lo separaba de Buenos Aires, la gran ciudad soñada, que ella se imaginaba incomparable y maravillosa. ¡Estaba tan acostumbrada, allá en Chacaico, a que todas las cosas buenas fuesen de Buenos Aires!... Los vestidos elegantes, las modas, las revistas lujosas, los libros seductores, las mujeres lindas... y, ¡por qué no decirlo!, hasta los hombres sociables y simpáticos, tan escasos en el pueblo, tan escasos... que no había ninguno. Así es que María Ester quedóse un poco decepcionada cuando su marido, por todo encomio, se limitó a repetir aquella frase tan vulgar y, por lo mismo, tan inexpresiva:

—Es lindo; es muy lindo.

Pero él... El no estaba entonces como para hacer frases. Se veía a la legua que estaba preocupado, que algún pensamiento tenaz le abstraía. Y no era extraño. Tenía consigo, desde luego, la preocupación constante de su debilidad de carácter al aceptar casarse con María Ester, con aquella muchacha a quien desde que era una chiquilina estaba acostumbrado a tratar como la hija del patrón, como *la señorita*. El había debido rechazar desde el primer instante aquel proyecto matrimonial.

¿Por qué me he casado con ella? ¿Me quiere acaso? ¿Estoy yo mismo seguro de quererla?... Tales las preguntas terribles, obsesionantes, que ni por un momento dejaban de matillarle el cerebro, constituyendo para él una permanente tortura. Para disipar tales pensamientos, y cuando el tren ya se iba acercando a la capital, se puso a evocar sus recuerdos de Buenos Aires. Y fué cambiar una tristeza por otra tristeza acaso mayor.

¡Sus recuerdos de Buenos Aires!...

Bien penosos eran, bien tristes; dolorosos a más no poder. Tenía presente la escena de su desembarco, un neblinoso día gris, después de los veinticinco de viaje en la hedionda sentina del buque, en hacinamiento repugnante, en promiscuidad nauseabunda con gentes de todas las razas, que hablaban todas las lenguas, pero que respiraban un solo y único vaho de miseria y de suciedad... Ya en nuestro suelo, evocó muchas veces aquel viaje viendo los carneros enjaulados de los trenes de carga argentinos.

Recordaba Juan aquel desembarco hostil y frío en la gran ciudad opulenta, ciega y sorda al dolor de los miserables. Recordaba que, encaramándose sobre la borda, donde se apiñaban otros pasajeros, había buscado con la vista al pariente en quien confiaba para que le ayudase a dar los primeros pasos en la tierra nueva, y que debía estar esperándole; pero le buscaba en vano. ¡Nadie le esperaba, sino el espectro del hambre en el suelo extraño!...

Recordaba los días pasados en el Hotel de Inmigrantes, donde, al amparo de la caridad oficial, convivió algunas semanas con desheredados de la fortuna procedentes de todas las naciones del mundo, a quienes la pobreza había arrojado de la tierra natal. Italianos corpulentos, fuertes hombres de la Lombardía o el Piamonte, siempre con el toscano fétido entre los dientes, siempre diciendo horrores de Dios y los santos, con ese eterno afán que tenemos de echar a alguien la culpa de nuestras miserias; turcos aviesos, sombríos y torvos; rusos de pelo rojo, "mujiks" arrancados de la estepa, que conservaban todavía el olor acre de la *isba*...

Recordaba cómo tuvo la fortuna de encontrar un conterráneo que le ofreció su ayuda. Era pobre también; era casi tan pobre como el pobre inmigrante; pero, al menos, conocía el país, y estaba lleno de buena voluntad. Era mozo en un restaurante barato, y compartió con el recién llegado su techo, allá en el mezquino cuartucho que ocupaba en un conventillo del *bajo;* compartió con él, en la pequeña y ahumada cocina del restaurante, donde le consiguió una ocupación de *lava-platos,* su menguada escudilla de sobras...

Luego, cuando el patrón echó a la calle a su protector, por un incidente baladí, los tres meses de bohemia, de vagancia dolorosa y forzosa. No encontraba trabajo, ni a cambio de la comida. La mayor parte de los patrones a quienes se presentó demandándolo, en cuanto les decía que *no tenía certi-*

ficados, ni siquiera se molestaban en hablar más: se limitaban a señalarle la salida, con un gesto entre desdeñoso e imperativo, como si le supusiesen un malhechor. Recordaba Rodríguez las largas, interminables horas que había pasado en los bancos de la plaza de Mayo o del paseo de Julio, bajo las estrellas, únicas pupilas que le miraban con benevolencia; observado, hostilizado, expulsado al fin de allí por los vigilantes, que le creían un ratero en espera de la hora propicia para las fechorías. Evocaba ahora con claridad absoluta todas aquellas cosas que parecían haberse borrado ya de su memoria; aquellos días negros en que paseó por Buenos Aires el fardo triple de su nostalgia, de su soledad y de su hambre...

Recordaba el día en que, por una circunstancia casual, un paisano suyo, establecido en la ciudad, le dió una carta de recomendación para Celedonio Paredes, *comerciante fuerte, que le había pedido un muchacho de confianza y recién llegado.* Era allá, en Chacaico, a doscientas leguas de Buenos Aires, pero no le importaba: lo que él quería, era terminar de una vez con aquella situación de forzosa vagancia, fuese donde fuese. Recordaba el viaje en tren hasta Chacaico, aquel viaje de treinta horas, sin comer y sin dormir, en un coche de segunda clase, atestado de inmigrantes como él, levantinos o andaluces en su mayoría, quienes, también como él, iban en busca de aquella tierra rica y feraz donde esperaban encontrar lo que buscaban: trabajo hon-

rado; campo en que desarrollar su energía; un pedazo de tierra que hacer fecundo con sus músculos de hierro y con sus voluntades de acero. Buscando trabajo habían cruzado el mar, y cuando esperaban encontrarle, todavía les obligaban a cruzar este otro mar inmóvil de las pampas. Iban allí familias enteras: hombres con sus mujeres, con ocho o diez chiquillos, madres con niños de pecho... Familias que traían consigo hasta los muebles, hasta la sobada cuna barnizada por el sudor de las generaciones que habría adornado su andaluza casucha de adobes o su jalbegada barraca levantina... ¡Todo, todo lo traían consigo en el éxodo, como si no quisieran dejar ni un recuerdo de su paso en una tierra hostil, madre mala que les negaba el pan!...

Les inquietó, súbito, el tañido de un cencerro que quería ser campana. Era una estación. Ya estaban cerca de Buenos Aires. Unas horas, y llegaban a Retiro. Respiró Juan y respiró María Ester: ya tenían motivo para hacer algo; ya tenían un pretexto para pasar el tiempo. Entre lavotearse, peinarse, cepillarse la tierra del viaje, arreglar las valijas de mano, una cosa y otra, bien invertirían el tiempo de tren que aún les quedaba.

Así, por lo menos, se substraían a la molestia de aquellos largos y penosos silencios que ninguno de ellos osaba romper...

VI

Buenos Aires

Estaba tan sorprendida y tan asustada como una niña de doce años que acabara de abandonar su celda y su delantal de colegiala. Todo le llamaba la atención. Desde que llegaron a Retiro, no hizo más que asombrarse de todo: de los edificios de las estaciones, del tráfico de vehículos, de los enormes galpones de la Aduana, de las grúas que se alcanzaban a ver, de los buques anclados allá lejos, donde se unían el río y el cielo... Todo la asombraba.

Ya antes de llegar, cuando el tren, en la última etapa del viaje — la etapa en que, justamente porque es la última, se aviva más la inquietud — se había quedado absorta ante la grandiosidad de los jardines de Palermo, de los lagos, de los *parterres,* de los blancos monumentos de mármol que resaltaban triunfadoramente sobre las mil tonalidades verdes del follaje...

El *taxi* que los conducía desde la estación hasta un hotel de la Avenida, iba desarrollando ante los maravillados ojos de María Ester una movida cinta cinematográfica que a cada momento le reservaba una nueva sorpresa.

—Mirá, Juan, fijate *un poco* qué casa tan alta!...

Y él, complaciente, admiraba la altura del edificio en cuestión.

—¡Y aquella torre! ¡Fijate, aquella torre! ¿Se puede subir allí, junto al reloj?

Contestó él afirmativamente, y le prometió que la llevaría allí arriba.

—¡Che! ¿Y aquellas montañas chicas que se ven allá lejos? ¿Qué es?

Era un parque de espectáculos.

—Mirá, Juan, mirá qué linda estatua. ¿Será San Martín?

—Muy linda, muy linda — dijo por toda respuesta Juan, que, como no sabía a punto fijo si el *estatuado* era San Martín o el sargento Cabral, no quería comprometer opinión al respecto.

Llegaron al hotel. El empleado del escritorio, a través de los barrotes que lo separaban del mundo, debió conocer que se trataba de dos recién casados, porque le dijo a Rodríguez, con una sonrisita picaresca de hombre *que está al tanto de las cosas*:

—El señor querrá una habitación apartada... tranquila... ¿no?

—Cualquiera. Cualquier habitación nos sirve — se apresuró a contestar Rodríguez, que temía la soledad absoluta con María Ester. Inconscientemente — pues nunca le había dado por leer versos — pensaba con Campoamor, que

sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta.
¡Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía!...

Les destinaron un cuarto sobre la calle en el último piso del hotel. Cuando se hubo despojado del

sombrero — un *canotier* sencillo — María Ester se asomó al balcón... y se olvidó de sí misma: el espectáculo que tenía ante los absortos ojos, le hizo perder hasta la noción de la existencia.

Era el atardecer. Era ese momento, de suave encanto melancólico — tan grato a los poetas y a las mujeres — en que ha dejado de ser día y no es noche aún: la más bella, la más espiritual, la más amable de las horas; la hora de los recuerdos, de las nostalgias y de las confidencias. La hora propicia al amor y a la meditación...

Las vidrieras de las tiendas de la Avenida, que entonces se empezaban a llenar de luz, dijérase que eran ventanas gigantescas abiertas hacia un mundo de maravilla. En todos los puntos de la ciudad se encendían ya los focos eléctricos, como queriendo competir con los otros focos, más pequeños, pero infinitamente más bellos en su pequeñez, que empezaban ya a tachonar el firmamento.

Se había ocultado el sol; pero todavía un resplandor purpúreo envolvía en llamas la cúpula del Congreso. Y era aquel un espectáculo fantástico que hacía dilatarse de asombro los ojos de María Ester. Bajo sus pies, rodaba la vida febril y tumultuosa de la gran ciudad. Corría, incesante, el torbellino de las gentes y de los vehículos, como si todos ellos, poseídos de una locura dinámica, corriesen, corriesen siempre, sin dirección y sin objeto. Al pasar bajo el cono de duz lechosa que proyectaban los arcos voltáicos, brillaba la charolada capota de

los autos de lujo. Y el ruido de las bocinas, los campanillazos de los tranvías, el trotar de los caballos sobre el asfalto, los pregones de los vendedores de diarios, todo el heterogéneo tumulto de la calle, eran un coro ensordecedor para los oídos de la provincianita arrancada al soñoliento reposo de un pueblo perdido en la paz de los campos.

María Ester estaba maravillada: superaba aquello a cuanto se había imaginado oyendo los relatos de los vecinos de Chacaico que habían *bajado* alguna vez a Buenos Aires *para las fiestas patrias.* Ajena a la noción de tiempo, dejóse estar horas y horas, acodada sobre la baranda, besada suavemente por la brisa leve y fresca que venía del río. Meditaba... ¿En qué? ¡En todo y en nada! Era aquel para ella uno de esos momentos en que nos abandonamos al placer de no pensar, ni sentir, ni querer... Un estado de abstracción y de reposo espiritual cercano al éxtasis.

De pronto el marido que la llamaba a la realidad:

—María Ester: ¿qué te parece si vamos al comedor?...

Con desgana, perezosamente, como a pesar suyo, obedeció a la voz de la prosa...

VII

Inconvenientes de tener por esposa a una mujer bella

> En verdad os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adultera con ella en en su corazón.
>
> SAN PEDRO, V. 28.

> "Cazad preferentemente en los teatros públicos."
>
> OVIDIO, *Ars amandi,* I.

La entrada de María Ester en el comedor, provocó entre la concurrencia un movimiento de curiosidad. De todas las mesas se volvía hacia los esposos alguna cara. Los hombres, especialmente, no cesaban de mirarla, con miradas de admiración y de codicia. Las señoras trataban de amenguar el entusiasmo de los caballeros con gestitos despectivos, con esas reticencias, con esas frasecitas intencionadas y en apariencia inocentes que ellas usan en tales casos:

—Phs... No es tan linda como ustedes dicen. Eso sí, está muy bien pintada...

Otras, más generosas, se dignaban reconocer:

—Es *mona,* es *mona.* No se puede negar.

Pero el caso es que, ellas como ellos, no cesaban de dirigirle miradas. Con resultados opuestos, eso sí; porque mientras ellos cada vez que la miraban

le encontraban una nueva perfección, cada mirada de ellas era la revelación de un nuevo defetco.

—Tiene los pies muy grandes.

—La nariz es incorrecta.

—No tiene gusto para vestirse. No es *bien*...

Lo de que María Ester estuviese pintada, era una calumnia, muy perdonable viniendo de otra mujer, desde luego; pero calumnia.

¡Qué sabían de afeites las muchachas de Chacaico! ¡Qué sabían ellas de las cosas sutiles y diabólicas de Dorin y de Rimel!... Allí salían a la calle, — salvo los vestidos sencillos, — tal y como la Naturaleza se había servido formarlas. Allí, cuando se veían unas ojeras negras y profundas, podía asegurarse que eran unas ojeras legítimas; cuando se veía una abundante cabellera ondulada, podía afirmarse que estaba inseparablemente unida a su poseedora; cuando se veían unos labios purpurinos, podía aseverarse que era la suya una púrpura genuína; cuando se veían unas mejillas de suave carmín, podía uno estar cierto de que aquel carmín no había sido comprado en tarros; cuando se veía un cuerpo bien formado, un ondulante talle de bayadera, podía jurarse que en ello no tenían arte ni parte los masajes y manipulaciones de ningún *Institut de beauté*. En fin, que allí todo era *de confianza*. No como en Buenos Aires, donde debían poner a la mayor parte de las mujeres el conocido rótulo *Cuidado con la pintura,* o bien el *avertissement* que ponen los

franceses en los productos de apoteca: *Mefiez des contrefaçons.*

La comida transcurrió rápidamente para María Ester, a quien, en su interior, no podía menos que halagarla la admiración de que era objeto. Eso sí, había algunos indiscretos que la molestaban con miradas *demasiado insistentes;* hasta con sonrisas. Para Juan, aquella hora transcurrió con lentitud desesperante: le molestaba de un modo horroroso que su mujer despertase tal interés.

Luego, ¡tenía miedo! ¿De qué? No; él no sabía de qué... ¡pero tenía miedo!... Sentado como se encontraba frente a un espejo, se estaba contemplando a sí mismo, sintiendo la rabia de ser tan tímido, tan feo, tan insignificante, tan *poquita cosa.* A su espalda, ocupando una mesa, había cuatro o cinco *niños bien,* que charlaban y reían. Uno de ellos, más que los otros, asediaba con miradas frecuentes a María Ester. Era un muchachote corpulento, robusto y fino al mismo tiempo, con rasgos fisonómicos femeninos; muy elegante, con el pelo planchado, brillante y pegado al cráneo con un misterioso engrudo de peluquería; con sortijas al por mayor en los dedos; hasta con una pulsera de cadena en la muñeca, como una mujer. Rodríguez se comparaba mentalmente con aquel tenorio de ciudad... y el resultado del parangón arrojaba para él un desastroso saldo en contra. ¿Qué sabía él de elegancias, de refinamientos, de ese conjunto de cosas que son la sutilización del amor? ¿Qué recur-

sos tenía él para agradar a las mujeres?... ¡Ninguno, ninguno, ninguno! Era para con ellas — siempre lo había sido — torpe, desmañado y tímido. Y luego, la Naturaleza tampoco le había ayudado, porque le formó feúcho, flaco y pequeño. ¡Desesperado! ¡Estaba desesperado!

De pronto, como una revelación, ¡el miedo! ¡Ya sabía qué miedo era su miedo! Lo había sentido hasta ese instante como algo indefinido y vago, pero ahora era una cosa concreta. Temía que María Ester se enamorase del muchachón aquel. ¿Miedo? No. Seguridad. Tenía la evidencia de que, más o menos pronto, a poco que aquel hombre se lo propusiese, María Ester se enamoraría de él... *Era lo natural; lo lógico.* Y esta tremenda convicción le martirizaba horrorosamente. Hubiera querido estar solo con ella, a miles y miles de leguas de aquel sitio.

Después de comer, fueron al teatro a ver una de las llamadas obras de *género nacional.*

Fuera ya del hotel, causaba la belleza de María Ester la misma admiración que cuando estaban en el comedor. En todas partes, en la calle, en el vestíbulo del teatro, en la sala misma, las miradas se volvían hacia ella, como si todo el mundo se hubiese puesto de acuerdo:

—¡Qué maravilla!

—¡Qué mujer!

Los piropos, las frases de elogio — torpes algunas, eso sí — se sucedían, incesantes. Y él, el ma-

rido, acobardado como estaba, ni aún se atrevía a reprimir los desmanes verbales de los *guarangos*. No parecía un marido. De seguro le tomaban por un criado de confianza.

—Cuídemela bien a la chica, mi amigo — osó babosear un lunfardo. — ¡Y él, como si tal cosa! Continuó incólume, igual que si nada hubiese oído, mientras María Ester se sonrojaba.

La peor sorpresa, sin embargo, fué para Juan, cuando entraban ya a la sala del teatro, ver de reojo al muchachote aquel del comedor, que les iba escoltando. Y más aún le fué ingrato, una vez que ocupaban ya sus butacas, verle sentado a la vera de María Ester, con la misma tranquilidad que si el pobre marido fuese un ente invisible.

A ella, por supuesto, la molestaba sobremanera el seguimiento del joven audaz. Evitaba mirar hacia el lado que ocupaba él, *no fuese a creerse*. Durante toda la representación, tanto Juan como María Ester estuvieron violentos y nerviosos por la vecindad del atrevido. En vano querían mutuamente llamarse la atención sobre alguna frase feliz, sobre algún incidente de la acción que se desarrollaba en el escenario. Ambos estaban preocupados por una preocupación común...

Al regreso, iguales molestias que a la ida. Recorrer las veredas de Corrientes, llenas entoonces de noctámbulos, les fué más penoso que la primera vez. Apenas se cambiaron unas palabras hasta el hotel. Iban ambos ensimismados y pensativos.

A Juan, al pobre Juan Rodríguez, le cosquilleaba en el cerebro esta idea: *¡Me he casado con una mujer demasiado linda!* Era, seguramente, la primera vez que un hombre lamentara semejante desgracia.

En cuanto a María Ester, volvía pesarosa y un poco triste por haberle aceptado al audaz la plegada tarjetita aquella, que no quiso rechazarle por temor al escándalo, por evitar que Juan se enterase.

Y cuando, ya en el cuarto del hotel, se quedó sola unos momentos, leyó rápidamente lo escrito en la cartulina. Un nombre y una dirección aristocráticos: *Juan Gregorio de las Heras, Avenida Quintana número....,* y al dorso, unas líneas a lápiz. Poca cosa: la mentira de siempre: *Desde que la he visto, estoy locamente enamorado de usted...*

María Ester pasó una noche intranquila. Tal vez sus nervios, poco habituados a la agitación, se hallasen sobreexcitados por el tráfago de la gran ciudad; tal vez las causas de su intranquilidad fuesen otras. Ello e sque soñó cosas raras, cosas que no había soñado nunca; y que, entre las visiones de sus sueños, veía aparecer rubios adolescentes, vestidos de pajes medioevales de flotante melena, que le dedicaban serenatas, tañendo armoniosos laúdes, entonando canciones de melodías nunca oídas, y diciéndole: *Dueña mía, señora mía: estoy locamente enamorado de vos...*

VIII

Audaces fortuna juvat

> Mujer fuerte, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepuja grandemente a la de las piedras preciosas.
>
> El corazón de su marido estará en ella confiado.
>
> Darále bien y no mal todos los días de su vida.
>
> SALOMÓN: *Los Proverbios,* XXXI, 10, 11 y 12.

Recostada en una mecedora, de espaldas a la puerta, María Ester hojeaba una revista ilustrada. Un momento antes se había despedido de Juan, que iba a cumplimentar unos encargos comerciales de don Celedonio. Aquel buen don Celedonio, práctico siempre, no desperdiciaba oportunidad de realizar algún negocio. Así fué que aprovechó el viaje de *los muchachos* para contratar una importante operación de lanas con una casa exportadora de Buenos Aires. Le dijo a Juan *que le convenía hacer algún negocito* aun en plena luna de miel, *aunque sólo fuese para no perder la costumbre.*

Cuando salía — era la primera vez que se separaban desde la llegada a Buenos Aires — Juan le había dicho a María Ester un suave

—Hasta luego, Tita.

Después, la había besado en la frente, casi con un beso de hermano. Ella, entonces, había sentido un movimiento de ternura hacia aquel hombre bueno, respetuoso, humilde, solícito para con ella; hacia aquel hombre siempre atento a los deseos o a los caprichos de su mujercita, siempre complaciente para con ella; que no tenía más voluntad que la voluntad de su esposa; que no hacía sino *lo que mandaba* ella; que más era un sirviente dócil que un marido... Sintió compasión, y lástima, y piedad hacia aquel hombre cuya interior tragedia conocía con tanta claridad como si la estuviese sufriendo ella misma. Y aquella compasión, no era todavía amor; pero era algo más que simple afecto... Fué así que, tomando la cabeza de él entre sus manos blancas y ardientes, le besó, le besó en la boca, con un beso que en el alma torturada de Juan repercutió como un divino dolor...

—Tita... Tita... Eres muy buena, Tita... Yo no te merezco... — habló.

—No digas eso, Juan — contestó ella. — No volvás a decir eso. ¿En qué valgo yo más que vos?...

Y luego, en otro tono:

—Vas a volver pronto, ¿eh? No te vas a entretener con algún *filo*... — dijo, pícara.

—Tita, ni en broma — había protestado Juan. — No me digás eso, Tita. Volveré en seguida que me desocupe. Mirá si haré por venir pronto... que ahora quisiera no tener que irme.

Se habían despedido, por fin, besándose de nuevo,

esta vez intensamente, con un beso que decía todo el afecto de ella y toda la gratitud de él...

Sola por primera vez, no sabiendo qué hacer, había tomado María Ester aquella revista, que dejó por fin, cansada de ver, entre las *actualidades gráficas,* los retratos de gentes que no conocía. Quedóse pensativa. Balanceándose en la silla, perdida la mirada en el vacío, parecía admirar, extática, el cuadro de cielo que el abierto balcón recortaba: tal un suntuoso estandarte de limpio raso azul que la mañana estival desplegase frente a ella en homenaje a su belleza.

De improviso, unos pasos a su espalda. Temerosa, no volvió la cabeza. En la luna del espejo vió aparecer, apuesta y gentil, la imagen del galanteador obstinado, de *Juan Gregorio,* como ella le llamaba ya cuando pensaba en él.

El estupor la dejó paralizada.

—María Ester, — imploró él — perdone mi atrevimiento. Pero necesito hablarla...

La llamaba por su nombre, como si se conocieran de mucho tiempo. ¿Cómo habría hecho para averiguarlo el tenorio aquel? Estaba visto que era un *sujeto peligroso,* por lo osado y lo *dispuesto a todo.*

Reaccionó María Esther. E, incorporándose, habló, irritada:

—¿Con qué permiso?... ¡Váyase inmediatamente, o gritaré!

—No le conviene a usted, María Ester — dijo él, fría, despaciosamente.—No le conviene a usted...

ni a él — continuó, recalcando la frase y arqueando los brazos, para que resaltasen sus anormales biceps de boxeador.

—Y ¿qué desea usted? ¿Qué es lo que se propone?...

Apasionadamente, acercándosele mucho, contestó Juan Gregorio:

—¿Y usted me lo pregunta, María Ester? ¿Qué quiero, me dice usted? ¡Quiero que sepa usted lo que es ser amada con desvarío, con locura, con frenesí! ¡Que conozca todo eso que no puede conocer ahora, porque la han casado con un hombre incapaz de expresarle ni de hacerle sentir el amor! Usted, María Ester, que es una criatura privilegiada; usted, alma selecta en un cuerpo de diosa, ¿cómo ha de ser feliz unida a un hombre tosco y vulgar? ¡Usted necesita un hombre refinado y culto, cuyo espíritu sea capaz de compenetrarse con el suyo, de comprenderlo, de interpretarlo!... Y yo no sé, María Ester; yo no sé si seré ese hombre... ¡pero quisiera serlo! ¡Quisiera que nuestras dos jóvenes almas se confundiesen en un alma sola! ¡Quisiera ser el dueño de ese corazón suyo, que adivino tierno, sentimental y apasionado!... Maria Ester: si lo consiguiese, ya nunca, nunca más buscaría la felicidad sobre la tierra ¡porque ya la habría encontrado!...

¡Dios, y qué dulces palabras las que hablaba el audaz! ¡Qué nudo de emoción le anudaban a María Ester en la garganta! ¡Qué intensa le parecía la

dicha de ser amada por hombre así!... Y luego, aquella voz varonil, aquel tipo fino, aquel accionar elegante... Vacilaba su voluntad, como un rosal que agita el viento. Vacilaba, mientras luchaban en ella la conciencia de su deber y la atracción que la arrastraba hacia aquel hombre; una atracción extraña y superior a sí misma, irresistible, fatal...

Se dominó:

—Váyase, Juan Gregorio... Soy una mujer honrada. ¡Váyase, por Dios, por su madre, por sus hermanas, si tiene hermanas!... Váyase. Mi marido va a venir...

—No vendrá tan pronto — habló el audaz. — Le ví tomar un coche, y no se toma un coche para pocas cuadras. Tendremos tiempo de hablar. María Ester, ¡tengo tanto, tanto que decirle! ¡Si supiese usted de qué modo ha cambiado mi vida desde que la he conocido! No sé lo que es el reposo. Mi descanso no es descanso. Mi sueño no es sino un continuo evocarla a usted... Hasta en sueños pienso en usted, en su bondad, en su belleza, en todo, en todo lo que es suyo, porque en usted no hay más que perfecciones. A veces, hasta quisiera que usted tuviera defectos, para amar también sus defectos... A cada instante se me aparece su imagen, en la vigilia como en el sueño. Me duermo y me despierto con su nombre en los labios... ¡María Ester, María Ester! Usted ha aparecido en mi vida en una hora de desolación y de abandono de mí mismo, cuando la existencia no me ofrecía ya atractivos,

cuando mi voluntad se sentía disgregar, y sólo un gran amor podía salvarme, sólo un gran amor como el que usted me ha inspirado... ¡María Ester! Sea buena... Sea buena para conmigo... María Ester... María Ester...

Repetía una y otra vez el nombre, con melosas, mimosas inflexiones en la voz.

Y ella:

—No, no. No puedo seguir escuchándole... Váyase, váyase, por favor.

El, entonces, cambió de táctica:

—Por favor, también, María Ester, le pido yo que me escuche. No me condene sin oirme. Los jueces, antes de sentenciarlos, oyen hasta a los criminales más empedernidos. Oigame usted a mí, que no he cometido otro crimen que el crimen de amarla apasionadamente... Usted está equivocada respecto a mí; usted me cree un tenorio de profesión, un conquistador vulgar... No, María Ester; yo no busco en usted las bajas satisfacciones carnales que buscaría otro cualquiera... ¡La amo en espíritu! ¿La ofende que la ame en espíritu, *solamente en espíritu?*...

—Si eso pudiese ser verdad... — dijo ella, dubitativamente.

—¿Por qué no ha de serlo? Yo no soy ningún materialista grosero. Yo soy hasta un poco poeta. Si le digo que le he dedicado versos...

—¿A mí?

—A usted.

—¿Los recuerda? — inquirió ella, suavizándose visiblemente.

El, satisfecho de haber encontrado la *cuerda sensible* de aquella mujer invulnerable, recitó unos versos, de no recordaba qué poeta amigo, y que le parecieron muy del caso.

—¿Le gustan? — interrogó el simulador en terminando.

—Son lindos... pero embusteros. ¿Recuerda otros?

Y él, cada vez más satisfecho de haber dado con el *lado flaco* de María Ester, contestó:

—Sí, recuerdo otros, y no podía olvidarlos siendo usted... siendo *tú* quien me los ha inspirado.

Ella frunció el ceño ante el tratamiento.

Juan Gregorio continuó desvalijando a los literatos amigos. Recitó, afectando sinceridad, con fogosidad de cómico avezado, unos versos más acentuadamente pasionales que los anteriores.

—Lindos, pero embusteros también... — habló María Ester. — De modo, que ¿era usted poeta? Yo tenía siempre deseos de conocer un poeta. Pero me los había imaginado a ustedes de otro modo. Creía que los poetas andarían así... un poco mal vestidos, serían demacrados, llevarían grandes melenas...

—Sí, antiguamente ocurría todo eso. Pero hoy, los poetas hacemos *punching-ball*.

—¿Qué es eso?

—*¿Punching-ball?* Un ejercicio para desarrollar los biceps y endurecer los puños.

Encontrar la *cuerda sensible* de cada mujer era para Juan Gregorio el principio fundamental de la estrategia amorosa. Estaba convencido de que toda mujer tiene un *lado flaco,* un talón de Aquiles por donde es vulnerable hasta la más honesta. En María Ester, él había encontrado ya ese punto débil: los versos. Era una de las que él calificaba despectivamente de *sentimentaloides,* una *romanticona.* Y, encontrado el punto vulnerable, al audaz se le agolparon a la memoria todos los versos que conocía.

—*Te* voy a recitar otros — dijo.

—Por Dios, no se moleste. Es una audición...— contestó ella, no atreviéndose a rechazar el tuteo, que ya le era grato.

Recitó él, con apasionamiento creciente, unos versos que hablaban ya de besos inacabables, de inefables dichas, de dulces desmayos...

—¿Y estos? ¿Te gustan? — preguntó el farsante.

Y ella, con un mohín, protestó:

—Esos no son tan *espirituales.* No es lo convenido...

Sonrió; y así sonriente, con los dos hoyuelos que se le dibujaban en las mejillas, él la encontró maravillosa. Tanto, que la quiso besar, de improviso.

Le contuvo ella:

—¡Váyase, váyase, Juan Gregorio! ¡No me comprometa! ¡Váyase! Me da miedo...

El, forzudo, le tomó la cabeza entre las manos,

finas y nervudas, de agudas uñas barnizadas; la una mano, bajo el mentón de la débil; la otra en la nuca; como una tenaza. La besó así una y otra vez, las bocas en cruz; la besó una y otra vez, levemente rechazado por ella, que lo despeinaba, que lo hostigaba con leves puñaladas en la cara...

Se oyó el timbre del ascensor. Pese a sus reticencias del primer momento, tuvo miedo el audaz. Sabía de los arrebatos que enceguecen a los hombres tímidos y callados... Salió, murmurando, sordamente:

—Adiós, María Ester. Hasta muy pronto...

Y se perdió en el laberinto de pasillos del hotel.

María Ester se echó de bruces sobre las almohadas, llorando desconsoladamente. Así la encontró Juan.

—¡María Ester! ¿Y eso? ¿Qué te pasa? — exclamó extrañado.

Ella se le echó al cuello:

—Juan: volvámonos a Chacaico. Estoy aburrida, Juan: aburrida y cansada de Buenos Aires. Y luego, una nostalgia... unas ideas raras... ¡Ya ves, hasta me da por llorar! Volvamos...

La habían asaltado unos deseos enormes de marchar, de alejarse del peligro, de huir la tentación que sabía fatal... ¡Tenía miedo de sí misma!

En cuanto a él, no deseaba otra cosa. ¡Qué más quería, sino irse, él que estaba hastiado de Buenos Aires, que echaba de menos su libro *Mayor,* su libro *Diario,* su libro de *Caja,* aquellos colosales volúme-

nes forrados de brin que encerraban su juventud! ¡El atormentado por el constante riesgo de una divina mujercita candorosa en una gran ciudad de Lovelaces!

—Cuando quieras, Tita — habló. — Si te parece, hoy mismo. Yo no deseo más que vivir tranquilo, queriéndote mucho.

Y se besaron. Largamente, amorosamente...

IX

Continuación de lo anterior, y fin de esta historia; la cual, como las películas yanquis, termina con un beso

> Y se unirá el hombre a la mujer; y serán dos en una carne.
>
> San Mateo, xix, 5.

Comprendió Juan el error de su conducta hasta entonces. Comprendió que María Ester, ya que no amor, sentía hacia él un gran afecto, que él debía estimular tornándose más afectuoso y más expansivo para con ella. Luego pensó de nuevo — siempre lo pensaba — en las mil asechanzas que cercan en Buenos Aires a una mujer cándida, bonita y joven, por más sólido y arraigado que sea su pudor. Pensaba, no sin cierta repugnancia, — él, criado allá en su natal Galicia, en un ambiente de pacatería y recato — en la amoralidad femenina común en Buenos Aires, donde ya hasta se hacía difícil distinguir a las mujeres honestas de las que hacen del amor su *modus vivendi*. Pensaba con horror en la posibilidad de

que María Ester, su buena Tita, que él sabía de alma limpia, se contaminase de la despreocupación corriente en las mujeres de la gran ciudad.

¡Llevársela, llevársela, llevársela lejos! ¡Arrancarla a la codicia múltiple y rapaz de los lujuriosos de la urbe! ¡Lejos, lejos, donde las tentaciones no existen! ¡Donde no llega al oído de las mujeres candorosas y puras el canto con que las seduce la enloquecedora sirena del Pecado!...

Por eso, fué para él una fiesta tomar en Retiro el tren para Chacaico. Y para ella un alivio... Porque hasta poner el pie en el tren, no había cesado de atormentarla la desconfianza en sus propias fuerzas. Más: sabía ella misma que, tarde o temprano, iba a claudicar, como impelida por un torbellino irresistible, ciego y fatal...

—¿Vas contenta, Tita?... ¿No sientes dejar Buenos Aires?...

—No Juan; no lo siento. Al contrario, me alegro. Así podremos querernos más. Tenía curiosidad por conocer Buenos Aires, no lo niego. ¡Tantos eran los elogios que había oído de Buenos Aires!... Pero, una vez conocido, no le tomé ningún cariño. Es una ciudad demasiado febril, demasiado agitada, demasiado nerviosa. La vida de Buenos Aires, no es vida: es una locura. Luego, ¡estoy tan encariñada con Chacaico, con nuestra casita, con mi cuartito, hasta con las muñecas que conservo de cuando chiquilina!... No puedo, no puedo vivir lejos de aquellas cosas.

Durante el viaje de regreso, Juan se mostró cariñoso y locuaz. Así quería verle María Ester; no mustio y taciturno como a la ida. Ella también charlaba por los codos. Hablaban uno y otro, como dos chicos, de sus proyectos, de mil cosas insignificantes que entonces les parecían trascendentales. El camarero tuvo que venir a golpear la puerta del compartimiento para avisarles que, si se descuidaban, se quedarían sin comer.

Era de noche, y el tren cruzaba los campos solitarios, sin más señal de vida que alguna luz lejana; de cuando en cuando, una estación de poca importancia, en la que el tren ni se dignaba parar, limitándose a saludarla, casi en son de burla, con una pitada estridente.

Dejaron el comedor los esposos no bien terminaron de cenar, y salieron asidos de la mano, ante la mirada benévola de los comensales. *Dos chicos, nada; dos chicos...*

Ya en el compartimiento, y como el calor fuese sofocante, levantó Juan las ventanillas. El recinto se llenaba de mosquitos, de insectos de todos los colores y formas que revoloteaban en torno al globo de luz. Juan dió vuelta a la llave, y el compartimiento quedó a obscuras. Se sentaron muy juntos, abrazados por la cintura, aspirando con fruición y abandono la brisa de los campos, que los desmelenaba, que les traía un rústico y grato perfume de heno, que les era amable como una mano fresca sobre una frente abrasada...

—Tita, ¿me querrás siempre? — habló él, perezosamente, recostados como estaban en el respaldo.

—Siempre, Juan, mi Juan... Siempre, siempre, siempre...

Le repetía la vulgar palabra, tan simple en sí; ¡tan enloquecedora cuando la dicen unos labios amados!

Y se besaron largamente, bajo la mirada innumerable y amorosa de las estrellas.

CINCO DÓLARES SOBRE FILADELFIA

I

FRANCAMENTE, es demasiado. Es un año, señores, un año que llevo en esta sucursal provinciana del Banco de la Nación, intrigado por el asunto más misterioso que ustedes se pueden imaginar; un año sin haber conseguido levantar el velo — ¡qué digo el velo: ni una mísera puntita del velo! — que envuelve toda una trama impenetrable y, sin duda alguna, tan complicada como el argumento de cualquier buen folletín inglés.

¿Por qué, vamos a ver? ¿Por qué cada semana, cada dos semanas viene ante mi ventanilla alguna mujer, vieja o joven, o ni vieja ni joven, a imponer un giro de cinco dólares sobre Filadelfia? ¿Por qué casi todas esas mujeres tienen fea nariz, — nariz torcida, nariz en exceso chata, nariz colgante, nariz, en suma, con alguna imperfección?.. — He ahí lo que podríamos llamar la faz externa del misterio que me tiene obsesionado, materialmente loco.

Y, es natural: la educación me veda de pregun-

tarles a ellas mismas quién es esa persona o quiénes son esas personas de Filadelfia, y a qué responden esos sospechosos giros de cinco dólares. Sea como sea, estoy dispuesto a averiguarlo. Es ya una cuestión de amor propio.

Todo antes que arruinar por completo mi sistema nervioso. Y les garantizo a ustedes que esto basta para dejar neurasténico a cualquiera. Esto agotaría el vigor nervioso de un cochero de plaza, a pesar de que los cocheros de plaza, dentro de nuestra organización social, son, me parece, las personas menos emotivas. En cuanto a mí, si no me vuelvo neurasténico no es porque resista más que un cochero, sino porque estoy neurasténico desde el día que entré en el Banco.

II

¡Otra, Dios mío! ¡Otra señora que manda cinco dólares a Filadelfia!..

A las diez en punto de la mañana, apenas levantadas las cortinas metálicas, una señora vestida de negro se ha acercado, sigilosamente, cautelosamente, a mi ventanilla de *Giros Exterior*. En ese instante, prevaliéndome de que en la primera media hora de oficina el público es generalmente escaso, me había entregado yo a la lectura de una novela semanal muy interesante, con más tiros y besos que los que se acostumbra a dar por diez centavos.

(Me permitirán ustedes aquí una pequeña digre-

sión, relativa a los métodos que utilizamos los empleados de mostrador de los Bancos para violar la prohibición de leer que pesa sobre nosotros. Estos métodos pueden reducirse a tres: el método del cajón entreabierto, el método del libro y el método del rollo. El método del cajón entreabierto, su misma denominación indica en qué consiste; se utiliza mucho para la lectura de diarios y, en general, publicaciones de gran formato; el método del libro consiste, sencillamente, en ocultar entre los folios del correspondiente librote diario la pieza literaria de que se trate, y es método que se preconiza especialmente para la lectura de revistas ilustradas; en fin, el método del rollo — tan usado por los chinos — tampoco requiere explicación, y se aplica muy en particular a la lectura de novelitas semanales).

Continúo. La enlutada señora ha dirigido en torno suyo una mirada inquieta, y me ha dicho al fin casi confidencialmente, casi en secreto:

—Joven: deseo girar cinco dólares a Filadelfia...

¡Cielo santo! ¿Qué misterio es éste?..

La que ha venido hoy es una señora de media edad, con aspecto de campesina adinerada, y — ¡cómo no! — tiene una nariz monstruosamente fea.

Nada, está dicho: necesito descubrir el misterio de las narices horribles y de los cinco dólares sobre Filadelfia.

También, cuando lo haya descubierto, ¡qué novela semanal la que voy a escribir!

III

Esta mañana se ha quedado estupefacta una mujer, una mujer de aspecto humilde y de nariz espantosa, cuando al pasar ella de largo por frente a mi ventanilla, tratando de orientarse entre la multitud de ventanillas que se presentaban ante ella como otras tantas puertas de ratonera, la he llamado cariñosamente:

—¡ Chst ! ¡ Señora !

Se volvió sorprendida.

—¡ Aquí es ! — insistí.

—¿ A mí me llama ?

—Sí, señora. Esta es la ventanilla que le corresponde.

—Pero ¿ usted sabía ?...

—Lo sabía : ¡ usted viene a girar cinco dólares sobre Filadelfia !

La mujer no pudo abstenerse de hacer un ademán de asombro. Se quedó pálida al principio. Se enrojeció después hasta lo blanco de los ojos, como vulgarmente se dice. La nariz no se le enrojeció, pero esto se debe a que el tal apéndice había sobrepasado ya el límite del enrojecimiento.

Luego, me preguntó :

—Pero, dígame, joven : usted ¿ es adivino ?

—Nada de eso, señora ; no soy más que empleado de Banco.

—Y entonces, ¿ cómo se arregló para acertar que ?..

Me di importancia restándosela al hecho :

—¡ Phs! Una simple casualidad. No sé yo mismo cómo, se me ocurrió, así, de repente, que usted tenía que girar cinco dólares sobre Filadelfia.

—Pues, señor, ¡ ni que fuera un mago!

—No crea usted, señora — continué, con aire de suficiencia. — En el terreno científico, se habla hace tiempo de la transmisión del pensamiento, o telepatía...

Y mientras la buena mujer, creo yo que amedrentada, renunciando a mis explicaciones, se marchaba santiguándose, decía yo para mis adentros:

—¡ Habráse visto audacia! Pero, vamos a ver: sobre dónde querrá girar esta señora con semejantes narices, sino sobre Filadelfia?..

IV

No, no, créanmelo ustedes: las cosas toman un cariz realmente inquietante.

Hoy he llamado al gerente de la sucursal, al cajero y al tenedor de libros, que son mis superiores jerárquicos, que son, diríamos, mis dueños en la tierra; he colocado solemnemente sobre un pupitre el colosal libro forrado de brin sobre cuyo lomo se lee: *Giros sobre Estados Unidos de N. A.;* lo he abierto por el folio correspondiente a la *Great Banking Association of the State of Pennsylvania,* la cual nos representa como agente en Filadelfia... y les he hecho notar la extraña circunstancia de que los giros de cinco dólares sobre Filadelfia y para el

mismo destinatario se repitiesen con frecuencia asombrosa. Los giros en cuestion iban siempre dirigidos a nombre de *Smith y Smith.*

Mis superiores, unánimes, han estado de acuerdo en reconocer que los hechos eran verdaderamente anómalos.

—¡Aquí lo que hay es una estafa! — he afirmado yo. — Hay una estafa, y voy a descubrirla, cueste lo que cueste.

Después, trazando unas magníficas paralelas, he cerrado la cuenta diaria de Filadelfia, pues, faltando dos minutos para la hora de cerrar el Banco, he supuesto que nadie vendría a girar ya, y que, en caso de venir algún rezagado, no vendría a girar precisamente sobre Filadelfia; he restituído el libro a su casilla correspondiente, y me he quedado acodado sobre el mostrador, abatida la cabeza, el frontal apoyado en la palma izquierda y, — la lapicera en la mano diestra, — señalándome la sien, como si quisiese decir: *De aquí saldrá la revelación.*

Cuando me substraigo a este estado cercano al éxtasis, y el estruendo de las cortinas metálicas que caen me obliga a abrir los ojos a la realidad, he aquí que encuentro a diez centímetros de la mía una horrorosa nariz, una nariz monstruosamente respingada, y oigo una voz melosa que me dice:

—Joven, usted perdone: ¿tendría la bondad de hacerme un giro de cinco dólares para Filadelfia?..

V

En un momento en que el público dejó libre la ventanilla, estaba yo hoy pensando en dirigirme a alguna oficina de policía particular para esclarecer los siguientes puntos:

1.° Quiénes son los señores Smith y Smith.

2.° A qué clase de negocios se dedican; y si estos son o no lícitos.

3°. A qué medios acuden para lograr que todas las mujeres de esta ciudad y de sus inmediaciones les giren cinco dólares.

4°. Objeto de los cinco dólares.

Digo que pensaba en dirigirme a una agencia detectivesca, porque estaba ya descorazonado y tenía la seguridad de que valiéndome de mis propios medios informativos, jamás llegaría a vencer el arcano de las narices monstruosas.

En esto, se acercaron a mi ventanilla una anciana y una joven, de unos veinte años ésta. La anciana tenía nariz de girar para Filadelfia.

—¿Sobre Filadelfia, señora? — pregunté a la anciana con la más dulce inflexión de voz.

—Sí, para Filadelfia, señor, — me contestó, extrañada. — ¿Cómo lo sabe usted?

—Es cuestión de nariz, — respondí, jovialmente, arrastrado una vez más por mi vieja costumbre de hacer juegos de palabras.

—¿Cómo? — murmuró, ruborizándose, la excelente dama.

Traté de arreglar aquello:

—Digo que es cuestión de olfato. Los empleados antiguos, llega un momento en que adivinamos los deseos del cliente.

Al parecer, la explicación fué aceptada.

—¿A nombre de quién? — pregunté por fórmula.

—A nombre... a nombre... — Y volviéndose hacia la joven, le dijo: — Anita, ¿te acuerdas del nombre?..

—No, mamá, no me acuerdo — moduló, casi en un arpegio, una voz deliciosa.

Entonces, si yo decía: *Debe ser para Smith and Smith,* echaba a perder la situación irreparablemente: la anciana se habría creído aludida en aquella mi frase de la nariz, puesto que yo conocía a Smith y Smith y había dicho ya que *era cuestión de nariz.* Pero, bien mirado, ¿qué me podía importar a mí que aquella señora se ofendiese o dejase de ofenderse?..

En fin, lo confesaré: yo no quería que la anciana se ofendiese porque la chica me gustaba de un modo extraordinario.

La señora, como venciendo una gran resistencia, sacó de su bolso un papelito enrollado, al parecer un recorte de periódico, no mayor que un boleto de tranvía, y trató de leerlo.

—¡Qué contrariedad! Me he dejado en casa los anteojos de leer...

Antes de que la joven interviniese, arrebaté de

manos de la anciana aquel papelito. A juzgar por un dibujo del dorso, había sido recortado de una revista de modas.

—¡ Por fin! — me dije — ¡ Por fin tengo la clave!

Observé que la muchacha se ruborizaba y trataba de ocultarse tras las espaldas maternas. Observé también que volvía la cara hacia la calle, sonriendo levemente, en un ademán que parecía significar: *Pero, también, ¡qué cosas tienen las viejas!..*

El texto del papelito estaba en inglés, y como desconozco ese hermoso idioma, no pude descifrarlo. Encontré sí, la dirección que se requería, hice el giro, y, sin pedir permiso a las señoras, me precipité en el interior de la oficina, en busca de un compañero que algo sabía de inglés, aunque lo había estudiado en un colegio nacional de provincia.

El recorte decía esto:

UGLY NOSE
ALL UGLY NOSES IMPROVED IN A FEW WEEKS
BY USING OUR NOSE MACHINES
$ 5 each; special $ 7; Red Nose Cure $ 4;
Cheek Pumpers $ 5.
SMITH & SMITH, 17-450, Phil. Pa.
U. S. A.

Total: se trataba del anuncio de unos sujetos que vendían aparatos para corregir la nariz. Sobre el texto del aviso campeaba un dibujo explicativo que era, sin duda, el que había revelado a mis clientes misteriosas lo que el anuncio decía.

Como pueden ver ustedes, mi intriga tuvo un desenlace decididamente idiota.

VI

Han transcurrido cinco años desde que escribí los apuntes que preceden.

Regreso del cementerio, adonde fuí acompañando los restos mortales de la madre de Anita. La pobre señora ha muerto sin tener el consuelo de recibir el prodigioso aparato pedido cinco años antes a Pensilvania. Ya decía yo que aquello era una estafa.

Cada día que pasa estoy más satisfecho de haberme casado con la hija de la mujer que me reveló el misterio de las narices monstruosas. Anita es una esposa ideal y un modelo de madres buenas. No hace en esto sino parecerse a la autora de sus días, de quien lo heredó todo, menos la nariz, afortunadamente.

La excelente señora que acaba de pasar a mejor vida murió con la satisfacción de dejar a su hija unida a un hombre honrado. En cuanto a mí, todo lo que en su elogio puedo decir de la que fué mi madre política es que tenía un alma bella, muy bella; un alma que era todo lo contrario que su nariz.

Tenedlo en cuenta, amigos míos: la nariz de un *bull-dog* oculta muchas veces el alma de un ángel.

PATERNÓSTER

I. — Donde se dice quién era Paternóster

—¡Cómo! ¿No conoce usted a Paternóster?

Declaré, avergonzado, que no poseía la más vaga noticia acerca de la existencia de tal personaje.

—Sí, amigo. Es un tipo notable. Ya lo verá usted.

Estábamos en la acera del café, bajo el exiguo toldo, en rueda de comisionistas y acopiadores de frutos. En la tarde de fuego el pueblucho era una hornalla. Tomábamos cerveza y más cerveza, con objeto de tener algo que sudar.

De pronto vimos un tropel de chicos desharrapados que, en actitud bélica, rodeaba a un hombre no menos desharrapado. Gritaban los chicos hasta desgañitarse; le arrojaban piedras y puñados de lodo. Alguno, compasivo, a fin de limpiarle del lodo, le echaba encima un balde de agua de la acequia, que, según corría de turbia, más tenía de barro que de agua.

El hombre gesticulaba, amenazador, y hacía ademán de pegar a los pilluelos con la respetable ca-

yada que esgrimía a diestra y siniestra. ¡Maldito el caso que le hacían! Por fin, unos soldados de policía lograron disolver el turbulento grupo.

Libre de la persecución de los pilluelos, el hombre continuó su camino. Uno de los soldados le golpeó brutalmente. Oí que el soldado decía al vagabundo:

—¿Cuántas veces te voy a repetir que no quiero verte en la calle borracho? Para otra vez irás al calabozo por una semana.

Y, para reforzar la elocuencia de tales palabras, le propinó un puntapié formidable.

El hombre se limitó a replicar:

—*No hago mal a nessuno. ¿Por qué no lleva al calabozo a esos brigantes?*

Y señaló a los chicos que, apostados a una prudente distancia, parecían aguardar el instante propicio para librar nueva y descomunal batalla.

—*Io no hago mal a nessuno. Sono ello, que siempre me están provocando.*

Cuando llegó frente a nosotros, sin aviso previo, a quemarropa, como quien dice, se puso a cantarnos el *Dies irae*. El sujeto aquel tenía una hermosa voz de barítono.

Dies irae, dies illa,
solvet soeclum in favila.
Judex ergo cum sedevit,
quidquid latet adparevit,
nil inultum remanevit...

El tétrico himno de Tomás de Celano, hecho para entonarse en sombrías naves de iglesia, producía un efecto curiosamente extraño allí, en plena calle de un polvoriento pueblecillo de Mendoza.

—¿Quién es ese tipo? — pregunté al viajante de *Thief y Compañía.*

—Es Paternóster, el famoso Paternóster.

Y Paternóster se aproximó a nuestra mesa.

—*Buon giorno per la mattina. ¿No pagan alguna cosa?*

Un policía lo agarró por un brazo.

—Vamos, siga su camino. No moleste a los señores. Y cuidadito con volver a cantar misa en la calle.

Paternóster, que veía desvanecerse la perspectiva áurea de un *vasetto di birra,* se alejó a regañadientes, mientras refunfuñaba:

—*¿E per qué no voy a cantar?... No hago mal a nessuno...*

Ya lejos, como si fuese un estribillo, aun repetía la frase, con la obstinación de los idiotas:

—*No hago mal a nessuno... No hago mal a nessuno...*

II. — Donde se historia, sucintamente, la vida de Paternóster

Paternóster había nacido en Brescia. Su verdadero nombre era Domenico Lastricatto. De niño había sido monago en la iglesia de un convento de dominicos, y de ese cargo, por méritos contraídos en

el servicio, fué ascendido a la dignidad de sacristán.

De entonces, de cuando fué *sagrestano,* le había quedado la costumbre de cantar latines, que, como se verá, le fué de escasa utilidad en las posteriores etapas de su existencia y que, en aquel pueblo mendocino a donde fué a dar con sus huesos recién llegado a la Argentina, le había valido el armonioso y sugestivo mote con que se le conocía.

A poco de llegar al pueblo, Domenico entró como dependiente en el boliche de un piamontés, viudo, viejo y sin hijos. A la muerte del viejo, quedó Paternóster al frente del establecimiento; y, como los negocios fuesen bien, resolvió casarse con la hija de un su paisano que tenía en las afueras un poco de viña y una bodega.

La muchacha aportó algún caudal, y con ello y lo que había conseguido ahorrar Paternóster en muchos años de economía, pudieron establecer un hotel que fué — cronológicamente, y cualitativamente más tarde — el primer hotel del pueblo. Todavía se pregonan allí las excelencias del *Alloggio e trattoria della cittá di Brescia.*

Tres o cuatro años después de establecido el fondín, llegó de Italia un amigo de Paternóster, que había estudiado con él las primeras letras— o sea, las únicas. Venía en lamentable estado de pobreza. Paternóster le ayudó en toda forma: le dió alojamiento en su casa, lo vistió, le buscó trabajo. Procedió con él, en suma, como podía haber procedido con un hermano.

Siempre se les veía juntos a Paternóster y al otro. Si en las noches de verano iba Paternóster con su mujer a tomar el fresco a la plaza, con ellos iba *el otro*. Esto, naturalmente, daba bastante que hablar en el pueblo. Hasta que una vez...

Aquí la historia presenta un claro. Nadie se explica por qué una noche, ya de madrugada, Paternóster persiguió a balazos a su mujer y a *el otro*. Ocurrió aquello una noche en que Paternóster tuvo la debilidad de ir al *Gran Café Central*, donde había una interesante sesión de monte. A fin de que la calaverada quedase en secreto, fué solo. Era quizás la primera vez que salía de casa sin la compañía de *el otro*.

¿Por qué ocurrió aquello? ¿Acaso un pippermint de más? ¡Quién sabe!.. Las hipótesis más variadas reemplazan aquí el relato histórico, no siendo la menos difundida la que admite que Paternóster hubiese sufrido un ataque de locura furiosa. Ello es que desde la noche aquélla no se volvió a ver en el pueblo a la mujer ni al amigo de Paternóster.

De manera que...

III. — Continuación de lo anterior, donde se verán los grandes daños que acarrea el funesto vicio de la bebida, llamado por los físicos dipsomanía; lo cual viene del griego.

A partir de la noche trágica y memorable, Domenico Lastricatto se dió a la bebida de un modo brutal. No sólo bebía él: convidaba a cuantos ve-

cinos pasaban frente al fondín. Había allí por las noches tremendas orgías. El pippermint, la hesperidina, el whisky, el gin, el punch, todos los exquisitos néctares extranjeros que Barracas prodiga, se deslizaban en chorro continuo por quince o veinte faringes encallecidas; y las turbias aguas del Riachuelo, con la conveniente adición de anilina y aguardiente de quemar, enviaban a los cerebros mortíferos vahos.

Todas las mañanas la policía debía ir a levantar tres o cuatro ebrios caídos en los rincones de la *trattoria;* y menos mal si entre los beodos no había algún vigilante; menos mal si el mismo comisario no había sucumbido a la terrible tentación.

Los negocios de Paternóster iban de mal en peor. Un día le embargaron la casa. Otro, le desalojaron de ella. Quedó en plena calle, bajo el sol cruel, en medio de un informe montón de trastos viejos e inservibles que los usureros no habían tenido a bien embargar. Aquel día, todos sus amigos, todos aquellos a quienes había matado la sed tantas veces, le rehuyeron como a un apestado. Cuando, rodeado de los polvorientos cachivaches, pensaba a dónde diablos podría ir con sus huesos y su mobiliario, nadie se le acercó. Es decir, se le acercó un individuo, un solo individuo. Pero era un individuo tan pobre, tan vagabundo y tan sarnoso, que nada podía dar. El individuo se acercó con temor, recelosamente. Dirigió a Paternóster una mirada de infinita conmiseración. No pronunció una sola palabra, lo que, por

otra parte, hubiera resultado anómalo en un individuo de la raza canina.

Al cabo, el animal se aproximó a un lindo cromo tirado a tres tintas (sin contar la colaboración de las moscas), que representaba *La santa institución del Matrimonio* y era el único recuerdo que Paternóster conservaba de su actuación eclesiástica. El can lo miró muy atentamente, levantó la pata y... Señores: tengamos presente que los perros están demasiado ocupados para leer el *Tratado de urbanidad* que ha inmortalizado a Carreño.

Pero Paternóster, aunque se doliese de la ofensa inferida a tan respetable institución, no se enojó. Antes bien, en aquellos instantes de universal abandono, agradeció al can el silencioso y efusivo homenaje de simpatía.

Después... la historia de Paternóster es una borrachera continua. Tan pronto como obtenía una limosna, la enviaba al estómago bajo forma alcohólica. Dormía en cualquier parte; bajo un árbol, en un quicio, donde quiera que le venciesen el sueño y el etílico. A veces se le encontraba durmiendo en el cauce de una acequia, con peligro de ahogarse. Como el hecho se había repetido, a Paternóster le habían pronosticado que moriría ahogado. Paternóster se reía, y con razón. A un hombre que había bebido tantos metros cúbicos de agua del Riachuelo, ¿qué diablos le iba a hacer una acequia de tres al cuarto?

Resumiendo: aquel hombre, que había sido en el pueblo casi un potentado, estaba convertido en un

triste andrajo humano. En lo físico, la intoxicación alcohólica lo había dado ya el aspecto del borracho típico. Se parecía por modo extraordinario, cuando yo le conocí, a ese ebrio que pintó Velázquez en «Los borrachos» y que, sentado a la diestra del dios jocundo, parece sumido en éxtasis por los vahos del cuenco de mosto que tiene bajo de la faz. Encontré en Paternóster la misma mirada vaga y la misma sonrisa de idiotez que hacen imborrable aquella figura; a tal extremo que se le diría escapado del cuadro genial.

Alterada su razón, del alcohol y de las vicisitudes, le enviaron a un loquero; pero como su folia fuese mansa y de cariz inofensivo, resolvieron los alienistas devolverle al pueblo de su residencia, cuya vida monótona amenizaban sus dislates. De donde se concluye que Paternóster — rigor de las desdichas — no sólo fracasó en su vida como hombre de iglesia, como hombre de negocios y... como hombre, sino también como loco, que es cuanto se puede decir.

Tal es, sumariamente relatada, la historia de Paternóster hasta el momento en que le conocí cantando a voz en cuello el austero himno litúrgico que Tomás de Celano, de la orden de San Francisco, compuso hace siete veces cien años, no precisamente con el fin de ser cantado en la vía pública para solaz de comisionistas y acopiadores de frutos.

IV. — Donde se transcribe un documento cuya importancia salta a la vista.

«Yo, el abajo firmado, médico municipal de este Departamento, bajo juramento de ley, CERTIFICO: Que en el día de la fecha fuí solicitado para practicar el reconocimiento y autopsia del cadáver encontrado por un soldado de policía en el cauce de una acequia en las afueras de esta localidad y que de la identificación practicada resultó ser el de Domingo o Domenico Lastricatto, italiano, natural de Brescia, de 40 años de edad, hijo de Gaetano Lastricatto y de Francisca Giannatasio, sin parientes conocidos en la localidad, y a quien se conocía generalmente por el apodo de Paternóster.

«El cadáver, que fué hallado en posición de decúbito supino, se encontraba totalmente cubierto por el agua, según declaración del soldado Pérez, quien manifiesta que, a no haberse descalzado y entrado al agua, con el propósito, al parecer, de lavarse los pies, no hubiera podido descubrir el cadáver; lo que induce a suponer, a la luz de la sana lógica y de elementales razones científicas, que la muerte de Lastricatto se debió a ASFIXIA POR SUMERSION.

«Con el fin de comprobar o desechar en su caso la hipótesis enunciada, procedí a la autopsia del cadáver; y del examen externo previo, obtuve el siguiente resultado: maceración de tejidos superficiales y erosiones cutáneas en la región post-cervical; ídem ídem en las regiones sacra y lumbar; equimosis le-

ves en ambas piernas, más acentuadas en la región poplítea.

«Hallé el estómago lleno hasta repleción de un líquido alcohólico o mezcla de líquidos, de ingestión reciente y alta graduación (55ª Gay-Lussac). En los pulmones se habían alojado hasta 1.800 cm.3 de agua, que ateniéndome al simple análisis órganoléptico y dadas las circunstancias en que fué hallado el cadáver, no vacilo en creer que era de la acequia. Además, pude comprobar los siguientes fenómenos, típicos en este género de muerte: enfisema hidroaéreo del parenquima pulmonar, cuya repercusión en el sistema circulatorio se traduce por el corazón derecho repleto de sangre y dilatado; circulación del sistema cava inferior y superior dilatado con hígado asfíctico. Tanto el estómago y pulmones como las demás vísceras, se encontraban a la muerte de Lastricatto en buenas condiciones de vitalidad, aunque atonizadas por una avanzada intoxicación alcohólica. Del análisis de la sangre, que practiqué a mayor abundamiento, resultó tratarse de un líquido pobre en fibrina, pero riquísimo en fagocitos. Todo esto me demostró que se trataba de un ebrio consuetudinario; lo que, por otra parte, nadie ignoraba en el pueblo.

«De acuerdo con lo observado en la autopsia y lo aseverado por vecinos de la localidad que durante la noche anterior dicen haber visto a Lastricatto en estado de completa embriaguez, concluyo que la muerte debió producirse de uno de estos tres modos:

a) O el interfecto, caminando por la calle contigua a la acequia, sufrió un ataque de delirium tremens y cayó sin vida en el cauce;

b) o, por efecto de un desvanecimiento, cayó en vida al agua, lesionándose contra los guijarros del fondo no teniendo fuerza para levantarse, y, en fin, pereciendo ahogado por la gran cantidad de agua ingerida por la vía respiratoria;

c) o, habiéndose quedado dormido al borde de la acequia, rodó hasta el fondo, falleciendo por asfixia, como en la hipótesis inmediata anterior.

«Aun cuando reconozco la extraordinaria importancia que reviste el averiguar cuál de las tres hipótesis es la cierta, declaro verme imposibilitado de aceptar como única ninguna de ellas, por ser las tres igualmente razonables y verosímiles.

«Jefatura Política, fecha del sumario. (Firmado): F. Fernández (hijo), Médico municipal. Hay un sello.

«Es copia del informe original, que corre a fs. 15 *del sumario respectivo.»*

V, y último. — Donde el autor se permite formular unas breves reflexiones.

Pues, señor: todo es triste en la vida y muerte de Paternóster; triste es haber disfrutado holgada posición económica y caer en mendicidad; triste ser villanamente engañado por aquellos seres en quienes se depositó afecto; triste es morir en suelo extraño,

con una acequia por lecho. Pero más triste es pasarse la vida cantando latines para que cuando uno muera nadie se digne obsequiarle con un modesto responso.

Porque de Paternóster puedo decir lo que Goethe dijo de Werther:

SOBRE SU TUMBA NO ORÓ NINGÚN SACERDOTE.

UN LADRÓN DE HOTELES

I

VENÍA de muy lejos. Aquel vagabundo astroso, de hirsutas barbas, había andado muchas tierras antes de legar a aquella playa por la que marchaba ahora, en plena noche, a la orilla misma del mar, bajo el cielo limpio de nubes y acribillado de estrellas.

Fatigado tal vez por la marcha sobre la arena, en que se hundían sus pies, o acaso impresionado por la poética belleza del paraje y de la hora, se detuvo el vagabundo; se sentó cerca de la orilla, sobre la arena, húmeda aún de la marea del día; sacó de entre sus harapos una pipa de guindo, una de esas largas pipas que usan los campesinos italianos; la cargó filosóficamente, y mientras lanzaba al aire bocanada tras bocanada, se dió a pensar. ¿En qué?... ¡Bah! *Ni lo sabía él mismo.* Dejaba a su espíritu vagar a su antojo por imaginarias regiones de ensueño. Por momentos, cerraba los párpados, recibien-

do con fruición en pleno rostro la brisa leve y fresca que venía del mar y desordenaba más aún la revuelta y sucia pelambre del bigardo.

En el fondo, aquel hombre era un poeta. Así como a su cuerpo, le era orgánicamente necesario cambiar de tierras y de climas, le era menester a su espíritu el pleno y libre vagabundaje. Era un vagabundo absoluto; era un atorrante — hay que usar esta palabra insubstituíble; — un atorrante nato; un atorrante en cuerpo y alma.

Realmente, aquello era delicioso. Era una tibia noche estival. En medio del cielo, la luna brillaba en su plenitud. El mar, desde la orilla hasta el horizonte, parecía una inmensa llanura nevada: tan blanca era la espuma que lo cubría. En la playa, que las aguas del mar habían planchado y lustrado, reverberaban como miriadas de luciérnagas diminutas los infinitos diamantes de las arenas. Y a no ser por la silueta negra de las viviendas que alcanzaba a divisar, el vagabundo hubiera creído encontrarse, solitario como Robinson, en un mundo hecho sólo para él, acabadito de construir y no hollado por nadie; hubiera creído estar gozando la virginidad del mundo.

Desde el sitio en que se encontraba, el atorrante veía recortarse allá lejos, sobre las barrancas de que arrancaba la playa, algunas construcciones raras, o que a él se lo parecían porque contrastaban con las que había visto hasta entonces. Aquellas construcciones venían a modificar las ideas que poseía el ato-

rrante acerca de la vivienda humana. *¿Dónde se encontraba? ¿Qué país era aquel?*

Había perfiles agudos de casas suizas; altas torres de *chateaux* galos; perfiles asimétricos de casas holandesas; chatos y humildes perfiles de *cottages* británicos: una Babel arquitectónica, como para llenar de confusiones el cerebro de un atorrante.

A la orilla del mar, cerca de la escollera junto a la cual el hombre había pasado un momento antes, se erguía, gigantesca como un solo bloque enorme, la masa negra de un edificio formado por una agrupación de altas pilastras. Al atorrante, que no estaba obligado a saber que aquello fuese una fábrica de harinas, le daba aquel edificio la impresión de una fortaleza, de una prisión, de un castillo feudal como los había visto acaso en las láminas de algún novelón; en suma, de algo extraordinario y espantable, y no de una cosa tan inocente como un molino.

El vagabundo estaba impresionado por todo aquello, por el complejo espectáculo que tenía ante sus ojos. *La verdad es que, aun cuando había andado muchas tierras, nunca había estado en un sitio tan digno de verse. Valía la pena haber andado tanto para ver aquello.*

—¡Diablo! ¿Dónde iré a dormir esta noche? Estoy muerto de sueño. — Eso se dijo el hombre cuando notó en los párpados una invencible propensión a separarle de la realidad externa; pero se formuló la pregunta sin inquietud alguna. ¡Estaba tan habituado a dormir en cualquier parte, sobre la hierba,

junto a una tapera, en alguna gruta a la orilla del mar!.. Poco podía importarle una noche más pasada al raso.

De improviso, creyó ver, o mejor dicho, vió que, caminando por lo más alto de la barranca, sobre la línea que virtualmente separaba la tierra del cielo, avanzaban hacia él dos personas. Desaparecían a veces, pero era para volver a acusarse con mayor claridad sobre el cielo azulenco de la noche.

Entonces, presa de un miedo enorme, el atorrante se incorporó y echó a correr desenfrenada, desatinadamente. Allá lejos, muy lejos, a la orilla del mar, brillaban unas luces, y corrió hacia ellas.

Corrió, corrió durante media hora; y por más que corría hasta perder el resuello; por más que daba saltos de gamo sobre la arena... no perdía de vista las sombras misteriosas: seguían persiguiéndole las dos figuras humanas. Cuanto más corría él, más corrían ellas. *Debían ser fantasmas.*

Jadeante, desalentado, se detuvo al fin. Miró hacia atrás. Ya no vió a sus perseguidores, y no supo qué pensar. *¿Se habrían cansado de correr? ¿Se habrían ocultado? ¿No sería todo aquéllo una alucinación?*

Por si acaso, en previsión de que quisiesen hacer fuego contra él, y para no ofrecerles el blanco de su obscura silueta sobre la albura de la espuma, decidió internarse y caminar al lado mismo de las barrancas. Para ello, tuvo que saltar un alambrado que corría todo a lo largo de la playa.

Caminó sobre el terreno de junto a las barrancas, con notable alivio, pues que era duro terreno de tosca lavada por lluvias y vientos, y sobre él no sentía la mitad de la fatiga que experimentaba caminando sobre la arena.

Y cuando el pánico se le hubo pasado, se formuló, de pronto, esta pregunta:

—¿Para qué mil diablos he corrido?

En efecto: *¿Qué era lo que nadie podía robarle? ¿A quién tenía que temer, puesto que no era más que un atorrante?*

Comprendió entonces lo estúpido de su fuga. Debió, si es que realmente le perseguía alguien, haber esperado a sus perseguidores. Serían, acaso, marineros de la prefectura, y lo más grave que con ellos podría ocurrirle, sería que le obligasen a seguir andando, o bien, si estaban borrachos, que le propinasen unos puñetazos. Pero los puñetazos de unos marineros borrachos, no tienen a los ojos de un atorrante filósofo la menor importancia. Son, sencillamente, una de tantas pequeñas molestias como la vida trae consigo.

A medida que el atorrante se aproximaba a las luces que desde hacía un rato veía brillar enfrente, iban éstas tomando un color rojizo. Más cerca, vió que se trataba de las ventanas de un gran edificio; aproximándose aún más, pudo comprobar que aquel edificio era suntuoso; que sus amplias escalinatas descendían hasta el mar; que el color rojo de las luces, era el de las cortinas de muselina que tenían

las ventanas; que, detrás de las cortinas, pasaban a veces siluetas humanas, fugaces y variables como sombras chinescas. En fin: aunque no poseía sino una vaga noción acerca de lo que es un balneario, el atorrante comprendió que se encontraba frente al hotel más lujoso de una playa aristocrática.

II

El atorrante subió lenta, majestuosamente, una de las graderías circundadas de balaustradas de mármol. Era una elegante escalinata que nacía junto a las mismas olas y, en graciosa curva, iba a rematar en una amplia plataforma.

Estaba maravillado de todo aquello el hombre de las hirsutas barbas. Cuando llegó a la terraza, se acodó sobre la balaustrada y se quedó, extático, mirando al mar.

—¿Qué haces aquí, atorrante? — oyó decir el vagabundo, a tiempo que una pesada manaza caía sobre uno de sus hombros.

Rechazó el atorrante aquella manaza que ponía en peligro la clavícula que oprimía; y comprobó de paso que la tal garra se encontraba inseparablemente unida a un corpulento marinero de la Prefectura. Se enojó el vagabundo, no tanto porque le llamasen atorrante desde que esa era su profesión, como por el ademán *demasiado confianzudo.*

—Aún hay clases — dijo para sí.

El marinero continuó increpándole:

—¿Por qué no estás en tu casa a estas horas?

—Porque no tengo casa.

—Es una razón como cualquier otra — reconoció el marinero. Y continuó:—Pero aquí no puedes pasar la noche. Aquí no pueden estar los atorrantes. ¡Andando!.. — le ordenó, dándole un empellón.

El vagabundo, luego de encender nuevamente, con toda calma, el resto de tabaco mezclado con ceniza que quedaba en el fondo de la pipa, lanzó al aire una bocanada, y echó a andar, despacio, sin dignarse saludar al marinero importuno, ni aun dirigirle una mirada.

Pegado al muro del hotel, recorrió toda una fachada del edificio. De pronto, al pasar bajo una de aquellas ventanas rojas que había visto desde lejos, hirió sus oídos una música gratísima; grata como nunca había oído otra. ¡Qué! El había oído tocar el acordeón a los segadores españoles o la vihuela a los peones criollos, en las salas humosas de los boliches; pero ¡aquello! ¡Aquella prodigiosa combinación de notas apagadas, suaves, lentas!.. *Jamás había oído nada que se pareciese.*

Realmente, era aquello un primor filarmónico; no es de extrañar que el hombre se maravillase: violines, oboes, laudes, tiorbas, instrumentos delicados o raros, mezclaban sus sones en una melodía prodigiosa.

El artista que dormitaba bajo los harapos del atorrante detuvo sus pasos y se quedó, en éxtasis, anonadado bajo el armonioso fluir de notas sabias,

De pronto, alguien lo agarró por el cuello del chaquetón.

—¡Largo de aquí, atorrante!

A tiempo que oía esto, el vagabundo recibía un soberano puntapié.

Se dió vuelta. La persona que le trataba con tanta familiaridad era un hombre joven, afeitado, bien vestido, con almidonada pechera y blanca corbata. Lo que le llamó más la atención al atorrante, es que usase calzón corto y medias blancas. Parecía un muchacho. Era la primera vez que veía tal cosa. También le llamaron la atención los zapatos del *interpelante*: eran de brillante charol, y ostentaban grandes hebillas de plata. *Parecía mentira que con unos zapatos tan bonitos se pudiesen dar puntapiés semejantes.* Para concluir, el atorrante observó que el hombre de las medias blancas llevaba una extraña chaqueta, corta por delante, larga por detrás y con faldellines. *Este tipo parece una cucaracha* — pensó. Luego, viendo que el nuevo interpelante ostentaba en la solapa unas letras de oro que decían *M. d'H.*, y relacionando aquello con unas estampas que había visto en cierta *Historia del Rey Sol,* donde todos los ministros aparecían con calzón corto y medias blancas, dedujo:

—Es un ministro. *M. d'H.*: Ministro de Hacienda.

Si le hubiesen dicho que aquello significada *Maître d'hotel,* y que aquel hombre no era sino un cocinero distinguido, el atorrante se hubiera reído a

carcajadas. Así, pues, consideró prudente alejarse de allí, en vista de las pedestres insinuaciones del ministro. Demasiado sabía que los ministros no guardan siempre a los atorrantes todas las consideraciones que merecen jerárquicamente.

Cuando se vió solo, de nuevo acudió la pregunta:

—¿Adónde iré a dormir?...

Era tarde; más de las dos. Ya la luna, tan trasnochadora como es, había juzgado prudente acostarse en el mullido lecho de vellones blancos que le brindaba la espuma del mar.

Continuó recorriendo la estrecha acera que, en torno del hotel, se elevaba medio palmo sobre el nivel de la gran terraza asfaltada.

¡Diablo, diablo!... No le dejaban estar en ninguna parte. ¿A dónde ir?... Resueltamente, había caído en un lugar peligroso para un atorrante.

Le vinieron a la memoria las frases que había oído cierta vez a unos misioneros protestantes: *Las raposas en el monte tienen sus guaridas; los pájaros tienen sus nidos. Y el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.*

En esto, pasó junto a una ventana entreabierta, una de las ventanas del piso bajo del hotel. El atorrante volvió sobre sus pasos y espió. Había luz dentro, una luz rosada y muy tenue. Frente por frente de la ventana se veía un gran espejo. En un acceso de curiosidad, realmente impropio de un atorrante correcto, el hombre, colgándose de los balaustres, se encaramó sobre la baranda del balcón. ¡Dios

de Dios! Un cuento de hadas. Veía... No; él no sabía lo que veía; él estaba anonadado ante todo aquello; pero se daba cuenta de que lo que veía era algo fastuoso y que él nunca había soñado ver.

Sigilosamente, como un malhechor, penetró en el feérico recinto. Y, poco a poco, coordinando ideas e impresiones, fué dándose cuenta del sitio en que se encontraba.

La luz era escasa. No había otra sino la que emitía una lamparita colocada sobre una mesa de noche. La luz eléctrica, tamizada por una finísima pantalla chinesca, sólo a medias alumbraba la estancia. Fuera del cono de luz proyectado por la pantalla, todo quedaba en semipenumbra; y dentro del cono luminoso el atorrante pudo comprobar la existencia de lo siguiente: en primer lugar, a sus pies, una mullida alfombra que no sabía él que fuese de Esmirna, pero sí que era blanda como un colchón; inmediatamente, levantando un poco la visual, comprobó la existencia de una lujosa cama de nogal tallado, con retorcidas patas y altas columnas de estilo Jacobino; y, en la cama...

Pero, ¡Señor, Señor, Señor! ¿Cómo no se había fijado antes? ¡En la cama había una mujer!

Era una jovencita bellísima. Podría tener hasta diez y seis años. Las trenzas, rubias, caíanle a ambos lados de la cara, — tal un marco de oro viejo para el alabastro vivo de su faz. Sostenía en la diestra un libro abierto. Sin necesidad de mayor perspicacia, el

gabundo comprendió que la niña se había dormido leyendo.

Se quedó mirándola, en éxtasis La jovencita parecía sonreir. A veces las comisuras de sus rojos labios, elevábanse en un esbozo de sonrisa. ¿Recordaría acaso la última página del libro favorito, leída cuando ya su mente caía en los negros limbos del sueño?... Ello es que estaba divina con esa sonrisa inconsciente. A veces, también pronunciaba palabras sueltas, inconexas; o bien palabras incompletas, silabeos sin sentido. Por cierto que no todas sus expresiones eran poéticas precisamente...

No... No puedo... amarlo... Muy jovencita. Socorro... Me ahogo... Mucha agua... Me ha mordido un cangrejo... Aquí, en la pantorrilla... ¡Ay! ¡Es un aguaviva!...

El atorrante, temiendo que la joven se despertase, tomó la lámpara y la alejó, de modo que sus rayos no hiriesen el rostro de la nueva *bella durmiente.*

En seguida inició una requisa general. Sobre un veladorcito taraceado en nácar y bronce, había una bandeja de plata con dulces. El atorrante no era ladrón; pero, francamente, los dulces estaban tan apetitosos y hacía tantas horas que en su estómago se había hecho el *vacío absoluto,* que se decidió a atacar las golosinas.

Matar el hambre no es robar — se dijo, y dió buena cuenta de los dulces.

No tardó en encontrar una botellita de vino tónico, e ingurgitó su contenido de un solo trago.

Inmediatamente, notó el efecto de la colación; se sintió reanimado, audaz, valeroso, optimista. Aún sin la rosada pantalla de la lamparita, todo lo hubiera visto de color de rosa.

Prosiguió la pesquisa. Llegó al tocador, y le asombró el arsenal de botes, pomos, tarros, frascos y cajitas que había allí. Ignoraba por completo el uso de todo aquello.

Por simple espíritu investigador, destapó un frasco de riquísima esencia, y quedó embriagado. Se restregó la cara con aquel prodigioso líquido.

Lavarse la cara tampoco es robar, aunque uno se lave con agua de olor — se dijo, para tranquilizar la conciencia.

Y siguió haciendo uso de la perfumería, con evidente desconocimiento de las artes cosméticas. Creyendo que el *cold-cream* era algún ungüento para el pelo, invirtió en peinarse un tarro íntegro del difundido menjurje.

Descubrió un calentador y unas tenacillas, y se rizó las barbas, con arte tan escaso y tal profusión de ondas, que al final de la operación parecía un rey asirio. Después de manipular durante media hora en aquel arsenal de la belleza, se miró al espejo, y estuvo a punto de llorar. *Qué degenerado! ¡Lavarse la cara él, un atorrante!...* Se propuso no volverlo hacer en su vida, porque no quería contraer malas costumbres; pero no pudo dejar de reconocer que se encontraba hermoso. Ahora, al

cabo de los años, venía a darse cuenta de que tenía buen tipo.

Cuando, como Narciso sobre el estanque, estaba embebido en tal auto-examen, oyó un ruido a su espalda. Se volvió, amedrentado.

Nada. A la niña se le había caído al suelo el libro que sostenía. Por suerte, la joven no se había despertado.

Se aproximó al lecho, y permaneció durante un rato contemplando el rostro de la joven.

Por un instante, en el cerebro del atorrante lucharon el bien y el mal. Un sentimiento de ternura hacia la jovencita dormida, combatía con las feroces ganas de amar que siente un hombre que nunca amó.

Apagó la luz.

III

SUPRIMIDO POR RAZONES DE MORALIDAD.

IV

Notar el atorrante que en el aposento en que se encontraba no había un lecho, sino dos; que, a más del ocupado por la joven rubia, había otro, paralelamente colocado, separado por un biombo; notar, por fin, que aquel segundo lecho estaba vacante, y echarse sobre él cuan largo era... y cuan andrajoso estaba, todo fué uno.

¡Dios, y qué sensación tan deliciosa! Era la primera vez en su vida que se acostaba en una cama; la primera vez que su cabeza se hundía en almohadas de pluma; la primera vez que sus pies se ponían en contacto con un edredón de seda.

Su propósito era permanecer allí hasta el alba, cuidando de no caer dormido, a fin de que no lo sorprendiesen.

Pero ¡sí, sí! Aquellas almohadas que se hundían como espuma; aquellos edredones mullidos; todas aquellas blanduras fueron más fuertes que sus propósitos: al cabo de un rato estaba hecho un leño.

Se durmió oyendo el rumor de las olas, que venían a morir a pocos metros del muro: un rumor de irresistible eficacia hipnótica; un rumor por veces apagado y suave, por veces robusto como el colosal mugido de un buey. Se durmió recordando los versos de *La canción del pirata,* que había aprendido de niño:

"...Y me duermo
sosegado,
arrullado
por el mar."

V

La distinguida señorita Mabel Susana Alvarez del Rosal (*Suzón* entre sus íntimos), la joven en cuyo aposento se había alojado un atorrante, se desperezó en forma que no pecaba de distinguida.

Eran las diez de la mañana. El sol dibujaba sobre la alfombra un alongado paralelógramo luminoso, haciendo resaltar los complicados arabescos amarillos, rojos y verdes de la fina alcatifa. En seguir con la mirada la línea sinuosa de esos arabescos se entretuvo, soñolienta todavía, la joven de las trenzas blondas.

De abajo, de la playa, llegaba ya un confuso rumor de voces, o bien alguno de esos gritos agudos y penetrantes sin los cuales muchas mujeres consideran incompleto el baño de mar.

Suzón se incorporó perezosamente en el lecho, saltó a la alfombra, se envolvió en un quimono de fantásticos dibujos y se dirigió al tocador. Mientras se atusaba el pelo frente al espejo, le pareció oir algo como el rítmico rumor de una respiración tranquila. No se movió, aterrada. Y sin moverse, vió lo que necesitaba ver, porque en el espejo se reflejaba la figura astrosa, deforme, obscura y te-

rrorífica del vagabundo, resaltando, violenta, sobre la albura de la colcha de encaje.

Dueña de sí misma, la joven empuñó un diminuto revólver que sacó de un cajón del tocador.

—¡Socorro! ¡Un ladrón! — gritó, desaforada.

Y luego, acercando el arma a la cara del atorrante, lo increpó:

—¡Entréguese, bandido! ¡Ladrón! ¡Manos arriba!

Francamente, despertar en tales condiciones, no debe ser muy agradable. El vagabundo, en un principio, pareció no darse cuenta de la realidad, como si no fuese aquello sino una pesadilla de las que asaltan frecuentemente a los espectadores del cinematógrafo; pero después, según fué adquiriendo conciencia de sí mismo, pudo medir lo grave de su situación. Se incorporó y, levantando las manos, articuló:

—Me entrego, señorita; pero conste que no soy bandido ni ladrón: soy atorrante.

En esto acudió, a las voces, la mamá de Suzón. Como ocupaba la habitación contigua, no tuvo más que abrir una puertecilla disimulada en el tabique para contemplar la terrible escena.

La pobre señora prorrumpió en un grito de horror. Exclamó:

—¡Hija! ¡Suzón! ¿Qué es esto? ¡Dios mío! ¡Habla!...

—Este atorrante... Ha dormido aquí...

La excelente dama se entregó al llanto.

—¡Dios mío, qué desgracia!... ¡Qué gran des-

gracia! — prorrumpió, y estrechó a la niña entre sus brazos.

De inmediato se abrió la puerta que daba a los corredores, y el atorrante vió que se precipitaban sobre él hasta doce ministros como el de la noche. Decían los ministros:

—¡Apareció el ladrón! ¡Apareció el ladrón!...

Creían que el atorrante era el autor de los reiterados robos que desde hacía algún tiempo traían revuelto el balneario.

—Por fin has caído — dijo un hombre gordo a quien los ministros obedecían. — Hace dos meses que te tenía ganas.

Varias señoras declararon estar segurísimas de que aquel era el ladrón; algunas afirmaban haberle visto recorrer de noche los corredores del hotel; cierta señora flacucha y fea, enunció la sospecha de que el atorrante hubiese dormido una noche en su habitación.

El vagabundo oía resignadamente la lluvia de calumnias, recordando aquellas santas palabras que dicen: *Perdona a los que te ofendieren.*

De los brazos del *Gabinete,* pasó a los de la Policía. Un vigilante le tomó por su cuenta, le esposó las muñecas, y le dijo, sin mayor melosidad:

—¡Atorrante! ¡Borracho! Buena la has hecho. Robo con escalamiento y nocturnidad... Por lo menos, cinco años a la sombra. Ya te van a dar hotel de balde, no tengas cuidado.

Y el vagabundo, con la dignidad que la situación le permitía, se limitó a contestar:

—Hagan conmigo lo que quieran. Por lo menos, he dormido una vez *como la gente.*

Se lo llevaron a empellones.

De los rojos, húmedos, breves, frescos, apetecibles, deliciosos labios de la señorita Suzón, salieron estas palabras compasivas:

—¡Pobre!... En medio de todo, es un buen hombre...

COLOQUIO DE LAS ESTATUAS

Esta comedieta, arbitraria y absurda, se desarrolla en el taler de un escultor. Aquí y allá, estatuas de personajes célebres, terminadas unas, otras a medio hacer. Hay también ángeles de mausoleo, estatuas de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad, y otras figuras decorativas. Estas, precisamente porque comprenden que su papel es decorativo, guardan discreto silencio. El más completo desorden reina en el vasto ámbito del taller.

La estatua de *Epicuro* (desperezándose, a la estatua de *Voltaire*). — Dime, vecino: ¿hace mucho que duermo?

Voltaire. — Veintidós siglos.

Epicuro. — ¡Por Zeus Olímpico! Ha sido la mejor de mis siestas. Y tú, vecino, ¿andas desvelado?

Voltaire. — Sí, compañero, a causa de esa endemoniada infusión que nos han traído de las Indias Occidentales, el café.

Epicuro. — ¿Indias Occidentales? ¿Qué es eso?

Voltaire. — Creí que lo sabrías. Es el continente

descubierto por un tal Colón. Un inmenso continente antes desconocido, con bosques impenetrables, con los ríos y los torrentes y las montañas más colosales del mundo.

Platón (hablando consigo mismo). — Ese sujeto me ha robado. Lo que ha descubierto es la Atlántida, de que me ocupo detenidamente en el diálogo de Critias y Timeo.

Epicuro. — De modo que ¿han descubierto un nuevo continente?... Eso no tiene la menor importancia. Y ¿qué es eso de café?

Voltaire. — Una bebida que no habéis conocido los atenienses. Por lo menos, Ateneo de Naucratis no la menciona en su *Deipnosophistarum.*

Epicuro. — Y ¿quién te ha dicho que yo soy ateniense?

Voltaire. — Lo leí en Lucrecio.

Epicuro. — Pues es un error. Nací en Samos. Ya sabía yo que me iban a arruinar la biografía...

Voltaire. — Y ¿qué te importa el lugar en que has nacido, si estás muerto hace veintidós veces cien años?

Epicuro. — Es por amor a la verdad.

Voltaire. — Es una debilidad como otra cualquiera, pero indigna de un hombre tan sensato como tú.

Epicuro. — Bueno, bueno, no discutamos. Continúa hablándome de la nueva bebida.

Voltaire. — Es una bebida agradabilísima, que comunica lucidez al cerebro, que estimula los nervios, que presta agilidad, que hace discurrir...

Epicuro. — ¡Por Dionisos! Si es tal como la describes, vale la pena de que para obtenerla hayan descubierto un continente. Eso sí que tiene verdadera importancia. ¿Es, en realidad, tan agradable como dices?

Voltaire. — Ya lo creo que es agradable. Tengo un amigo tramoyista, y voy a pedirle que nos preste unos trajes de *época actual.* De ese modo podremos ir a tomar unas tazas sin llamar la atención.

Epicuro. — ¿Tazas? ¡Una crátera!

Voltaire. — No, no. Desvela.

Brummell (despertándose irritado). — ¿Os vais a callar, asnos? Me habéis despertado con vuestra charla imbécil, y yo necesito mis nueve horas de sueño ininterrumpido. Mañana me levantaré con ojeras a causa de vuestra impertinencia. ¿Qué va a decir la gente?... ¡Estúpidos! Todos los filósofos no sois más que unos estúpidos. La única cosa de este mundo que tiene positiva importancia, es el brillo de mis zapatos.

Napoleón. — ¿Quién es ese ganso? ¿No me conoce a mí, que he promulgado el Código Civil y ganado unas cuantas batallas?

Goethe. — ¿Ni a mí, que he sido el hombre más grande del mundo?

Napoleón. — ¿En qué te fundas para decir eso?

Goethe. — En que he poseído los tres mayores bienes que se pueden poseer en la tierra: el genio, la belleza física y la riqueza.

Poe. — Yo no tuve más que el primero, y no te

envidio. Has hecho la obra de un genio burgués y satisfecho de la vida. Para hacer cosas perdurables, es preciso haber sufrido mucho.

José García (*hijo*). — Lamento desilusionar al tudesco, pero hay muchísima gente que prefiere a Dante.

Goethe. — ¡Dante! ¡Psh!... Reconozco que no versificaba del todo mal.

José García. — Eres un envidioso.

Goethe. — Los dioses no conocemos la envidia. Además, ¿qué quieres que le envidie al pobre florentino? Tenía la nariz demasiado larga para ser feliz.

José García. — En cuanto a nariz, tampoco tú te puedes quejar.

Goethe. — Es una grosería. La historia de mis conquistas me exime contestarte.

José García. — ¡Tus conquistas! Has conquistado tal vez a alguna de tus sirvientas, lo cual no tiene mayor mérito. Todos lo hemos hecho alguna vez.

Brummell. — Insisto. El brillo de mis zapatos es la única cosa interesante del mundo; y mis puños de encaje de Malinas, valen cien veces más que la Divina Comedia.

Goethe. — Cada uno es dueño de pensar lo que le acomode.

Sócrates. — ¡Pensar! Y ¿qué es eso?

Brummell. — No nos obligues a discurrir. Afea.

José García. — Sois una sarta de idiotas. Estáis diciendo frivolidades, enredándoos en vuestras pro-

pias palabras, discutiendo vaciedades, hilando el viento, en vez de ocuparos del gran problema de hoy y de siempre: de las exigencias de los trabajadores. Algo que ha existido en todos los tiempos, desde la India, desde Persia, desde el viejo Egipto; pero que hasta el siglo XX no ha sido bautizado. Ahora le llaman a eso *maximalismo* o *bolshevikismo.*

Sócrates. — ¿Qué palabras bárbaras dice este hombre?

Goethe. — ¿Qué quiere decir eso?

José García. — Yo no sé explicarlo. Que os lo explique ese tipejo que se pasa el tiempo leyendo los periódicos.

Amiel. — ¿He sido aludido?

José García. — No debías preguntarlo.

Amiel. — Pues bien, sí. Reconozco que uno de mis grandes placeres consiste en leer esas sábanas impresas, cómodamente sentado junto a una buena chimenea. La chimenea es indispensable para mí todo el año, a causa del condenado ácido úrico. Será una debilidad, no digo que no; pero a mí me proporciona una voluptuosidad especial eso de saber en un momento dado lo que pasa en esa bola de estiércol llamada mundo. Les debo a los periódicos ese placer.

Voltaire. — Los periódicos son los archivos de las estupideces.

Amiel. — Tenías que salir con algo por el estilo. Eres un buen cerebro trastornado por un mal hí-

gado. Pese a tu opinión, seguiré leyendo los diarios. Tengo en ello inexplicable agrado. Ya lo consigné el primero de marzo de 1881 en mi *Diario íntimo,* esa obra única y genial, en la que he volcado mi espíritu. Entre paréntesis: me dicen que la han declarado libro de texto en las escuelas normales. de cierto país sudamericano... Tendré que protestar de esa profanación.

José García. — No divagues. Explícales a tus hermanos en inmortalidad qué es eso del maximalismo.

Amiel. — Es una nueva doctrina acerca de la organización social. *Comunidad de bienes... Igualdad jurídica de los sexos...A cada uno según sus obras... El que no trabaja no come... Ni ricos ni pobres...* Esos son algunos de sus principios.

Moro, Campanella y Fourier (simultáneamente). — ¡Es mi sistema! ¡Me han robado!

Jesús de Galilea (con suave voz y suave gesto). — He sido yo, mucho antes que vosotros, quien predicó esa doctrina. ¿Cómo no se me reconoce ese mérito? Veinte siglos hace que dije esas cosas. ¿Es, acaso, que nadie me ha entendido todavía? Me temo que Juan, Mateo, Lucas y Marcos hayan tergiversado mis palabras. Es una lástima que en el tiempo en que anduve entre los hombres no existiese aún la estenografía.

Platón. — En realidad, todos vosotros no habéis hecho otra cosa que parafrasearme. Yo soy el crea-

dor del comunismo. Leed el libro V de *La República*.

José García. — No sé griego.

Platón. — Está traducida a todos los idiomas.

José García. — A mí me parece que lo que buscan los obreros es trabajar menos.

Swift. — ¡Cómo! ¿Todavía se obliga a los obreros a trabajar?

Rabelais. — Es un abuso. El mundo sigue tan absurdo como en mi tiempo.

Schopenhauer (como si hablase consigo mismo). — Guerras... Luchas sociales... Pestes... Lo mejor sería aniquilar la Humanidad. Así lo dije en una de mis memorias laureadas. Ya en mi época el mundo sería inhabitable si no fuese por la compañía de los perros y el amor de las bailarinas. Tengo entendido que el joven von Hartmann propuso a sus semejantes el suicidio colectivo; pero parece que no le han hecho maldito el caso.

Eça de Queiroz. — Eres un hipócrita. Has formulado tu sistema cuando eras filósofo sin editor y un maestro sin discípulos; cuando te atormentaban los terrores y te dominaban las manías. Escribiste invectivas contra los avaros, y escondías tu dinero bajo los ladrillos o bajo el tintero de tu escritorio; redactabas tus cuentas en griego, para que no se enterase de ellas la cocinera. Hiciste gala de sereno pirronismo, de fatalismo resignado, y por miedo a los incendios vivías en sótanos; y viajabas con un vaso de latón en el bolsillo por temor de contraer

enfermedades. No has sido más que una ingeniosa bestia.

Schopenhauer. — Todo lo que dices es cierto. Pero no grites tanto. Que no te oigan.

Eça de Qeuiroz. — A buena hora. Todas esas revelaciones las he publicado. Figuran en el capítulo nono de mi gran novela *La ciudad y las sierras,* vertida a casi todos los idiomas.

José García. — Y las habrás encontrado, como yo, en un diccionario enciclopédico.

Eça de Qeuiroz. — Es cierto. Ya he declarado que nunca me enteré de lo que ocurría en el norte de Europa. Por mis palabras, ya habréis deducido que sólo conozco del amigo Arturo lo que está al alcance de los horteras.

Schopenhauer. — Poco me importan los ataques. Mi obra está hecha. He destruído el Amor. Mi genial concepción acerca del Genio de la Especie, dando a los hombres la sensación de ser muñecos que maneja un poder extraño y superior, ha envenenado para siempre la Fuente de la Vida. He destruído el Amor...

José García. — Este alemán ha perdido la razón.

Kant. — ¡Estúpido! ¿Quién te mete a hablar de la razón? ¿Sabes acaso lo que es eso? ¿Has leído mis obras?

José García. — Este otro también está mal de la cabeza. Todos vosotros sois una cáfila de alienados. Estáis locos.

Goethe. — Es cierto. Y tú, también.

Napoleón (a José García). — Pero, vamos a ver: ¿por qué razón tienes tú estatua? ¿Quién diablos eres tú? ¿Con qué derecho estás entre nosotros? ¿Acaso has tenido en tus manos todos los pueblos de la tierra?...

Goethe. — ¿Has almacenado en tu cerebro todos los conocimientos, has cobijado en él todas las ideas?...

Lord Byron. — ¿Has albergado en tu corazón todos los sentimientos, divinos o infernales, que agitan a los hombres?...

José García. — No he tenido nada de eso. He tenido en mis graneros todos los cereales de un país.

Napoleón (irritado). — Y eso ¿te da derecho para que te erijan una estatua?

José García. — No. Eso me dió dinero para pagarla.

(Silencio en el conclave de los inmortales. Amanece).

INDICE

Cooperativa Editorial "BUENOS AIRES"

LIBROS PUBLICADOS

I.—FERNÁNDEZ MORENO. — *Ciudad* .... agotado
II.—H. QUIROGA. — *Cuentos de Amor, de Locura y de Muerte.* (2ª edición) .... $ 2.50
III.—CARLOS IBARGUREN. — *De nuestra tierra* .... „
IV.—MANUEL GÁLVEZ. — *La sombra del convento* (novela) ... agotado
V.—ERNESTO MARIO BARREDA. — *Las rosas del mantón* .... „
VI.—CARLOS MUZIO SÁENZ-PEÑA. — Versión castellana de *La cosecha de la fruta,* de Tagore (2ª edición) .... $ 2.—
VII.—ARTURO CAPDEVILA. — *El libro de la noche* .... $ 2.50
VIII.—RICARDO JAIMES FREYRE. — *Los sueños son vida* .... „
IX.—LUISA ISRAEL DE PORTELA. — *Vidas tristes* (2ª edición) .. „
X.—PEDRO MIGUEL OBLIGADO. — *Gris* (2ª edición) .... „
XI.—MARIO BRAVO. — *Canciones y Poemas* .... „
XII.—JUAN CARLOS DÁVALOS. — *Salta* .... agotado
XIII.—ALFONSINA STORNI. — *El dulce daño* (2ª edición) ...... $ 2.50
XIV.—ALVARO MELIÁN LAFINUR. — *Literatura contemporánea* ... „
XV.—JOSÉ LEÓN PAGANO. — *El santo, el filósofo y el artista* .... agotado
XVI.—ARTURO CAPDEVILA. — *Melpómene* .... agotado
XVII.—BENITO LYNCH. — *Raquela* (Novela) .... $ 2.50
XVIII.—AUGUSTO BUNGE. — *Polémicas* .... „
XIX.—CARLOS CORREA LUNA. — *Don Baltasar de Arandia* .... „
XX.—HORACIO QUIROGA. — *Cuentos de la selva* .... $ 1.50
XXI.—DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ. — *La nouvelle moisson* .... $ 2.50
XXII.—JUAN ALVAREZ. — *Buenos Aires* .... „
XXIII.—MARIANO A. BARRENECHEA. — *Historia estética de la música* agotado
XXIV.—MARCÓ M. AVELLANEDA. — *Del camino andado* .... $ 2.50
XXV.—VICENTE A. SALAVERRI. — *El corazón de María* (novela).. agotado
XXVI.—ARTURO CAPDEVILA. — *La Sulamita* (4ª edición) .... $ 2.50
XXVII.—M. DE VEDIA Y MITRE. — *El gobierno del Uruguay* .... agotado
XXVIII.—ALFONSINA STORNI. — *Irremediablemente* .... agotado
XXIX.—ROBERTO GACHE. — *Glosario de la farsa urbana* (2ª edición) $ 2.50
XXX.—JUANA DE IBARBOUROU. — *Las lenguas de diamante* .... agotado
XXXI.—ATILIO CHIAPPORI. — *La belleza invisible* .... $ 2.50
XXXII.—ARTURO CAPDEVILA. — *El Amor de Schahrazada* .... agotado
XXXIII.—ALEJANDRO CASTIÑEIRAS. — *Máximo Gorki* .... $ 2.50
XXXIV.—ALBERTO NIN FRÍAS. — *Un huerto de manzanas* .... „
XXXV.—ARMANDO DONOSO. — *La senda clara* (crítica) .... „
XXXVI.—MARTÍN GIL. — *Modos de ver* (3.ª edición aumentada) ... agotado
XXXVII.—HORACIO QUIROGA. — *El Salvaje* (cuentos) .... „
XXXVIII.—PABLO SUERO. — *Los Cilicios* (versos) .... $ 2.—
XXXIX.—JOSÉ INGENIEROS. — *La locura en la Argentina* .... $ 2.50
XL.—CARLOS IBARGUREN. — *La literatura y la gran guerra* ...... „
XLI.—MARIANO DE VEDIA Y MITRE. — Versión castellana de *El héroe y sus hazañas* de Bernard Shaw .... „
XLII.—ALBERTO PALCOS. — *El Genio* .... $ 3.—
XLIII.—EUGENIO DÍAZ ROMERO. — *El templo umbrío* (versos) ..... $ 2.50
XLIV.—HÉCTOR PEDRO BLOMBERG.—*Las puertas de Babel* (cuentos). „
XLV.—ERNESTO MARIO BARREDA.—*Desnudos y máscaras* (cuentos). „
XLVI.—EDMUNDO MONTAGNE. — *El cerco de pitas* (cuentos) ..... $ 2.—
XLVII.—ALFONSINA STORNI. — *Languidez* .... $ 2.50
XLVIII.—HÉCTOR OLIVERA LAVIÉ. — *El Caminante* (novela) .... „
XLIX.—PEDRO MIGUEL OBLIGADO. — *El ala de sombra* (2ª edición).. „
L.—LUIS MARÍA JORDÁN. — *Primavera interior* .... „
LI.—HORACIO QUIROGA. — *Las Sacrificadas* .... $ 1.50
LII.—LUIS RODRÍGUEZ ACASUSO. — *Del teatro al libro* .... $ 3.—
LIII.—MARIANO A. BARRENECHEA. — *Un idealismo estético* ...... $ 2.50
LIV.—VÍCTOR JUAN GUILLOT.—*Historias sin importancia* (cuentos). „
LV.—ALFREDO R. BUFANO. — *Poemas de Provincia* .... $ 2.—
LVI.—JUAN CARLOS DÁVALOS. — *El viento blanco* (cuentos) ... $ 2.50
LVII.—JUAN AGUSTÍN GARCÍA. — *Sobre nuestra incultura* .... „
LVIII.—VICENTE A. SALAVERRI. — *El hijo del León* (novela) .... „
LIX.—ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA.—*Jesús en Bs. Aires* (cuentos). „

Se venden en todas las buenas librerías

PARA PEDIDOS, DIRIGIRSE A LA

Agencia General de Librería y Publicaciones :: RIVADAVIA 1537 BUENOS AIRES

La COOPERATIVA EDITORIAL BUENOS AIRES está constituída por más de ochenta escritores argentinos. Es una sociedad anónima, y tiene personería jurídica.

Fundada en Marzo de 1917, ha publicado ya 59 volúmenes, de los cuales muchos se han agotado, y 12 han sido reeditados.

La COOPERATIVA BUENOS AIRES no edita sino los libros de sus asociados. El número de sus acciones es limitado.

No recibe subvención ni ayuda oficial de especie alguna.

Publica novelas, libros de cuentos, de versos, de crítica, de viajes, de filosofía y de historia.

LA COOPERATIVA BUENOS AIRES acaba de reeditar *Gris* y *El ala de sombra*, de Pedro Miguel Obligado, y tiene en prensa:

Boutronx y la filosofía universitaria francesa, por José Ingenieros.

Las imágenes del infinito, por Delfina Bunge de Gálvez.

Modos de ver, (4a. edición) por Martín Gil.

Próximamente publicará obras de Rafael Alberto Arrieta, Nicolás Coronado, Fernández Moreno, Atilio Chiappori Alejandro Castiñeiras, Arturo Marasso Rocca y otros escritores conocidos.

La Agencia General de Librería y Publicaciones se encarga de la venta y distribución de los libros de la Sociedad, los que el lector encontrará en todas las librerías importantes de la Argentina, de Chile, de Bolivia, del Paraguay y del Uruguay



Opiniones sobre algunos libros publicados por la Cooperativa editorial "Buenos Aires"

El hijo del León

Novela por Vicente A. Salaverri

Salaverri tiene gran habilidad para pintar los motivos del campo y es así como la novela que nos ocupa mantiene la atención del lector desde el principio hasta el fin. La prosa de este autor nos resulta de una gran fluidez, nunca cansa.

ALFREDO DUHAU.
"El Diario" (Bs. As.)

Lo importante es que ha hecho su mejor novela de campo y además la novela que con más enjundia de seriedad se haya escrito sobre el tema en esa o esta orilla del gran río.

BENITO LYNCH.

Javier de Viana, Eduardo Acevedo Díaz, Carlos Reyles, Otto Miguel Cione, Víctor Pérez Petit, todos los noveladores del ambiente gaucho tienen, de este día en adelante, un formidable competidor, dueño de tanta técnica como ellos y tan fino y sagaz como pocos de ellos.

TELMO MANACORDA
"La Mañana" (Montevideo)

"El Hijo del León" no es sólo una novela bien concebida y bien realizada; constituye, además, un drama muy uruguayo y muy americano. Aborda la lucha del espíritu nuevo contra el *espíritu estático,* como denomina Manuel Gálvez nuestra herencia psicológica de la colonia. En este libro entran en lucha la juventud renovadora que hoy estudia y batalla por adaptar los métodos modernos y eficientes a la *estancia,* contra la molicie criolla, contra su irrazonada resistencia, contra el absurdo poder de la costumbre perezosa y aún contra ese hábito de ser *valiente e indómito,* pseudo-virtud que engríe a nuestros campesinos hasta cegarlos y conducirlos al crimen,"

"Entre las condiciones comunes exigidas a toda novela, hay que indicar, además, que Salaverri ha sido certero en el trazo psicológico de los personajes criollos y en la observación del ambiente. Los tipos surgen vivos todos, bien definidos, bien diferenciados unos de otros; y el paisaje, la sensación le la tierra aireada, y la de los interiores, hieren la sensibilidad con fuerza y maestría.

En suma, este Salaverri que nos da hoy su obra más completa, más viviente y mejor construída, debe ser ya un escritor buscado por el lector de Chile."

EDUARDO BARRIOS
"El Mercurio" (Santiago de Chile)

Historias sin importancia

por Víctor Juan Guillot.

"Entre los escritores jóvenes de la Argentina que aparecen realmente con personalidad, hállase Víctor Juan Guillot, el autor de *Historias sin importancia,* magnífica colección de cuentos, presentada con el gusto de siempre por la "Cooperativa Editorial Buenos Aires".

Guillot es un artista muy completo, que hasta en los sueltos periodísticos que publica en la vecina orilla, pone hondura y belleza. Tiene un limpio y concluído lenguaje, que expresa bien los estados de ánimo de los protagonistas de sus historias, y pinta de modo notable, figuras y paisajes. Nada es vulgar en este libro que Manuel Gálvez prologa. Creemos con el autor de "El Mal Metafísico", que Víctor Juan Guillot surge, con este libro, como uno de los más dilectos y vigorosos cuentistas del Río de la Plata".

EL SIGLO (Montevideo).

El Cerco de Pitas

por Edmundo Montagne.

Veinte cuentos que son otros tantos cuadros de la vida nacional forman este libro.

"En todos ellos adviértese el conocimiento técnico del autor al describir con pluma ágil y avezada los diversos cuadros que nos ofrece su espíritu observador y sutil. Es una obra excelente, llena de páginas bellas y originales, la obra de un hombre noble que narra la verdad".

"LA RAZON".

El Caminante

por Héctor Olivera Lavié.

(*Primer premio de novela en el Concurso Literario Municipal*)

La expresión literaria de esta novela, ha dicho TORRENDELL, es de laudable sobriedad en palabras y en sucesos. Olivera Lavié hoy por hoy ha penetrado en los Jardines de Academos ofreciendo algo más que una promesa. *El Caminante* es todo un buen libro de arte. *La Nación* al juzgar la obra, dice: "Es una novela y una novela de mérito en la cual ha logrado el señor Olivera Lavié darnos la impresión cabal de la figura que se propuso trazar, y cuyos rasgos primordiales surgen de los capítulos con vigor espontáneo y con aliento auténtico de vida... Se lee con interés hasta el fin y eso es más difícil de lo que se cree; se siente simpatía y antipatía por los personajes y ello significa que el señor Olivera Lavié posee las condiciones sustanciales del novelista".

Las Sacrificadas

por Horacio Quiroga.

"Horacio Quiroga ha sabido comunicar a los que se mueven en las escenas de *Las Sacrificadas* un soplo tan hondo de vida dolorosa y torturada, que su lectura termina por amargar y obsesionar al lector. No es frecuente poder hacer este elogio de un autor... Sobre cada figura de *Las Sacrificadas* pesa un destino inexorable, hecho de minucias vulgares, de desgracias comunes, de hostilidades corrientes... Se limita a veces a pocas palabras debido a la maestría suprema del diálogo y a la exactitud admirable con que están pintadas las figuras".

"LA NACION".

Maximo Gorki

por Alejandro Castiñeiras.

"Lo que Castiñeiras ve y siente en la obra del autor de "La Madre", es el contenido social y humano. Le interesa la vida del novelista, forjada a mazazos sobre el yunque de la miseria; la tragedia del gran pueblo eslavo, enfermo, caído, esclavizado, que alienta en la obra de aquél; la filosofía revolucionaria que se desprende de cada una de sus páginas, filosofía profunda y realmente cristiana, levantada como un anatema contra nuestra civilización, tan inhumana bajo sus falaces apariencias humanitarias.

"... Honra a nuestro país el que haya enriquecido la escasa bibliografía gorkiana en lengua española con un estudio noblemente concebido y realizado con inteligencia".

ROBERTO F. GIUSTI.

Polémicas

por Augusto Bnnge.

"Bunge es un brioso, infatigable e irreductible polemista, y como tal yo le admiro. El autor de *El culto de la vida* es uno de nuestros pocos polemistas. "En un país donde casi nadie se atreve a decir *no* a nadie, quien, como él, siempre está de pié, atento a las voces de amigos y enemigos, dispuesto en toda ocasión a no tolerar en silencio que la mentira pase por verdad y el error por acierto, rápido e impetuoso en el ataque, firme y contundente en la defensa, constituye un hermoso espectáculo moral".

ROBERTO F. GIUSTI.
Prólogo del libro.

Cuentos de la Selva

por Horacio Quiroga.

Contados son los autores que pueden presentar, como Quiroga, a la imaginación y a la inteligencia de los niños, asuntos nuevos e interesantes donde a la vez que una consecuencia de sana moral se les ofrece la fantasía de nuestras cosas, en escenarios y con personajes sobriamente señalados, más que descriptos, y con un lenguaje culto y sencillo, fácil y eficaz para el objeto del trabajo.

Los ocho cuentos del tomo interesan y distraen a los pequeños lectores. Hemos podido comprobarlo en rueda de diminutos oyentes, vivamente atraídos por esas narraciones. Nos pareció que para poder apreciar debidamente este libro, se imponía esa experimentación y a fe que hemos podido alcanzarla sobradamente.

Hecho especialmente "para los niños", según lo indica el subtítulo, dejamos, con esto, señalado el mérito principal de la labor de Quiroga.

"NUEVA ERA".